DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

LA CIA EN VIETNAM

LA HISTORIA SECRETA DE LOS ULTIMOS DIAS, POR EL AGENTE DE LA CIA FRANK SNEPP

24

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

Frank Snepp trabajó durante ocho años para la CIA, incluidos dos viajes a Saigón como analista político. En su segunda estancia, de 1972 a 1975, fue testigo del denominado «intervalo decente» ocurrido entre la ignominiosa retirada norteamericana de Vietnam y la rendición final del Sur a los comunistas

Snepp era el funcionario encargado de dirigir las tareas de inteligencia que los agentes de la CIA desarrollaban en relación con el politburó de Hanoi y el gobierno de Saigón. Fue testigo de las comunicaciones secretas entre Kissinger y el embajador Martin, dio la voz de alarma sobre las manipulaciones del supuestamente amigo gobierno de Saigón, y vivió la aterradora desilusión que se extendió de forma incontenible entre los oficiales norteamericanos de alta graduación.

Cuando regresó a Estados Unidos, Snepp procuró interesar a la Agencia en un informe a posteriori en el que se enumeraran y analizaran todos los errores cometidos. La CIA no mostró ningún interés. En consecuencia, Snepp dimitió y dio su testimonio al mundo. La historia que contó —una historia repleta de embrollos, mentiras y chapuzas, de secretos revelados y amigos y colaboradores vergonzosamente traicionados— era demasiado para el gobierno de Estados Unidos.

A su publicación, el Departamento de Justicia de EE.UU. inició un proceso civil sin precedentes contra el autor, acusándole de haber violado su contrato por publicar el manuscrito sin autorización de la CIA, y en consecuencia de haber perjudicado la seguridad nacional de Estados Unidos. Como castigo, el gobierno solicitaba la confiscación al autor de todos los beneficios derivados de la publicación, y la prohibición permanente de escribir cualquier cosa que hubiera conocido como resultado de su trabajo en la CIA, sin la aprobación previa de ésta.

Los tribunales de apelación del estado de Virginia fallaron el caso en favor del gobierno, sentando un precedente legal que, a pesar de la Ley de Libertad de Información, impedirá que pueda publicarse en adelante ningún libro como el presente Léalo. Por primera —y única— vez, *La CIA en Vietnam* proporciona una visión en profundidad de las razones por las cuales los norteamericanos perdieron la guerra de Vietnam.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Julio 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 24 - La CIA en Vietnam

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tasco

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx 93392 EPDA E

LA CIA EN VIETNAM

FRANK SNEPP

Capítulo 1 3
El hombre de la habitación blanca

Capítulo 2 11
La guerra sucia

Capítulo 3 29
La cuenta atrás hacia el colapso

Capítulo 4 49
Cae el telón

ARRIBA: *Millones de dólares en equipo fueron abandonados, igual que miles de amigos de Estados Unidos. DERECHA: Un soldado del ARVN sostiene optimista una paloma de la paz, en 1973. Después de un «intervalo decente», volvería la guerra.*

T. SPOONER PICTURES

Capítulo 1

EL HOMBRE DE LA HABITACION BLANCA

CAPÍTULO 1 EL HOMBRE DE LA HABITACIÓN BLANCA

LA VUELTA A CASA

Cuando regresé a Saigón en octubre de 1972, después de un año de ausencia, la ofensiva norvietnamita empezaba a dar síntomas de agotamiento. el país hormigueaba de rumores de paz inminente, y los vietnamitas, por primera vez en varias décadas, se permitían el lujo de esperar contra toda esperanza que todo terminaría pronto Mientras el enorme reactor de la Cathay Pacific iniciaba la maniobra final de aproximación a la base aérea de Tan Son Nhut, tuve una visión inmediata de lo lejos que habíamos llegado nosotros y nuestros aliados desde la primera vez que pisé suelo vietnamita, en el mes de junio de 1969. En aquel sofocante día de verano de tres años antes, el avión debió descender en picado para el aterrizaje con el fin de evitar el fuego antiaéreo de las baterías comunistas instaladas en las colinas cercanas al aeropuerto. Esta vez el descenso final fue un largo y lento deslizarse sobre las hileras de cabañas con techumbre de uralita que habían ido creciendo en los alrededores de la ciudad con el continuo flujo de refugiados, y las tierras verdes y pardas que se extendían a lo lejos hasta el horizonte parecían tan pacíficas como las campiñas de Louisiana.

> En el mejor espíritu de la vietnamización, algunos oficiales ni siquiera se molestaban en contestar los teléfonos de sus oficinas.

Como todos los recién llegados, me alojé en el Duc Hotel, un complejo residencial de la CIA imponentemente fortificado, situado a tan sólo unas manzanas del palacio presidencial de Vietnam del Sur y de la Embajada de Estados Unidos. A finales de la década de los sesenta, durante mi primera estancia en Saigón, el Duc tenía más o menos el mismo aspecto que un barracón de soldados, con una atmósfera de carnaval y la gente paseando de manera informal en camiseta Pero el año anterior, alguien del cuartel general de la CIA en Langley, Virginia, decidió que los chicos del frente debían comportarse con mejores modales, especialmente ahora que se estaba considerando la posibilidad de abrir Saigón a las familias del personal de la Embajada, y el Duc había sido sometido a un proceso de americanización y sanitización. El restaurante se había trasladado al piso superior y remodelado con un decorado moderno al estilo de Howard Johnson. y junto a él se habían construido un bar, una piscina y un solarium

Para los 300 hombres y mujeres que formaban parte en aquel momento de la estación de la CIA, la vida aparecía envuelta en un primoroso paquete, incluidas unas vacaciones anuales en la madre patria para romper la rutina. En ninguna otra parte del mundo, en ninguna zona «caliente», vivía el personal de la CIA con tanto lujo y derroche, por cortesía del contribuyente norteamericano.

La Embajada de Estados Unidos de la calle Thong Nhut no había cambiado mucho en el año que pasé fuera. Por fin, alguien había plantado flores en los maceteros del patio, donde el Vietcong había instalado nidos de ametralladoras durante su ataque al complejo en los primeros días de su ofensiva de 1968, pero las defensas del cemento contra la artillería que cubrían la fachada del edificio, con sus hileras de troneras rectangulares, seguían ofreciendo un aspecto tan estético como el del culo de una sartén de hierro

El embajador y el personal del Departamento de Estado seguían ocupando los primeros tres pisos de la Embajada, mientras los tres más altos correspondían a la estación de la CIA. Inmediatamente al lado del edificio principal, una serie de bungalows prefabricados Quonset, apodados «complejo Norodom», albergaban al personal adicional de la CIA. Durante el ataque de 1968, un comando del Vietcong había conseguido penetrar en Norodom, y fue muerto por una ráfaga de ametralladora del marine que estaba de centinela en lo que ahora era la sala de mapas de la CIA. Desde entonces, un ejército de termitas había realizado la misión que el Vietcong no pudo culminar, invadiendo el lugar y dejándolo reducido a un auténtico montón de astillas, destinado a arder alegremente el último día de la guerra.

El más importante de los anexos de la Embajada estaba situado a una distancia de ocho kilómetros, en la base aérea de Tan Son Nhut. Allí, en el interior de un extenso complejo semisubterráneo y construido como un búnker, conocido como «Pentágono oriental», los generales norteamericanos del MACV habían dirigido el curso de la guerra desde mediados de los sesenta, con la ayuda del Estado Mayor Adjunto de Vietnam del Sur, que tenía su cuartel general en las proximidades. En los días álgidos del compromiso pleno de Estados Unidos en las hostilidades, el MACV había sido una dinamo que generaba continuamente actividad. Pero ya no era así. Ahora que los militares americanos desempeñaban el papel de simples comparsas de nuestros aliados vietnamitas, en el mejor espíritu de la vietnamización, algunos oficiales ni siquiera se molestaban en contestar los teléfonos de sus oficinas.

A mi regreso a Saigón a finales de 1972, la estación de la CIA se veía sometida a críticas siempre crecientes por parte de la prensa americana, debido a supuestos abusos en Vietnam, incluido el famoso Programa Phoenix. Sin duda hubiéramos sido un objetivo menos tentador de habernos concentrado en los últimos años en nuestra tarea principal. reunir información Pero el caso es que, ya desde principios de los años sesenta, la CIA había metido más y más las narices en otros terrenos.

No quiero sugerir que estábamos operando al margen del terreno marcado por nuestros reglamentos. Existe una frase muy corta y ambigua en la Ley de Seguridad Nacional que autoriza a la CIA y a sus estaciones de ultramar «a realizar funciones y tareas relativas a la inteligencia que afecten a la seguridad nacional, bajo la dirección, eventualmente. del Consejo de la Seguridad Nacional». A principios de los años sesenta, la Casa Blanca aprovechó esa rendija para implicar a la CIA en áreas de actividad —como la recluta y el entrenamiento de equipos para la lucha antiterrorista— situadas fuera del alcance de cualquier otra organización norteamericana. Con su aquiescencia, la estación de Vietnam fue ampliándose gradualmente a mediados de los sesenta, hasta contar con más de 600 personas.

Robert Komer, un antiguo analista de inteligencia de la CIA, había elaborado el concepto del desarrollo rural en 1967, mientras trabajaba como asesor de la Casa Blanca. Lo que pretendía era un enfoque coordinado con el objetivo de «erradicar» el aparato político del Vietcong (a través de la lucha antiterrorista) y «arraigar» el gobierno (por medio de proyectos de obras públicas en las zonas rurales). Los vietnamitas se adecuaron a ese plan creando un ministerio especial para esa finalidad, en tanto

que los norteamericanos pusieron en marcha el *Civil Operations and Revolutionary Development Support* (CORDS, Apoyo a las operaciones civiles y al desarrollo revolucionario), con el fin de dirigir desde bastidores la operación. A finales de 1967 un ayudante de Komer, William Colby, que había sido el jefe de operaciones de la División de la CIA para el Asia oriental, fue designado para reemplazar a aquél como jefe del CORDS.

Como Colby subrayaba continuamente, el objeto del Programa Phoenix consistía en capturar cuadros comunistas y traerlos vivos, de forma que pudieran ser interrogados. Pero ese plan de juego se situaba más allá de lo que nuestros aliados vietnamitas podían alcanzar. Desde el punto de vista burocrático, el problema residía en la definición. Nadie, ni vietnamita ni norteamericano, había definido nunca qué es lo que debía considerarse un cuadro del Vietcong. ¿Podía ser considerado como tal el jefe local de un pueblo que trabajaba a tiempo parcial para los norvietnamitas? ¿O la definición se limitaba únicamente a los comunistas fanáticos, con militancia a plena dedicación en el partido? A falta de instrucciones más precisas, los equipos de choque Phoenix optaron por un método de tanteo aproximativo, apresando a cualquier persona que les parecía sospechosa, y luego, cuando llegó el momento en que las cárceles estaban abarrotadas, empezaron a tomarse la justicia, tal como ellos la entendían, por su propia mano.

Antes aún de que la prensa husmease los excesos de Phoenix, la CIA se había precipitado a cubrirse. Bajo el paraguas de la vietnamización de 1969, el jefe de la estación, Theodore Shackley, decidió empezar a situar al personal de la CIA al margen del CORDS y de sus programas de «construcción nacional», y concentrarse en funciones de inteligencia más tradicionales, tales como robar secretos tanto de los comunistas como del gobierno de Vietnam del Sur. Tal como fueron las cosas, la estación probó estar bien equipada para cubrir el primer «objetivo», porque contábamos con varios espías productivos infiltrados en el alto mando comunista.

> Ambos se dieron cuenta muy pronto de que podían servir sus propios intereses, y los de Thieu, dándonos la información que deseábamos oír.

Pero Shackley, un tecnócrata ambicioso, no estaba satisfecho con los éxitos de la estación, y a lo largo de su mandato, desde 1969 hasta 1972, estimuló continuamente al personal de la estación a «reclutar, reclutar y reclutar»; es decir, a sobornar, engañar y alquilar a cualquiera para que trabajara como agente a nuestro servicio. Durante el tiempo en que estuvo a su cargo, la nómina de espías de la estación se hinchó hasta extremos impresionantes. Sólo algún tiempo después, en 1974, íbamos a darnos cuenta del desastre que su exceso de celo había volcado sobre nosotros: más de 100 de los «agentes» del Vietcong reclutados durante su reinado resultaron ser falsarios, es decir,

ABAJO: *Cojeando de vuelta a casa. Durante la guerra, la CIA intentó canjear prisioneros de guerra norteamericanos por vietnamitas. En pocos casos pudo llevarse a cabo el intercambio*

REX FEATURES

unos vietnamitas muy listos y emprendedores que no sabían nada de los planes comunistas, pero que eran capaces de captar la suficiente información de los relatos de los periódicos y los cotilleos locales como para suministrarnos con regularidad lo que parecía ser una información válida... y bien pagada por el gobierno de Estados Unidos.

En cuanto al «objetivo amistoso», como llamábamos al régimen de Thieu, el objetivo principal de la Embajada era fortalecer a Thieu a toda costa, de modo que Estados Unidos pudiera empezar a retirar sus tropas de Vietnam sin temor a una nueva crisis política. Hacia octubre de 1972, en la persecución de ese objetivo habíamos comprado, sobornado y vendido a tantas figuras militares y políticas de Vietnam del Sur, que nuestros colaboradores en el seno del gobierno resultaban meros apéndices de nosotros mismos. El propio Shackley había entablado con el general Dang Van Quang, el excitable consejero de Thieu sobre temas de seguridad, una alianza informal en beneficio de la estación, y había establecido sólidos lazos con el general Nguyen Khac Binh, que ascendió al cargo de jefe de la Policía Nacional de Vietnam del Sur gracias al sólido apoyo que le prestó la CIA. Ambos se dieron cuenta muy pronto de que podían servir sus propios intereses, y los de Thieu, dándonos la información que deseábamos oír.

En nuestro intento de reforzar el régimen de Thieu, no nos limitamos, por supuesto, a infiltrar colaboradores en sus filas. También trabajamos arduamente, y de forma muy ingeniosa, con el fin de «neutralizar» a sus oponentes no comunistas. El soborno, la persuasión y el chantaje eran nuestras tácticas favoritas, pero cuando fallaban, no dudábamos en recurrir a medidas más drásticas. El destino de Tran Ngoc Chau puede ser ilustrativo al respecto. Cuando Chau, un destacado nacionalista y diputado survietnamita, se convirtió en una amenaza política para Thieu en 1970, Shackley y Colby cooperaron con la policía de Vietnam del Sur en la tarea de pintarle como un subversivo. Como de hecho el hermano de Chau era comunista, fue fácil fabricar todo un caso contra él, por el sencillo medio de resaltar determinados aspectos del dossier oficial que la policía llevaba sobre él, y dejar en la oscuridad otros aspectos.

ABAJO: *Nacido en los USA, capturado por el NVA. ¿Ignorado por la CIA? Hay evidencias de que la agencia desperdició posibilidades de negociar la liberación rápida de algunos combatientes norteamericanos.*

MAGNUM

> Durante su larga carrera, había sido responsable de numerosos asesinatos y actos terroristas.

No fue en realidad Shackley quien diseñó la operación —la paternidad de la misma correspondió al confidente de la CIA, el general Quang—, pero tampoco hizo nada por impedirla. Y cuando el gobierno survietnamita hizo públicas en la prensa local sus acusaciones contra Chau, éste fue sacado a la fuerza del edificio de la Asamblea Nacional, en la parte baja de Saigón, y recluido en una cárcel a la espera de juicio, violando las normas legales de procedimiento vigentes en Vietnam del Sur.

Una vez convicto, Chau siguió en prisión durante cuatro años, y sólo recobró la libertad en 1975. Pocos días antes del asalto final de los comunistas en abril, algunos compasivos oficiales de la CIA cablegrafiaron a Langley, pidiendo permiso para darle una plaza en uno de los vuelos de evacuación. Pero Shackley, que por entonces se había convertido en el jefe de la División de la CIA para Asia oriental, vetó la propuesta, argumentando que Chau nunca había contribuido a la defensa de los intereses norteamericanos en Vietnam. Por consiguiente, Chau fue abandonado a los comunistas.

INTERROGATORIO

Durante los meses otoñales e invernales en los que se gestó la firma del acuerdo de paz de París, mi preocupación predominante no era en absoluto la paz que se aproximaba, sino un hombre bajito que vivía en una habitación blanca como la nieve, un prisionero de guerra norvietnamita que había permanecido en reclusión solitaria durante el pasado año y medio. Su nombre era Nguyen Van Tai.

Tai, antiguo viceministro de «seguridad pública» en Vietnam del Norte, pasó al Sur en 1962 para hacerse cargo del contraespionaje y de la red terrorista de los comunistas en Saigón, y

había ayudado a planear el espectacular ataque a la Embajada de Estados Unidos en 1968. Durante su larga carrera, había sido responsable de numerosos asesinatos y actos terroristas, y cuando fue capturado, en diciembre de 1970, no fue tratado precisamente con cortesía. Con asesoramiento norteamericano, los survietnamitas le construyeron una celda y una sala de interrogatorios, ambas totalmente blancas y totalmente vacías, a excepción de una mesa, una silla, un agujero abierto en el suelo para evacuar... y cámaras de televisión y micrófonos ocultos por todas partes para registrar cada momento de su vida, desde que despertaba hasta que volvía a dormirse. Sus carceleros pronto descubrieron una falla psicofísica esencial en él. Como muchos vietnamitas creía que sus vasos sanguíneos se contraían si estaba expuesto a corrientes de aire frío. Se instalaron entonces en su celda acondicionadores de aire de gran potencia, que funcionaban al máximo nivel de frío.

Los interrogatorios survietnamitas pasaron más de ocho meses intentando quebrantarle. No lo consiguieron.

Mientras tanto, y sin saber que el propio Tai lo supiera, se había convertido en la base de una de las operaciones de inteligencia más delicadas jamás montadas por Estados Unidos en Vietnam, y que parecía proporcionar una clave para la liberación de incontables prisioneros de guerra norteamericanos. El plan se remontaba al año 1967. En agosto de ese año, Tran Bach Dang, jefe de la organización clandestina del Partido Comunista en Saigón, entró en contacto con nuestra Embajada y se ofreció a negociar de modo abierto un posible intercambio de prisioneros y otros «temas de orden político». Una entrevista posterior reveló que Dang deseaba la liberación de 10 dirigentes comunistas de alto rango.

A pesar de la importancia de la propuesta, no todo el mundo en Saigón y en Washington estaba de acuerdo con ella. El presidente Thieu se mostraba reacio a liberar a los 10 prisioneros porque todos ellos eran comunistas convencidos, y enemigos de su régimen. Los mandos de la CIA en Washington simpatizaban con ese punto de vista. Sólo después de discusiones considerables se llegó a un acuerdo. En diciembre de 1967 los survietnamitas entregaron dos prisioneros poco importantes a los comunistas, uno de ellos la propia esposa de Dang, y Dang a su vez liberó de inmediato a dos norteamericanos, el cabo de infantería de marina José Agosto-Santos y el soldado de infantería Luis Ortiz-Rivera. Thieu liberó entonces a dos de los componentes de la lista original de Dang y a dos sustitutos. Al mismo tiempo, la Embajada pasó a los comunistas una lista de 10 norteamericanos por cuya libertad tenía interés.

Un año más tarde, a mediados de enero de 1969, una mujer que hablaba en francés y afirmaba representar a Dang, telefoneó a la Embajada y propuso reanudar las negociaciones. Los funcionarios de la Embajada, en un intento de sacar el mayor fruto posible de la propuesta, le pidieron que «identificara» a los prisioneros cuya liberación deseaba en particular. La petición no impresionó al parecer a Dang; la emisaria no volvió a llamar.

Los circuitos se mantuvieron en silencio durante otro año y medio, y luego bruscamente volvieron a dar señales de vida. En julio de 1971, el Gobierno Revolucionario Provisional comunista envió a la Embajada una carta solicitando un número de teléfono especial que pudiera ser utilizado para seguir negociando el tema de los prisioneros. La Embajada proporcionó el número que se pedía, publicándolo en un falso anuncio de prensa en un diario de Saigón, tal y como se sugería en la carta.

Durante los tres meses siguientes, los agentes de la CIA montaron guardia permanente junto a un teléfono de la Embajada al que correspondía el número facilitado, pero nadie llamó. Finalmente, a principios de octubre de 1971, se produjo una novedad. Casi sin ningún prolegómeno, los comunistas liberaron al sargento de infantería John Sexton, que habían capturado hacía más de un año. Cuando el suboficial norteamericano surgió de la jungla pocos kilómetros al sur de la pequeña ciudad de Snoul, en Camboya, llevaba consigo una petición de reciprocidad de los comunistas. A cambio de su liberación, Dang solicitaba la devolución de dos de sus principales dirigentes en el término de tres días. Uno de ellos era un agitador laboral comunista llamado Le Van Hoai. El otro era Nguyen Van Tai, el inquilino de la celda blanca del gobierno, que había sido capturado el mes de diciembre anterior.

Trabajando contra reloj por la brevedad del plazo, los funcionarios norteamericanos y survietnamitas sopesaron todos los aspectos de la propuesta y sus potenciales ventajas y desventajas. Finalmente Thieu, con el apoyo de la CIA, decidió rechazarla. Sexton era un simple «sargento»; los dos prisioneros solicitados por los comunistas eran los agentes enemigos de rango más elevado que jamás habían caído en las manos del gobierno.

Tai era un dirigente de la inteligencia comunista del máximo nivel; Ramsey no era más que «un simple funcionario del Foreign Service».

Por consiguiente, se dejó que pasara el plazo. Durante algunos días, pareció que los comunistas habían perdido interés. Luego, el 27 de octubre de 1971, de nuevo la emisaria de Dang estableció contacto con la Embajada. A cambio de Hoai y Tai, los comunistas estaban dispuestos a ofrecer a un norteamericano «de alta graduación», Douglas K. Ramsey, un funcionario del Foreign Service capturado en 1966.

La propuesta motivó un frenético debate. Estaba claro que los comunistas mejoraban su oferta, pero si estaban tan ansiosos por recuperar a Hoai y Tai, posiblemente el paquete completo pudiera canjearse por algo más ventajoso desde «nuestro» punto de vista. Actuando según esa lógica, los funcionarios norteamericanos y survietnamitas decidieron ofrecer sólo a Hoai, el agitador laboral, por Ramsey. Nguyen Van Tai seguiría siendo el huésped exclusivo de la celda blanca.

La CIA se mostraba particularmente intransigente respecto a devolver a Tai. Era un dirigente de la inteligencia comunista del máximo nivel; Ramsey no era más que «un simple funcionario del Foreign Service». Los comunistas se hubieran llevado la mejor parte en el cambio. Además, la agencia esperaba canjear a Tai por un agente de la CIA capturado en la ofensiva de 1968.

Cuando la emisaria de Dang telefoneó el 27 de noviembre de 1971, los funcionarios de la Embajada le comunicaron su contrapropuesta. Hoai tan sólo por Ramsey. La situación de Tai no era negociable. Además, pedían una lista de todos los prisioneros de ambas nacionalidades que estaban en poder de los comunistas. Lo que había empezado como una cauta, casi extraordinaria, serie de contactos entre los dos bandos, tomaba ahora la forma de una puja para la liberación de todos los prisioneros de guerra.

Siete días más tarde llegó la respuesta de los comunistas. La representante de Dang informó a la Embajada de que la contrapropuesta era inaceptable. Hoai y Tai debían ser canjeados conjuntamente por Ramsey; de otra forma, no había trato.

Por increíble que parezca, el agente de la CIA que respondió a la llamada desde la Embajada no tenía ninguna propuesta alternativa que plantear. Se limitó a colgar el aparato, y eso fue todo. De esta forma, nuestro gobierno desperdició una oportunidad de liberar a un norteamericano cautivo de los comunistas desde hacía seis años.

Pasaron días, y luego semanas, sin noticias de la otra parte. Finalmente, durante el fin de semana de la Pascua de 1972, las fuerzas norvietnamitas cruzaron la zona desmilitarizada entre Vietnam del Norte y del Sur, en la ofensiva militar más ambiciosa desde el Tet de 1968. La Embajada llegó a la conclusión de que cualquier nuevo trato en el tema del intercambio de prisioneros quedaba ahora fuera de cuestión.

Apresuradamente, la Administración y los funcionarios de la CIA idearon un plan para protegerse a sí mismos.

Sin embargo, en mayo las tropas del gobierno capturaron a un viejo y experimentado miembro del Partido Comunista, Nam Quyet, uno de los colaboradores directos de Dang, y el jefe de la sección de «propaganda y formación» del Partido Comunista en Saigón. Al ser interrogado, Quyet admitió que conocía las anteriores negociaciones relativas a Ramsey, y dijo que él mismo podría ser canjeado ahora por el norteamericano.

Inexplicablemente, las autoridades survietnamitas no informaron a la Embajada de la propuesta de Quyet hasta mediados del mes de septiembre.

Para entonces la ofensiva comunista amainaba y las negociaciones Kissinger-Le Duc Tho en París avanzaban hacia su fase decisiva. Pese a mostrarse encantados por disponer de una nueva vía de contacto con Ramsey, los funcionarios norteamericanos vieron en la oferta propuesta el peligro de que generara problemas políticos graves a la Administración, en el preciso momento en que Kissinger menos los deseaba. ¿Qué sucedería si los comunistas habían informado a Ramsey de la propuesta anterior y de la negativa de Washington de proceder al canje? Una vez liberado, podría ir a la prensa con su historia, y el resultado sería sin duda un enorme clamor popular en Estados Unidos, que se añadiría a las presiones en favor de una paz inmediata.

La CIA tenía razones particulares para temer que el tema se airease. Como había jugado un papel decisivo para convencer a Kissinger y a la Casa Blanca de que no aceptaran la propuesta original de dos por uno para la liberación de Ramsey, cualquier reacción pública acabaría inevitablemente por hacer recaer las culpas sobre la agencia. El impacto en la «imagen pública» de la CIA hubiera sido desastroso.

Apresuradamente, la Administración y los funcionarios de la CIA idearon un plan para protegerse a sí mismos. Antes de responder a la sugerencia de Quyet, se ingeniaron para encontrar una excusa irrebatible para haber echado a perder la primera oportunidad para la liberación de Ramsey. Nguyen Van Tai, el hombre que habían considerado «demasiado importante» para ser canjeado por él en 1971, debía ahora aparecer como la posesión más preciada en manos de Saigón, como habían afirmado en aquella ocasión. Su valor como «fuente de información» debía quedar demostrado en forma de una inmediata y concreta «producción» de datos valiosos, de forma que nadie pudiera poner objeciones a la anterior decisión de no canjearlo por el funcionario del Foreign Service si la historia llegara a conocerse en alguna ocasión.

Fue en ese momento cuando entré yo en el caso. Como era un «especialista» en temas de Vietnam del Norte, se consideró que podría extraer de Tai suficiente información para determinar su «valor estratégico». Nadie hasta ese momento había sido capaz de conseguirlo.

Tan sólo le conocíamos dos debilidades susceptibles de aprovecharse, aparte su aversión al aire frío. Cuando era un joven miembro del partido con buenas perspectivas de ascenso, en Hanoi, a principios de la década de los cincuenta, procuró distinguirse ante sus superiores ayudando a perseguir y encarcelar a su propio padre, un distinguido escritor con concepciones más bien escépticas respecto a la utopía comunista. Como la familia es una institución extremadamente importante para los vietnamitas, un acto de esa índole, a pesar de que intentara racionalizarse por todos los medios, debía haber tenido efectos traumáticos. Además, Tai estaba fabricado según el mismo molde de nuestros propios agentes de inteligencia. Al haber sacrificado buena parte de su vida privada a su misión, se había visto obligado a convencerse a sí mismo de su rectitud y de su superior sentido del deber y moralidad. Si lográbamos persuadirle de la falsedad de alguna de esas premisas, todo su sostén se vendría abajo.

«La única manera en que puedo sobrevivir es prescindiendo de toda esperanza de ese tipo. Así no hay ilusiones ni desengaños.»

Confiando en mi pésimo francés y con la ayuda de un intérprete vietnamita, le insulté y le adulé alternativamente representando el papel del norteamericano insolente que no respeta la edad ni la experiencia. El contraatacó aferrándose a lo que quedaba de su historia de cobertura, pero siempre intentando defender su ego con medias verdades sobre sus hazañas, que cada vez me decían un poco más sobre él y añadían alguna línea a su dossier. Le conté la historia de un hombre que había traicionado a su padre, y tuvo un sobresalto —«No intentes engatusarme con ese señuelo»—, aunque negó que la historia tuviera para él la menor importancia. «Soy un sencillo granjero que he venido al Sur a ayudar a las fuerzas de liberación», insistió, pero no tuvo fuerzas para devolverme los libros de poesía francesa que le había traído —demasiado difíciles para un sencillo granjero— o las historias sobre Estados Unidos en vietnamita.

A medida que pasaban las semanas, el ritmo fue haciéndose más duro .. para los dos. Cada día, tenía programados dos o tres encuentros con él, de dos o tres horas cada uno, variando las horas para intentar desconcertar a su reloj interno. Después, al cabo de unas seis semanas de trabajar en el caso, descubrí accidentalmente una grieta en su fachada. Estaba intentando avivar algún sentimiento de nostalgia preguntándole sobre su mujer y sus hijos, a los que no había visto desde que dejó Vietnam del Norte en 1962. Se puso rígido repentinamente. «No

MAGNUM

puedo pensar en mi mujer y mis hijos», dijo «La única manera en que puedo sobrevivir es prescindiendo de toda esperanza de ese tipo. Así no hay ilusiones ni desengaños.»

En las semanas siguientes intenté ampliar la brecha. ¿Cómo es tu mujer? ¿Cuántos años tiene? ¿Van todavía a la escuela tus hijos? ¿Qué harás si algún día vuelve la paz a Vietnam? Tal vez te liberarán.

Su dossier empezó a engrosar mientras él dejaba deslizarse inadvertidamente un detalle tras otro, aferrándose sin remedio a la única esperanza que sabía que nunca le concederíamos.

A medida que me iba convirtiendo en un experto en el caso, mis responsabilidades crecían. En noviembre de 1972 se me instó a trabajar sobre dos fuentes adicionales, Le Van Hoai y Nam Quyet. Hoai, el agitador laboral, resultó ser un sujeto desequilibrado que traicionaría secretos importantes a cambio de un cigarrillo o una barra de chocolate. Nam Quyet era más difícil. Cada vez que le planteaba preguntas comprometidas, ganaba tiempo rompiendo a toser, y de ese modo acabó por reabrir cicatrices tuberculosas en sus pulmones y garganta.

De cualquier forma, a principios de enero de 1973 empecé a generar información válida de las tres fuentes. Y entonces, repentinamente, el cese el fuego determinó la suspensión total de los interrogatorios.

Según las cláusulas del acuerdo alcanzado en París, los prisioneros de guerra en poder del gobierno y de los comunistas debían ser informados del contenido de dicho acuerdo, incluidas las disposiciones sobre canje de prisioneros, en los días siguientes a la firma. El 1° de febrero de 1973 puse al corriente a Hoai y Nam Quyet. Dos días más tarde informé a Nguyen Van Tai

ARRIBA: *¿Quién no envidiaría un vuelo de vuelta a casa cuando la única alternativa consiste en un permiso en Camboya? Después de los acuerdos de paz de París, la CIA permaneció en el Sudeste asiático.*

Se sentó por un instante, tembloroso por efecto de la corriente de aire acondicionado. «Si lo que me dice es cierto», murmuró en francés, «éste es el día más feliz de mi vida» Su rostro no reflejaba ninguna emoción. Fue la última vez que vi a Tai Las autoridades survietnamitas estaban furiosas por el hecho de que le hubiera informado del acuerdo de París. Insistían en que la cláusula sobre el canje de prisioneros no era aplicable en su caso, porque nunca había revelado su verdadera identidad.

La Embajada me retiró del caso. También el resto del personal norteamericano abandonó los centros de interrogatorio en todo el país, de acuerdo con el deseo del gobierno de Estados Unidos de finalizar su papel activo en Vietnam.

En cuanto al propio Tai, su odisea no tuvo un final feliz. Tanto Hoai como Nam Quyet sobrevivieron a la victoria comunista de abril de 1975, pero él nunca pudo verla. Poco antes de que los carros de combate norvietnamitas avanzaran sobre Saigón, un alto funcionario de la CIA sugirió a las autoridades survietnamitas que sería conveniente hacerlo «desaparecer». Como Tai era un terrorista bien entrenado, no podía esperarse que tuviera una actitud magnánima en el momento de la victoria. Los survietnamitas estuvieron de acuerdo. Tai fue cargado en un avión y arrojado al Mar de la China Meridional. Había vivido cuatro años de reclusión aislado en una habitación blanca, sin que nunca llegara a admitir quién era en realidad

ARRIBA: *El oficial de logística de la CIA «Ron Howard» vio a más de 1 000 personas caer al agua al ser embarcadas.*
DERECHA: *El* Pioneer Commander, *gemelo del* Pioneer Contender, *también acudió para evacuar refugiados.*

Capítulo 2

LA GUERRA SUCIA

PRIMEROS PLANES DE EVACUACIÓN

Cuando Al Francis, el protegido del embajador Graham Martin, tomó posesión del cargo de cónsul general en Da Nang a finales de 1974, una de sus primeras decisiones fue actualizar el plan de evacuación vigente del consulado. El funcionario al que se encomendó el trabajo llegó a redactar un catálogo con 30 páginas de diferentes opciones. La hipótesis más extrema entre las contempladas era la evacuación aérea desde el aeródromo principal y bajo la protección de la infantería de marina estadounidense. Francis la consideraba una contingencia «improbable». Según su opinión, los norteamericanos podrían contar con la cooperación de las fuerzas locales, incluso en el caso de que resultara necesaria una evacuación total.

A comienzos de 1975, Francis cayó enfermo y hubo de ser evacuado por vía aérea a Estados Unidos. A pesar de su mal estado de salud, seguía manteniendo su optimismo respecto al futuro de Saigón. Como afirmó en repetidas ocasiones, estaba convencido de que los survietnamitas capearían la ofensiva en curso, a pesar de las restricciones de las ayudas. En marzo, sin embargo, en la época en que fue dado de alta, se habían abandonado las montañas, las unidades aerotransportadas estaban evacuando la Región Militar 1 (MR1), y la defensa de Hué se había convertido en una carnicería.

Mientras tanto, Terry Tull, la sustituta de Francis en Da Nang y la única funcionaria femenina titular del Foreign Service en el país, había empezado a desmantelar las oficinas consulares ubicadas en la MR1. Como precaución adicional, ordenó al personal de la CIA y del Departamento de Estado asignado a Hué, que se trasladaran a pasar las noches a Da Nang, a 80 kilómetros al sur.

Cuando Francis regresó a Da Nang, en la tercera semana de marzo, reunió a seis de sus subordinados y les encargó que redujeran el plan de evacuación del consulado a unas proporciones más factibles. El grupo, al que denominó su «caja negra» (utilizando el calificativo «negra» en el sentido de «secreta»), tenía obviamente que recortar las previsiones establecidas. Además de los 50 norteamericanos empleados en el consulado —la mitad de ellos, funcionarios de la CIA— había centenares de norteamericanos más en Da Nang, que iban desde trabajadores a contrata hasta desertores del Ejército norteamericano, que habían de incluirse en el recuento. Más de 1.000 empleados «locales» figuraban también en las listas de personal del consulado, y contando a sus familiares, parientes y amigos íntimos, el número de evacuados vietnamitas potenciales ascendía hasta 10.000 personas o más.

> Hué aún podía defenderse, les dijo confidencialmente, pese a todos los rumores que afirmaban lo contrario.

El 22 de marzo, Tom Polgar, jefe de la estación de Saigón, envió un avión especial de Air America a Da Nang, con cestos y material de embalaje. Francis, por su parte, seguía intentando calmar los nervios de los vietnamitas asegurando a los políticos locales, a los jefes militares y a la prensa, que el ejército podría mantenerse. Por la tarde del día 22, se desplazó personalmente en helicóptero a Hué, con una docena más o menos de periodistas que había reunido en Da Nang para una última gran inyección de moral. Hué aún podía defenderse, les dijo confidencialmente, pese a todos los rumores que afirmaban lo contrario.

Poco antes del mediodía del 23, Francis puso finalmente a todo el personal en zafarrancho de emergencia. Uno de los funcionarios a los que puso al frente del plan de evacuación era un corpulento joven de la CIA, al que llamaré «Ron Howard». Era un especialista en logística, y aquella era su primera misión en el extranjero, de modo que se entregó con fruición a su tarea, poniendo todo el consulado patas arriba, y escondiendo raciones C prácticamente en todos los rincones y escondites imaginables. También trajo tiendas de campaña y sacos de dormir y los distribuyó por los barracones logísticos de la CIA, a pocas manzanas de distancia. Designó esos locales para que vivaquearan allí los empleados locales evacuados recientemente de las áreas abandonadas. Quería que todos ellos estuvieran tan cómodos como fuera posible. Sabía que su propia seguridad podía depender de esa circunstancia.

> Por la mañana del 25 de marzo, el gobierno survietnamita anunció que Hué había caído.

Al tiempo que los supervivientes de la 1ª división ARVN llegaban al puerto de Tan An, cerca de la punta de la península de Vinh Loc, la artillería norvietnamita empezó a batir el puente, aún inacabado, que cruzaba la bahía justo frente a ellos. Al cabo de una hora lo habían reducido a escombros, dejando a los soldados y a las hordas de refugiados copados, sin escape posible ni ningún tipo de refugio contra el intenso bombardeo.

Ante las primeras noticias del desastre, el general Truong envió todos los buques disponibles a la zona, para tratar de embarcar a las tropas desde las playas. Pero, cuando los barcos más pequeños maniobraban entre las rompientes, el pánico se apoderó de las masas de personas apiñadas a lo largo de la línea costera, y los marines y soldados empezaron a disparar y a golpearse unos a otros y ambos a los civiles mezclados entre ellos, con el fin de abrirse paso hacia el mar.

A media mañana, Francis envió un mensaje a Saigón, pidiendo aparatos suficientes para evacuar por aire a unos 40.000 refugiados. Consideró que eso sería suficiente para disminuir la presión.

Aproximadamente una hora más tarde, el primero de los 727 fletados a World Airways aterrizaba en el aeródromo principal. Se embutieron a bordo más de 100 pasajeros que fueron trasladados a la bahía de Cam Ranh, en la costa central, designada provisionalmente como «punto de reagrupamiento» de los refugiados.

Mientras tanto, en Saigón, el general Homer Smith (el agregado de Defensa de Estados Unidos en Saigón) y su *staff* se apresuraban a reunir remolcadores y gabarras de todo tipo para enviar a la MR1, con el fin de ayudar a evacuar las tropas y el material bélico survietnamita.

Por la mañana del 25 de marzo, el gobierno survietnamita anunció que Hué había caído. Al cabo de 24 horas, las fuerzas comunistas izaban la bandera del Gobierno Revolucionario Provisional sobre la famosa ciudadela interior, sede de la antigua capital imperial.

Durante las horas finales de la ciudad, millares de civiles pre-

del pánico se apiñaron en las playas situadas a 15 kilómetros de Hué. Muchos se lanzaron al mar e intentaron llegar a nado hasta la flotilla de evacuación que esperaba en mar abierto, pero fueron arrastrados por la fuerte resaca. Para entonces, la 1.ª División sencillamente había dejado de existir.

LA MUERTE DE DA NANG

Da Nang, la segunda ciudad en población de Vietnam del Sur, quedaba ahora aislada y condenada, 560 kilómetros al noreste de Saigón. En la mañana del 25 de marzo comenzó el fuego de artillería, cuando 14 cohetes de 122 mm., de fabricación soviética, hicieron explosión en el centro de la ciudad, matando a seis civiles e hiriendo a otros 14. Una oleada de pánico agitó a las largas filas de refugiados que llegaban a la ciudad procedentes de Hué y de Quang Ngai

Durante la semana y media anterior, más de 500.000 rezagados y otros fugitivos de la derrota habían convergido en Da Nang desde todas las direcciones, hinchando la población de la ciudad hasta cerca de los 2.000.000 de personas, con el consiguiente descenso de la moral, escasez de suministros y, en definitiva, con la apertura de una brecha importante en lo que las tropas habían de considerar su tarea principal.

Había un puerto para barcos de gran calado en las cercanías, y la Armada podía contribuir a aliviar la presión embarcando a parte de la población refugiada antes de que se asestara el golpe definitivo. Los muelles a lo largo del río Han hormigueaban de civiles que buscaban una vía de escape hacia el sur, algunos de ellos con ofertas de hasta el equivalente a 150.000 pesetas por el pasaje, para provecho de los inevitables oportunistas.

Por la mañana del día 25, el general Smith envió cinco remolcadores más, seis barcazas y tres barcos mercantes a Da Nang, con el fin de recoger equipo y refugiados. Mientras, Al Francis daba la orden que todo el mundo había estado esperando. Los empleados del consulado que aún seguían en sus puestos debían salir ya para Saigón por vía aérea: tras ellos, los norteamericanos empleados a contrata y sus familias. A todos los norteamericanos que quedaran en la ciudad, debía aconsejárseles que partieran de inmediato

Cuando le preguntaron cuál era el plan de evacuación, Francis sólo comentó: «Improvisación » Las medidas previstas por los hombres de la «caja negra» eran impracticables a esas alturas por la escasez de transporte aéreo. Tan sólo podía contarse con Air America y World Airways, aparte de lo que pudieran aportar Air Vietnam y las Fuerzas Aéreas vietnamitas.

«Philip Custer» —el jefe de base de la CIA en Da Nang— llamó a Saigón y pidió más aparatos de Air America para ayu-

ABAJO: *Los refugiados se amontonan junto al embarcadero mientras las fuerzas comunistas avanzan. La mayoría de ellos quedarán en tierra o perecerán en el Mar de la China Meridional*

PHOTOGRAPHERS INTERNATIONAL

PHOTOGRAPHERS INTERNATIONAL

ARRIBA: *Después del colapso de Da Nang, el puerto de Nha Trang se vio invadido por los refugiados. Dos de las vías de salida eran el uniforme verde del ARVN y un paquete de dólares, también de color verde.*

dar a evacuar a los norteamericanos y los empleados Otros funcionarios de la CIA empezaron a repartir billetes para el vuelo regular de Air America —lo llamaban el «Tren de la Libertad»— a los amigos y empleados vietnamitas

Mientras tanto, la riada de personal consular procedente de la MR1 estaba empezando a desbordar las posibilidades y a poner a prueba los nervios de la comunidad norteamericana en Saigón Daban vueltas entre nosotros, en nuestros bares y restaurantes exclusivos. difundiendo sus historias de horror y su presentimiento de una catástrofe inminente.

Polgar y otros funcionarios de alto rango. temiendo el contagio, actuaron con rapidez. Aconsejaron a sus subordinados que suavizaran la cruda verdad de lo que estaba pasando al norte de la ciudad en sus conversaciones con esposas, secretarias y subalternos. Además, Wolfgang Lehmann, que actuaba todavía como jefe de misión en ausencia de Martin, censuró cuidadosamente todas las «malas noticias» de «American Radio», la emisora de FM en inglés que operaba financiada por la DAO. Cada hora. uno de sus subordinados revisaba las noticias grabadas que nos suministraban desde Estados Unidos, y suprimía cualquier elemento susceptible de alarmar a las mujeres de la Embajada. El *Saigon Post*, el único diario en lengua inglesa de la capital, controlado por la CIA, empezó también a ignorar o minusvalorar los recientes reveses del gobierno.

En el complejo logístico de la CIA en Da Nang, la masa de vietnamitas reunidos en espera de evacuación disminuía y volvía a crecer alternativamente durante la mañana del 27 como un organismo que se autorregenerara. Más de 300 personas eran trasladadas en camión hasta el muelle de gran calado o hasta el aeródromo principal para esperar allí el barco o el avión de rescate, pero durante el mismo intervalo entraba por la puerta principal el mismo número de personas, con sus escasas pertenencias y su esperanza de que se produjera un milagro americano. Ron Howard, el funcionario de logística de la CIA, observaba ese flujo y reflujo e intentaba mantener bajo control sus propias esperanzas y aprensiones. Debía de haber más de 3.000 en ese momento, 3.000 vietnamitas que trabajaban para el consulado en algún lugar del país, o que conocían a alguien que lo hacía Y como continuaban fluyendo hora tras hora. uno que llegaba por cada uno que marchaba, las angustias de aquellas gentes empezaron a pesar sobre él tanto como la suya propia. Dos veces a lo largo de la mañana comunicó por radio con el «oficial de observación» de la CIA en el consulado —«Cannonball a Papa Lima»— pidiendo ayuda, y las dos veces obtuvo la misma simple respuesta: «Estamos haciendo todo lo que podemos» Al caer la tarde. corrían por toda la ciudad rumores recientes de un inminente ataque del Ejército norvietnamita, y la población se encontraba al borde del pánico. En el gran aeródromo situado al extremo de la ciudad, cientos de civiles atemorizados aguardaban sobre el asfalto de la pista, empujándose y atropellándose unos a otros cada vez que veían llegar un nuevo avión.

Alarmado por la creciente confusión, Al Francis pidió pronto

que todos los vuelos de Air America se desviaran a otras pistas distintas del aeródromo principal. Algunos de los norteamericanos que esperaban en la terminal fueron trasladados a la pista más pequeña de la Montaña de Mármol, para embarcar en uno de los vuelos que salían de allí. A otros se los envió a un complejo de apartamentos de la parte baja de la ciudad, bautizado (muy adecuadamente en las presentes circunstancias) como «El Alamo».

Aproximadamente a las 10 de la noche, quienes esperaban en El Alamo recibieron sus órdenes de partida. Uno de los ayudantes de Franklin se presentó allí y los avisó de que se trasladaran de inmediato a la propia casa de Francis, a la vuelta de la esquina. «Pero sólo los norteamericanos», advirtió. «No aviséis a vuestros empleados vietnamitas».

A la 1.30 aproximadamente de la madrugada, Ron Howard consiguió finalmente comunicar por radio con Custer. Apenas podía hablar en un tono de voz normal, mientras intentaba explicarle el terrible apuro en el que se hallaba: los vietnamitas que le rodeaban habían empezado a forzar las puertas de automóviles y almacenes, y a apoderarse de todo lo que encontraban. La respuesta de Custer restalló como un latigazo en sus oídos: «Mantén la calma. Márchate del complejo, dirígete al muelle y echa los botes al agua. Nos vamos todos.»

Howard se sentó a su mesa de despacho, sujetándose la cabeza con las manos. Había cinco motoras del consulado abajo, en el muelle. Si podía llegar hasta ellas, escaparía. Pero en medio estaban 3.000 empleados vietnamitas y un número indeterminado de residentes en la ciudad que le consideraban, no sin razón, como un rehén que les garantizaba la salvación.

LA FUGA

Mucho antes del alba del día 28, el muelle de gran calado de las afueras de Da Nang se había convertido en un promontorio de humanidad aterrorizada y chillona, a medida que masas de vietnamitas presionaban cada vez más a quienes se encontraban al extremo en espera de su viaje de salida. Pronto, las barcazas y motoras se apiñaron junto a los muelles, de tres o cuatro en fondo, y a medida que la presión de la muchedumbre se hacía sentir con mayor intensidad junto a las pasarelas, al avanzar el día, los funcionarios que supervisaban la carga empezaron a arrojar a los pasajeros a bordo como si fueran sacos de patatas.

> Tan pronto como empezó el embarque, cientos de vietnamitas se precipitaron hacia la pasarela, agarrándose a ella para no ser desplazados.

Mientras tanto, en la parte oeste de la ciudad, ya al alcance de los tiradores norvietnamitas, otros evacuados desesperados invadían la torre de control de la terminal principal, forzando la suspensión temporal de todos los despegues. No mucho más tarde, a las 4.00 de la mañana, Francis regresó precipitadamente a su villa y anunció al selecto grupo de norteamericanos, vietnamitas y personas de otras nacionalidades que estaban reunidos allí, que estaba dirigiendo la evacuación inmediata de todo el personal situado bajo su responsabilidad.

Parte del grupo se abrió camino entre la multitud hasta llegar a la pequeña pista de aterrizaje para helicópteros de la ICCS, al otro lado de la calle, cuando se posaban ya en ella los primeros Hueys de Air America. Otros corrieron hacia el muelle cruzando el propio consulado, y allí los recogió una barcaza a motor recién llegada del puerto de gran calado. Pero tan pronto como empezó el embarque, cientos de vietnamitas se precipitaron hacia la pasarela, agarrándose a ella para no ser desplazados, y en menos de 20 minutos más de 4.400 personas, el doble de la carga normal de pasajeros, se habían instalado a bordo. Custer, que contemplaba impotente el espectáculo desde el muelle, comprendió entonces que su última esperanza de evacuar a sus propios amigos se había esfumado.

En medio del pandemónium, Francis llamó a un funcionario de la DAO y a dos hombres de la CIA y les ordenó que le siguieran. «Tenga, tal vez necesite esto», gritó, tendiendo un rifle M16 a uno de ellos. Luego lanzó su coche a toda velocidad hacia el consulado, mientras asustados motoristas se echaban a un lado a su paso.

Después de una rápida inspección del edificio, Francis y sus compañeros reunieron el resto del equipo de radio ultrasecreto de la CIA, lo cargaron en furgonetas y se encaminaron al muelle. Durante los siguientes 10 minutos, lo pasaron de uno a otro a lo largo de una cadena humana hasta que quedó instalado en un carguero junto a una masa de refugiados temblorosos.

No muy lejos de allí, en el complejo logístico, Ron Howard había ideado ya un plan para salvarse a sí mismo. No era un plan muy agudo —y tampoco noble—, pero era lo mejor que se le ocurrió. Llamó aparte a algunos de sus subalternos vietnamitas, y les dio rápidamente instrucciones: tenían que llenar de gasolina los camiones aparcados al extremo del complejo y empezar a cargar pasajeros tan aprisa como pudieran. Debían llevar a los 3.000 refugiados reunidos allí a un punto del centro de la ciudad. Allí irían en seguida a recogerlos los helicópteros norteamericanos.

Sus ayudantes siguieron las instrucciones al pie de la letra, y el propio Howard ayudó a subir a los camiones a muchas mujeres y niños. Luego, uno a uno, los enormes camiones partieron en dirección al falso punto de cita.

Pero, como el propio Howard sospechaba, el plan no era muy inteligente. El embarque duró más de una hora, y justo cuando el último camión salía del complejo, empezaban a regresar los primeros, y los vietnamitas que venían en ellos estaban locos de miedo y de rabia. Habían esperado y esperado los helicópteros prometidos, pero, por supuesto, ni uno solo se había materializado.

Para el momento en que Howard se disponía a cerrar y echar el cerrojo a la puerta principal, cientos de «evacuados» vociferantes estaban en el exterior, tratando de forzar la valla metálica que rodeaba el complejo. De repente, la voz de Custer irrumpió en su receptor de radio portátil, urgiéndole de nuevo a bajar al muelle: todos se estaban marchando.

Presa de pánico, Howard apenas alcanzó a balbucear el enterado a la llamada. Miró su reloj a la media luz del amanecer: las 5.30 de la mañana. Entonces se vio obligado a negociar para poder salvar su vida.

En esta ocasión no utilizó subterfugios. No tenía otra opción. Cogió del hombro a uno de los vietnamitas, un mecánico viejo amigo suyo, y le prometió por todo lo más sagrado que le garantizaba, para él y su familia, un puesto en un avión o una barcaza, si le ayudaba a escapar. El vietnamita vacilaba, pero

tampoco a él le quedaban más alternativas. Así que accedió, y mientras una docena o más de refugiados que habían conseguido introducirse de nuevo en el complejo se entretenían prendiendo fuego a los surtidores de gasolina y dedicándose al pillaje para alegrar sus penas, los dos, con la familia del mecánico, saltaron a un camión abandonado. El vietnamita tomó el volante y condujo el camión a través de un portillo trasero, dispersando a los asustados refugiados que se agrupaban allí. Minutos más tarde, estaban junto al río

La evacuación aérea desde la terminal principal se reanudó inmediatamente después del amanecer. Cuando el primer 727 de World Airways se aproximó, un convoy de camiones militares cargados de familiares de los militares del ARVN irrumpió en la pista y empezó a embarcar a sus pasajeros. Instantáneamente, otros 5.000 vietnamitas que habían estado esperando pacientemente en la puerta de entrada corrieron hacia el avión, atropellando a su paso a las mujeres y los niños. Los guardas de seguridad americanos ducharon a algunos con Mace, pero sin resultado. El piloto puso en marcha inmediatamente los motores e inició la maniobra de despegue, con la compuerta medio abierta aún debido a incontables brazos y dedos engarfiados. Racimos de vietnamitas colgaban aún de los compartimientos de las ruedas cuando el avión se elevaba del suelo.

Cuando Francis se enteró de los disturbios ocurridos en la terminal, desvió todos los vuelos de Air America a la Montaña de Mármol, en esta ocasión de forma permanente. Sin embargo, la pista era demasiado pequeña para que los 727 de World Airways, los transportes de Air America y los helicópteros pudieran maniobrar con facilidad, contando además con que no se interfirieran los marines vietnamitas.

En el momento de dar por finalizada la operación, más de 10.000 vietnamitas se apretujaban contra las puertas de acceso de la terminal principal. Algunos eran empleados del consulado y familiares suyos, y Francis pidió de inmediato dos Hueys de Air America para trasladar a esos evacuados «legítimos» a Mármol. Pero apenas se posaron en tierra los dos helicópteros, la multitud se lanzó de nuevo a una orgía de peleas y de sangre.

A menos de 10 metros de distancia, un soldado del ARVN se dedicaba a violar a una mujer vietnamita.

Mientras, varias millas mar adentro, Ron Howard gobernaba a ciegas el timón. Había una niebla espesa y esponjosa, que dejaba apenas filtrarse las primeras luces de la mañana. Pero en la oscuridad situada frente a él, podía oír voces de vietnamitas que pedían ayuda.

Había encontrado a Custer y a 16 norteamericanos más que le esperaban junto al río, mientras las lanchas fuera borda ya tenían funcionando los motores. Se pusieron en marcha echando apenas una ojeada atrás; Howard tomó el timón de la primera lancha, con Custer a su lado, cuatro norteamericanos más, y los vietnamitas que habían rescatado a Howard agrupados en popa A estribor, las otras dos lanchas del consulado traqueteaban surcando las aguas profundas

Howard no tenía idea de adónde se dirigía. pero no le importaba mucho. Parecía suficiente con alejarse de Da Nang.

Custer, exhausto y hundido, se apoyaba en su hombro. Pronto, la silueta oscura de un mercante norteamericano surgió de la niebla. El rótulo de popa era. *Pioneer Contender*. Howard se puso en pie y alcanzó una escalerilla de cuerda que colgaba de la borda. Se volvió entonces a Custer y se ofreció a ayudarle a subir. Pero el jefe de la base sacudió la cabeza. No iba a subir a bordo, dijo. Todavía tenía responsabilidades. Volvería a Da Nang en busca de empleados vietnamitas rezagados. ¿Alguien podía ayudarle?

Howard apenas podía creer lo que estaba oyendo. Miró en torno suyo, a las demás personas del bote. Nadie se movió. Finalmente Brunson McKinley. el vicecónsul general, contestó. Sí, él también volvía, dijo. Pero fue el único.

«Buena suerte, y cuidaos», les gritó Custer mientras su lancha desaparecía en la niebla. «A Dios gracias, no tengo madera de héroe», musitó Howard para su capote.

Pero su alivio era prematuro. La escena que le aguardaba a bordo del *Contender* era tan de pesadilla en cada uno de sus detalles como cualquier otra que hubiera vivido en Da Nang. Más de 1.500 soldados survietnamitas estaban dispersos, holgazaneando y disputando entre ellos, por las cubiertas principales y el puente, divirtiéndose a su capricho con los indefensos civiles vietnamitas que encontraban a su paso. A menos de 10 metros de distancia, un soldado del ARVN se dedicaba a violar a una mujer vietnamita. Treinta y cinco o más evacuados norteamericanos no se atrevían a moverse del lado de la pasarela

«Quieren navegar hasta Filipinas», informó uno de ellos a Howard, señalando a un grupo de soldados vietnamitas armados instalados en la cubierta superior. «Han encerrado al capitán en el puente.»

Howard apenas se detuvo a pensar. Se dirigió a varios de los infantes de marina que habían dejado Da Nang con él. Después de comprobar sus armas, empezaron a trepar al puente. Los soldados vietnamitas situados en la parte delantera estaban demasiado ocupados discutiendo entre ellos para darse cuenta de lo que ocurría, y antes de que pudieran emplear sus armas, Howard y sus marines se abalanzaron sobre ellos y los desarmaron. Momentos después, uno de los marines rompió la cerradura de la escotilla, y un capitán tembloroso surgió de la cabina. «Saben», balbuceó, «en Saigón me dijeron que veníamos aquí a cargar vehículos norteamericanos sobrantes. No tenía idea de que encontraríamos algo así.»

★ ★ ★

Mc Kinley se sentó junto a Custer, y la sal marina salpicaba sus gafas mientras la motora volvía a tierra. En medio de la niebla pudieron ver un remolcador, el *Oseola*, y varias barcazas, y pusieron la proa hacia ellas. Tal vez podrían embarcar allí a evacuados vietnamitas, dijo Custer. De hecho, pocas de las barcazas remolcadas por el *Oseola* podían tomar a un solo pasajero más, tan sobrecargadas iban ya todas ellas. Los dos hombres estuvieron de acuerdo, con todo, en convertir al remolcador en su base de operaciones, y trasladaron el maletín de McKinley a bordo antes de virar hacia la orilla.

Junto al muelle de gran calado divisaron a Al Francis. Tenía los ojos vidriosos y parecía agotado, pero se negó a ser evacuado. Debía seguir en la ciudad por algún tiempo más, dijo, aunque sólo fuera para dar ánimos a los vietnamitas.

McKinley dejó a Custer en el pequeño muelle próximo al consulado y trotó por las calles, escudriñando las multitudes en busca de caras conocidas. Cuando finalmente regresó al río, le acompañaban varios vietnamitas amigos, y Custer y él les embarcaron apresuradamente en el bote. El regreso hasta el *Oseola* les llevó unos 45 minutos, y el embarque tal vez cinco. Custer volvió a virar con el fuera borda y se dirigió a la ciudad.

A bordo del *Contender*, Howard y sus compañeros miraban nerviosos a los miles de vietnamitas que compartían las cubiertas con ellos. Había transcurrido más de una hora desde que consiguieron liberar al capitán del barco y calmar a la tripulación, pero el caos y la matanza que tenían lugar en torno a ellos no daban señales de disminuir. Desde la popa les llegaban los ecos de disparos, porque las tropas del ARVN ejecutaban sumariamente allí a «sospechosos del Vietcong». Soldados y civiles luchaban entre ellos en las cubiertas inferiores, y circulaban rumores de que buzos comunistas iban a intentar hundir el barco de un momento a otro. Uno de los marines sugirió desalojar a todos los vietnamitas del puente y la cubierta superior, y acordonar ésta. De ese modo al menos podrían defenderse si las masas que abarrotaban el barco se volvían contra ellos.

Desalojar los puentes no iba a ser obviamente una tarea fácil. Cerca de 1.000 soldados del ARVN ocupaban el sector superior del barco, la mayoría armados, y cualquier intento de reducirles a los confines de la popa podía desencadenar una confrontación. Pero ¿qué otra opción había? Howard y los demás norteamericanos coincidieron en que no existía ninguna.

Manteniendo baja su arma, Howard se acercó al grupo de vietnamitas más próximo a él. Llamó aparte a los oficiales, y les explicó que era imposible navegar mientras hubiera semejante anarquía en el puente. Una y otra vez a lo largo de la mañana fue repitiendo el mismo argumento, al tiempo que empujaba con suavidad a soldados aturdidos e incluso hostiles hacia la popa. Sus compañeros norteamericanos hicieron otro tanto.

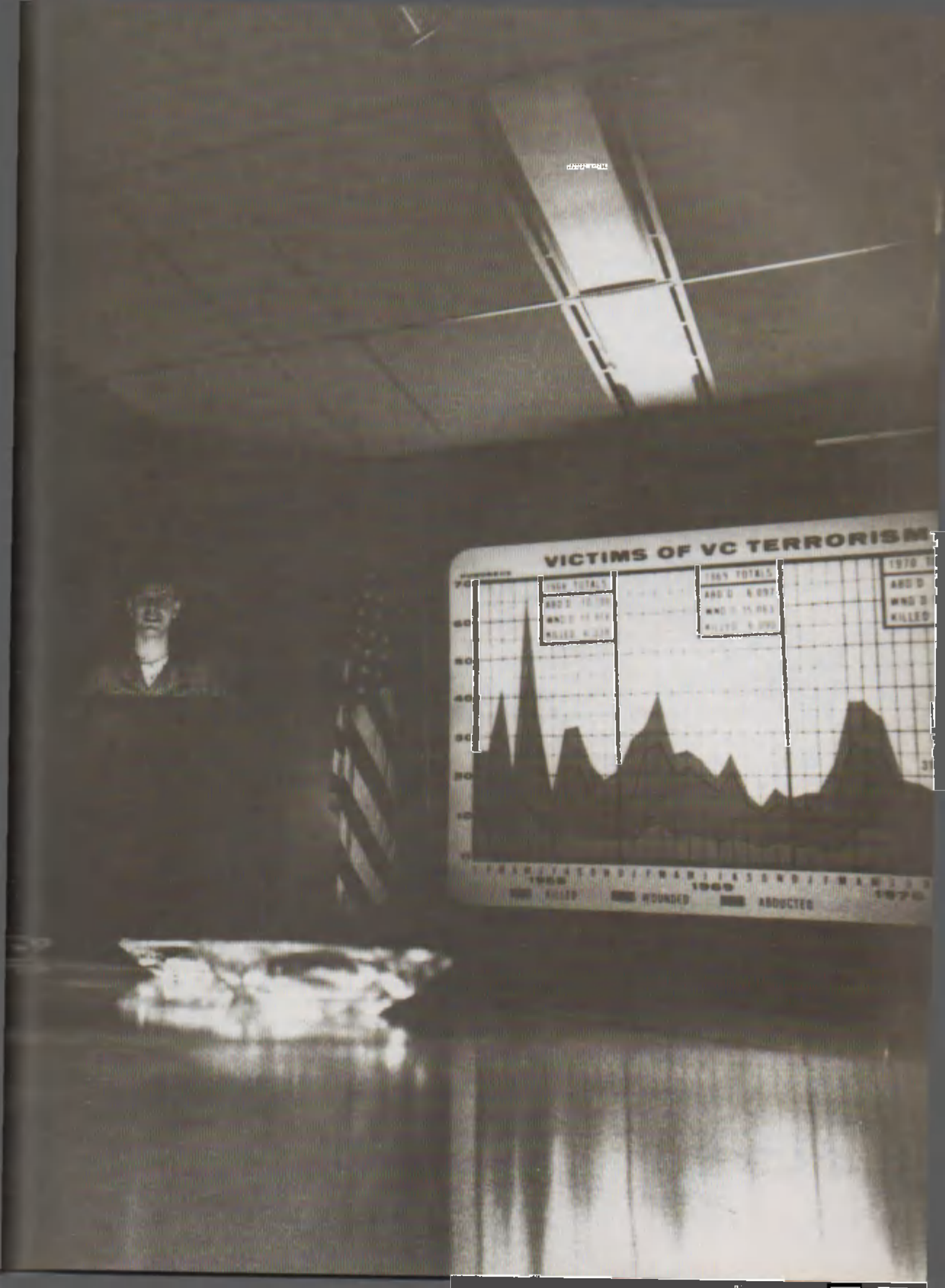
Mientras el orden iban instalándose poco a poco en el *Pioneer Contender*, Francis se trasladaba en helicóptero a Mármol para una inspección final de la marcha de la evacuación. Encontró a los evacuados abandonados formando un triste grupo de gente asustada, y de inmediato pidió otro vuelo de Air America. Entre tanto, tropas del ARVN habían empezado a instalar una batería de artillería justo al lado del asfalto, con el cañón apuntando a la pista de despegue. Sólo mediante la promesa de llevar a algunos de los oficiales y de sus hombres consiguió convencerles Francis de que dejaran aterrizar el aparato de transporte solicitado. De los 93 pasajeros que se apiñaron a bordo de ese último C-47, más de la mitad eran soldados vietnamitas.

Pero ni siquiera esa concesión dio resultado. Cuando el avión empezó a rodar por la pista, cientos de otros soldados corrieron tras él, agarrándose a las alas y al fuselaje como para impedirle despegar. Francis corrió junto a ellos, golpeando a algunos de los soldados con sus puños. Varios se volvieron de inmediato contra él y le derribaron, dándole golpe tras golpe en el cuello y en la cara mientras el avión se elevaba por fin. Francis pudo haber sido rematado allí mismo, de no haber tenido la presencia de ánimo de permanecer inmóvil, como si hubiera perdido el sentido. Eso asustó a sus agresores, que se alejaron del lugar. En seguida perdieron interés en él, de todos modos, y volvieron a la pista de despegue. Cuando el último de ellos desapareció entre el humo y la bruma, un alemán y dos ingleses trabajadores de la Cruz Roja que habían observado la escena a distancia, corrieron a ayudar al baqueteado cónsul general y le ayudaron

ABAJO: *El embarque en el primero de los «botes populares» tras la caída de Da Nang. Muchos de sus pasajeros se sentirían felices tan sólo por llegar vivos a la bahía de Cam Ranh.*

REX FEATURES

PACIFICATION OBJECTIVES


VICTIMS OF VC TERRORISM
1968 TOTALS
1969 TOTALS
1970
KILLED
WOUNDED
ABDUCTED

PÁGINAS ANTERIORES: *«Pentágono Este», el cuartel general del MACV en el aeropuerto de Tan Son Nhut, antes de convertirse en el centro de evacuación de la DAO.* ARRIBA: *Comienza el éxodo.*

a incorporarse. Aunque zarandeado y mareado, no parecía en mal estado, salvo por las heridas del cuello. Dos años después del colapso de Saigón, aún le molestaban.

Para algunos de sus preocupados colegas, Francis y su jefe de base de la CIA parecían estar compitiendo en ese momento por la distinción de ser el último norteamericano en Da Nang. Inmediatamente después de la agresión en la Montaña de Mármol, el cónsul general y sus amigos ingleses volaron en helicóptero al cuartel general de Truong, en los confines de la ciudad, con el fin de ofrecer allí sus servicios. Custer, por su parte, pasó el resto de la tarde viajando entre el *Oseola* y los muelles del río Han. Poco antes de oscurecer, su fuera borda se quedó sin gasolina no lejos del consulado. Su piloto y él hubieron de enganchar el bote a una barcaza que pasaba, en su último viaje hasta el remolcador

Cuando Francis y sus dos amigos ingleses llegaron al cuartel general de Truong, el general estaba destruyendo sus últimos archivos y mapas de batalla, y la mayor parte de su *staff* había desertado. Los recién llegados le ayudaron a quemar los documentos, y luego subieron al helicóptero privado de Truong y volaron con él hasta el cuartel general naval vietnamita, situado en una pequeña península, cerca del muelle de gran calado. En el momento en que tomaron tierra ya se había hecho oscuro, pero a la pálida luz de las farolas pudieron ver varias barcazas, todas ellas abarrotadas de soldados, alineadas a lo largo de los muelles cercanos. A los costados de cada barcaza colgaban docenas de soldados, asidos a la cadena metálica que rodeaba las portas y con los pies rozando las olas. Francis preguntó a un oficial vietnamita si podría «prestarle» una barcaza para subir río arriba hasta el consulado El soldado apenas se molestó en negar con la cabeza.

En el momento en que Truong recibió sus órdenes finales de Saigón, la niebla se había despejado en la costa de Da Nang. Hasta donde alcanzaba la vista a la luz del crepúsculo, el océano estaba cubierto por los desechos de una ciudad dedicada a salvarse a sí misma: sampanes, pequeños botes de pesca, barcazas de fondo plano, todos abarrotados hasta las portas y cabeceando entre las olas. En las horas anteriores, Ron Howard y sus compañeros habían limpiado el puente y la cubierta superior del *Pioneer Contender* de la mayor parte de los vietnamitas, pero en el resto del barco la presión humana se había hecho tan apremiante que los norteamericanos comprendieron que no podrían reservarse por más tiempo una parte del barco en exclusiva para ellos.

A lo largo de la tarde, la carga del *Contender* había ido cre-

siendo ininterrumpidamente, a medida que más y más barcos pequeños se arrimaban a sus costados. Cada vez que aparecía uno, se bajaban pasarelas y escalerillas; entonces los pasajeros iniciaban su peligrosa ascensión a la cubierta principal. Muchos de ellos, a menudo los más jóvenes y los más ancianos, perdían pie y caían al agua, para morir irremisiblemente aplastados cuando sus propios barcos topaban contra los costados del *Contender* por el impulso del oleaje. Al caer la noche, Ron Howard había dejado de contar las bajas. Había visto ya a casi 1.000 personas caer al agua.

En las cuatro horas siguientes, el *Contender* recibió a cerca de 7.000 evacuados más, y hacia las 10 de la noche el crepitar de las armas de fuego en la popa se había convertido en un eco continuo, porque los soldados vietnamitas mataban a más y más civiles con el fin de ganar espacio para sí mismos. Algunos de los americanos querían intervenir; el resto no deseaba arriesgarse a un enfrentamiento con la tropa. Lo mejor que podían hacer, acordaron finalmente, era impedir que se continuara embarcando a más personas. En los minutos siguientes tres grandes barcazas se arrimaron a los costados del *Contender*, cada una de ellas con unas 3.000 personas a bordo. Si iba a haber una cuarentena, lo mejor era empezar de inmediato. Howard y varios de sus compañeros se asomaron a la baranda y esperaron hasta que la primera barcaza hubo descargado su pasaje. Pero cuando se tendió la pasarela a la segunda, dispararon una ráfaga de advertencia justo delante de su proa. Un remolcador situado detrás empezó de inmediato a apartarse. Su nombre se hizo visible por un instante a la luz de una farola: era el *Oseola*.

★ ★ ★

Poco después de medianoche llegó el primer obús, que hizo impacto justo detrás del edificio del cuartel general. El segundo estalló en la fachada, y el tercero cayó justo en el centro de la estructura tipo Quonset. Un cuarto cayó en una de las barcazas, matando a centenares de personas. El complejo naval de la pequeña península de las afueras de Da Nang, el último baluarte de Truong, estaba ahora sometido al fuego directo e intenso de la artillería comunista.

Cuando empezó el bombardeo, Al Francis estaba en los muelles, intentando todavía conseguir una barcaza para subir río arriba. En una asombrosa imitación de la carrera de un jugador de rugby, él y sus amigos ingleses corrieron a la playa y se sumergieron en el agua. Una pequeña patrullera de río estaba al pairo más allá de las rompientes. Nadaron hacia ella y treparon a bordo.

El barco survietnamita llevó a Francis y sus compañeros a cerca de una milla de la playa. Allí fueron trasbordados al «HQ5», un viejo guardacostas. La tripulación conservaba intacta su disciplina porque el comandante se había quedado junto a ellos durante toda la evacuación. El oficial informó a Francis de que debería permanecer con ellos en el barco hasta que finalizara la evacuación. Era la mejor garantía de que los norteamericanos los ayudarían.

Por entonces Custer había abandonado sus esfuerzos por rescatar Da Nang con sus solas fuerzas, y estaba tendido en la cubierta del *Oseola*, dejando diluirse su adrenalina. El ruido de los disparos y los gritos de los moribundos hacían imposible conciliar el sueño. Desde la cabina del piloto, el patrón podía ver las luces del *Pioneer Contender* en la distancia. Pero ahora estaba decidido a mantenerse lejos del barco, sobre todo después del incidente de los disparos, ocurrido pocas horas antes. Le gustaría encontrar algún otro medio de poner a buen recaudo a los miles de evacuados apiñados en las barcazas a las que remolcaba. Uno de los hombres de la CIA del *Oseola* había radiado ya un llamamiento «Mayday» a todos los barcos del Mar de la China Meridional. El operador de radio de Saigón había prevenido a la tripulación y a los pasajeros del *Oseola* de que estuvieran alerta por si se producían intentos de abordaje, como si la advertencia fuera necesaria.

> Claramente visibles entre los miles de pasajeros había muchos muertos sostenidos en pie entre los vivos.

A lo largo de toda la noche, los norteamericanos del *Oseola* hicieron turnos de vigilancia, disparando de tanto en tanto cortas ráfagas para mantener a distancia a los botes de pesca y sampanes abarrotados que se acercaban demasiado. Desde la Embajada en Saigón les radiaban periódicamente instrucciones y les daban ánimos por medio del transmisor de emergencia. Un mensaje, sin embargo, distaba mucho de resultar estimulante. Según un avión de reconocimiento de Air America, un remolcador vietnamita situado a su popa acababa de ser asaltado por varias tropas del ARVN.

Varias horas después de la medianoche, el patrón del *Oseola* vio cómo las luces del *Pioneer Contender* viraban a lo lejos. El buque se dirigía a Cam Ranh.

El viaje del *Contender* duró más de 15 horas. En la despensa había alimentos suficientes para la tripulación, los más o menos 40 norteamericanos y los otros 100 occidentales que estaban a bordo, pero muy poco para las masas de la cubierta principal. Ron Howard y sus compañeros intentaron distribuir agua a los pasajeros vietnamitas por medio de una manguera contra incendios, pero cada vez que la desenrollaban, los soldados vietnamitas la cortaban detrás suyo.

Al amanecer del día 29 llovía y hacía un frío insólito, y el océano parecía no menos caprichoso que la víspera. Cuando asomaron en el horizonte las primeras luces, uno de los hombres de la CIA del *Oseola* trepó a lo alto del mástil y miró hacia las barcazas remolcadas. Desde ese punto privilegiado pudo ver directamente lo que sucedía dentro de ellas. Claramente visibles entre los miles de pasajeros había muchos muertos de pie, cadáveres sostenidos por los vivos en tal apretura que hubiera resultado imposible lanzarlos por la borda.

Algunas barcazas abandonadas flotaban a la deriva, porque sus pasajeros habían sido trasbordados al *Pioneer Contender* la noche anterior. Los fugitivos se apiñaban en las cubiertas y, al levantarse la niebla, el hombre de la CIA se dio cuenta de que lo que había tomado al principio por bastones que asomaban por entre envoltorios de ropa, maletas y bolsas de residuos... eran miembros humanos.

Durante aquella mañana, Edward Daly, presidente de World Airways, decidió intentar una última misión de rescate por su propia cuenta en Da Nang. Cuando el primer aparato tocó tierra en el aeródromo principal de la ciudad, miles de soldados armados y de civiles se precipitaron hacia él. Daly intentó detenerlos disparando al aire tiros de advertencia, pero sin el menor efecto, y en menos de 10 minutos más de 270 personas —todos soldados, excepto dos mujeres y un niño— se apretujaban en el interior del avión. Cuando el gran reactor se deslizaba por la pista de despegue, alguien que no había podido

subir a bordo lanzó una granada de mano contra el ala, y la explosión destrozó los flaps de aterrizaje, dejándolos fijos en posición abierta. En ese momento empezaron a caer cohetes norvietnamitas al extremo de la pista. El segundo 727 ya no llegó nunca.

> Cuando los botes se separaban, empezaron a cruzarse entre ellos las estelas de las balas trazadoras.

Racimos de personas se agarraban a las alas y el tren de aterrizaje mientras el avión despegaba. Muchos quedaron aplastados bajo las ruedas. Otros cayeron al vacío al tomar altura el avión, y más tarde se encontraron varios cuerpos aplastados en los compartimientos de las ruedas. El pasillo de la cabina chorreaba sangre. Fue el último avión norteamericano que escapó de Da Nang.

Al caer la tarde, cedieron ligeramente las ráfagas de lluvia en la costa de Da Nang. Sospechando que sería el último día que pasaría en la zona, Brunson McKinley subió al puente del *Oseola* para ver por última vez en la lejanía la ciudad destrozada. Podían oírse aún en la distancia los estampidos de los cohetes y de la artillería, y de vez en cuando los flashes y los relámpagos de explosiones, que enviaban densas columnas de humo en dirección a las montañas que se alzaban como telón de fondo a la ciudad.

Cuando McKinley iba a descender de su observatorio, pudo oír en el agua, muy cerca, el crujido de un choque con la nitidez de un disparo de escopeta. No muy lejos, dos pequeños botes se habían embestido. Uno de ellos se escoraba visiblemente, y era obvio lo que intentaban hacer los soldados vietnamitas que estaban a bordo; pretendían apoderarse del otro bote para ellos mismos. Pero también en el otro barco había soldados, y ahora disparaban a quemarropa contra los asaltantes para rechazarlos. Cuando los botes se separaban, empezaron a cruzarse entre ellos las estelas de las balas trazadoras. De repente, alguien del bote que se hundía disparó un lanzagranadas contra el otro, y en medio de una descarga general de armas de fuego los dos barcos se sumergieron.

En pocos momentos todos los soldados estaban en el agua, unos ya muertos, otros debatiéndose en la agonía final. Los norteamericanos del remolcador contemplaban horrorizados el espectáculo, sabiendo que no había ninguna ayuda posible.

¿UNA SOLUCIÓN POLÍTICA O MILITAR?

Mientras tanto, en Saigón se estaba desarrollando un drama político de la misma gravedad, porque precisamente durante ese mismo período, entre finales de marzo y comienzos de abril, el general Weyand (comandante del MACV) y Graham Martin pusieron en común toda su inteligencia e ilusión con el objetivo de intentar salvar lo que quedaba de Vietnam del Sur. Era una amarga ironía que ambos hubieran llegado a Saigón en medio de la disolución final del Ejército en la MR1 y la MR2, que tuvieran tantas cosas que comprender y tan poco tiempo para hacerlo, y por consiguiente que nunca llegaran a apreciar lo cerca que estábamos ya del K.O. definitivo.

Durante la primera mañana de Martin en la Embajada, Polgar me envió a su suite del tercer piso para informarle de la crisis entre la MR1 y la MR2. A lo largo de mi exposición, Martin me interrumpió continuamente. ¿De qué fecha era ese informe? ¿Cuál era la fuente?, me preguntaba una y otra vez. ¿Cómo puede estar seguro de que este o aquel comandante no está reuniendo a sus hombres de nuevo? Al cabo de una hora me sentía exhausto y derrotado sin remedio. Hasta mediados de abril, Martin seguiría creyendo en las virtudes y la viabilidad de un enclave en Saigón.

Polgar y yo no fuimos los únicos que encontramos a Martin impermeable a los hechos. Tan sólo unas horas después de desembarcar del «HQ5», Al Francis, con la cara magullada y macilenta tras su barba cerrada y negra como el carbón, se presentó en la Embajada para dar al embajador una relación detallada y trágica de la evacuación de Da Nang. «Señor», dijo cansadamente, «Da Nang se ha perdido. El ejército del general Truong ya no existe.»

Martin sonrió con benevolencia y sacudió la cabeza. Acababan de informarle del plan de Thieu para reconquistar la MR1 y no estaba dispuesto a eliminar aún a Da Nang de sus cálculos. «No», dijo en un susurro apenas audible, «la MR1 no se ha perdido aún. Tengo información de lo contrario.» Esa seguridad, expresada de forma tan suave y condescendiente, sacó al habitualmente tranquilo Francis de sus casillas. «Pero, señor», explotó, «he estado navegando durante días con los restos del ejército de Truong. La MR1 ha caído, se lo aseguro.»

Martin le miró fijamente por un instante, y luego, cambiando de tema, preguntó a Francis por su salud, y finalmente le indicó que saliera del despacho.

NO HAY NECESIDAD DE EVACUACIÓN

El problema de hacer salir a los norteamericanos de Vietnam del Sur recibió únicamente una atención incidental, particularmente después de que el equipo de Weyand empezó a revolver todo Saigón. De hecho, la tendencia predominante entre los funcionarios superiores del Departamento de Estado consistía en esperar a que Weyand y el embajador ataran por su cuenta la mayoría de los cabos que quedaban sueltos.

A pesar de esa complacencia, había un grupo de jóvenes empleados en las profundidades del departamento de política extranjera que vieron muy pronto lo que se avecinaba en Vietnam y la necesidad de tomar medidas ante esa eventualidad. La mayoría eran cuadros intermedios del Departamento de Estado y de la USIA, que habían empezado sus carreras en Vietnam y conocían el país como la palma de la mano. El organizador reconocido y portavoz de ese grupo era Lionel Rosenblatt.

Inicialmente, el grupo se dedicó a elaborar un programa de evacuación. Asumiendo que la caída de Vietnam del Sur era una cuestión de un par de meses a todo lo sumo, acordaron que la retirada del personal norteamericano debería comenzar de inmediato con el fin de dejar sitio para que los vuelos finales pudieran dedicarse íntegramente a la evacuación de vietnamitas. Contando los 17.000 empleados locales de las distintas agencias de la Embajada, y sus familiares (10 por cada familia), más de los 93 000 vietnamitas que habían trabajado para Estados Unidos en alguna ocasión anterior, el total rebasaba ampliamente el millón de personas.

Mientras tanto, Ted Shackley, aunque ocupado en la misión de Weyand, empezó a dedicar una o dos horas al día al tema de reajustar en función de las circunstancias las prioridades de expansión de la estación. Una de las cuestiones que debía decidir es si permitía que el personal de la estación empezara a preparar los hilos de una red que permitiera operaciones de espionaje «teledirigidas». En todos los años de implicación norteamericana en la guerra, la CIA nunca había preparado un plantel de agentes clandestinos capaces de operar en Vietnam en caso de victoria comunista. Ahora, con el enemigo a las puertas, en la estación se alzaron varias voces para pedir a Shackley que autorizara la rápida recluta y entrenamiento de agentes de esas características.

> Muchos de los 50 adultos y niños sujetos a sus asientos murieron instantáneamente al faltarles oxígeno.

Entre los más insistentes estaba Bill Johnson, un veterano funcionario de contrainteligencia y jefe de la «Base Saigón», que se encargaba de las operaciones de la estación en la capital. Desde el momento de la llegada de Shackley, Johnson le había estado presionando para que autorizara el establecimiento de una organización de emigrados vietnamitas en Bangkok, con el fin de poderla utilizar como trampolín para unas redes de penetración de largo alcance en el interior de Vietnam Desde el punto de vista de la concepción, el tema era bastante sencillo; la CIA había hecho lo mismo con grupos de emigrados de la Europa oriental años atrás.

Sin embargo, Shackley seguía oponiéndose. No podía creer que el Congreso reaccionara ante una derrota en Vietnam, si realmente se daba el caso, como lo había hecho cuando el dominó de la Europa oriental se derrumbó en 1945. «Nadie querrá gastar dinero aquí», argumentaba.

Aunque eventualmente se permitió a Johnson tomar algunas iniciativas limitadas, la estrategia global que proponía nunca pudo superar las inhibiciones de Shackley. En consecuencia, cuando el Vietnam del Sur se derrumbó, la CIA no contaba con ninguna red de inteligencia de cierta consideración en el interior que le permitiera mantenerse informada de la vida bajo el nuevo régimen comunista.

Para Graham Martin, la condición de los refugiados resultaba especialmente dolorosa En una ocasión había trabajado como coordinador del Departamento de Estado para un programa de la ONU relacionado con los refugiados, y conocía de primera mano la miseria de los desarraigados de su mundo. Pero Martin vio también en la vasta tragedia humana que ahora azotaba Vietnam una oportunidad para extraer algún provecho político. La idea le vino como resultado de las actividades de Ed Daly, el imaginativo propietario de World Airways. Desde hacía tiempo, Daly estaba intentando organizar un puente aéreo de huérfanos vietnamitas a Estados Unidos, como contribución personal para aliviar de alguna forma el sufrimiento que le rodeaba. Martin se apresuró a urgir a la Casa Blanca para que organizara algo similar por su propia cuenta. Esperaba que el espectáculo de cientos de niños vietnamitas cobijados bajo las alas protectoras de América despertaría en todo el mundo una corriente de simpatía por la causa de Vietnam del Sur. La Casa Blanca compartía al parecer esa esperanza, porque el 2 de abril, funcionarios de la AID en Washington anunciaron la «Operación Baby-lift», un programa de emergencia en virtud del cual 2.000 huérfanos vietnamitas volarían hasta los acogedores hogares que les esperaban en Estados Unidos, haciendo una excepción en lo dispuesto en las leyes de inmigración.

PHOTOGRAPHERS INTERNATIONAL

ARRIBA: *Ya lo habían perdido todo, excepto la desesperación Abandonados por sus aliados, los refugiados siguen escapando de Vietnam hoy, años después del final de la guerra.*

En cierto sentido, la «Operacón Baby-lift» era un fraude desde el principio, porque pocos de los niños que debían beneficiarse de ella eran refugiados. La mayoría, de hecho, habían languidecido durante años en los orfanatos de Saigón. Pero en la Embajada, la mayoría de nosotros optamos por obviar el detalle, y aplaudimos la iniciativa como un valioso primer paso en la dirección correcta.

El general Smith mostró un especial entusiasmo, al darse cuenta rápidamente de que el baby-lift podía servir a sus propios propósitos ¿Qué mejor medio para pasar de matute a un buen

número de empleadas femeninas de la DAO, razonaba, que incluirlas en los vuelos de los huérfanos como enfermeras y cuidadoras? A las pocas horas del anuncio de Washington, él y su *staff* empezaron a advertir a las esposas y secretarias del DAO de que se prepararan para marchar

En el curso de la mañana, un reactor C-5A Galaxy de las Fuerzas Aéreas, el mayor transporte aéreo del mundo, aterrizó con un gran cargamento de material bélico para el ejército de Saigón Mientras se descargaba el avión, miembros de la DAO reunieron a los 243 huérfanos y las 44 empleadas de la DAO y otros norteamericanos que debían volar a las Filipinas en el mismo avión aquella tarde. Aquel debía ser el primer vuelo de evacuación de la «Operación baby-lift» y del peculiar programa de «aligeramiento» del general Smith.

Lo que ocurrió en las horas siguientes quedará sin duda impreso para siempre en la memoria de las personas que lo vivieron. A los treinta minutos de dejar Saigón, cuando el gran C-5A volaba en dirección a la costa, el piloto advirtió que una lucecita roja parpadeaba en su panel de vuelo, indicando problemas en una de las compuertas. Llamó por radio a la torre de control de Tan Son Nhut para advertirles que regresaba. Pero justamente cuando iniciaba su maniobra de aproximación final, una explosión hizo retemblar todo el aparato, y la rampa de acceso trasera se desprendió, produciendo la inmediata descompresión de la cabina inferior. Muchos de los 50 adultos y niños sujetos a sus asientos murieron instantáneamente por la falta de oxígeno. Otros fueron aspirados por el hueco de la rampa desprendida. El avión se arrastró más de medio kilómetro por un arrozal situado al sur de Tan Son Nhut, mientras los escombros y metales retorcidos barrían toda la cabina inferior. Cuando el aparato se detuvo por fin, el agua lo inundó, ahogando a los supervivientes de la pérdida de presión y del propio choque.

En definitiva, el accidente fue el segundo más grave de la historia de la aviación: más de 200 niños y todas las empleadas de la DAO, excepto una, que estaban a bordo, resultaron muertos. Tampoco se nos escaparon las implicaciones más amplias del accidente, ocasionado por el cierre defectuoso de un cerrojo de las compuertas de carga. Si un vuelo organizado minuciosamente podía acabar de forma tan desastrosa, ¡cuánto más peligrosa resultaría una evacuación masiva en las condiciones impuestas por la guerra!

EL BOMBARDEO DEL PALACIO

Poco antes del amanecer del 8 de abril, la guerra que rodeaba a Saigón se caldeó súbitamente. Las fuerzas comunistas bombardearon una ciudad del distrito, justo al sur de Bien Hoa, los comandos atacaron la academia militar Thu Duc, ocho kilómetros al este de la capital, y por tercer día consecutivo, elementos de tres divisiones norvietnamitas situadas en la zona norte del Delta montaron ataques de hostigamiento sobre la Ruta n.° 4, interrumpiendo el paso por breve tiempo en un punto situado a unos 25 kilómetros de la capital.

Llegué a la Embajada a la hora habitual, las 6 de la mañana, revisé los datos iniciales sobre todos esos sucesos, y me pregunté tristemente si la propia ciudad podría seguir inmune por mucho tiempo.

Al cabo de pocas horas tuve la respuesta. Alrededor de las 8 de la mañana, el silbido de un motor a reacción cruzó la Embajada como una onda de choque, seguido de una sorda explosión que hizo temblar en sus marcos las ventanas de plástico de mi despacho. Inmediatamente saqué mi 45 automática del maletín y crucé corriendo el vestíbulo hacia el despacho de Polgar. El propio Polgar se encontraba de pie junto a su ventana, intentando captar algo de lo que estaba ocurriendo fuera a través de las aspilleras de la protección antiartillera de cemento que rodeaba toda la fachada de la Embajada. «Parece que alguien ha bombardeado el palacio», dijo por fin, con voz tensa y débil. «Sube al terrado y mira si puedes apreciar los daños.»

Mientras subía al terrado pude ver una columna de humo que se elevaba de uno de los ángulos del palacio, a poco más de un kilómetro de donde nos encontrábamos. Otras personas de la Embajada iban reuniéndose también allí para ver el espectáculo. «Un reactor A-37», me gritó uno de ellos. «Tres pasadas Dio al palacio en la última.»

Después de escudriñar el horizonte para tratar de localizar el avión, me apresuré escaleras abajo hasta el despacho de Polgar. Estaba ya sentado ante su máquina de escribir, redactando un informe para Washington. Tan sólo se detuvo para contestar a una llamada de un informador de palacio: un oficial de baja graduación había resultado herido, pero Thieu estaba a salvo.

Cuando se disipó el humo del bombardeo aéreo, algunos de nosotros tratamos de enumerar las lecciones que nos había enseñado. La más importante —como ninguna otra en los años recientes— era que había puesto al descubierto la vulnerabilidad de Saigón. Pese a todo el armamento sofisticado y a los

ABAJO. *La «Operación Babylift» empezó con una tragedia. Un Galaxy norteamericano cargado con 250 niños vietnamitas se estrelló poco después de despegar*

sistemas de alarma que los norteamericanos habían instalado alrededor de la ciudad, el gobierno no había podido impedir que un piloto decidido se lanzara a buscarle la yugular. La Embajada tampoco quedaba a salvo. Ahora estaba meridianamente claro que pocos de nosotros sabíamos cómo comportarnos frente al fuego directo del enemigo.

DELIBERADAMENTE DESPREVENIDOS

Los analistas del DAO llegaron a la conclusión de que la guerra finalizaría en el mes de junio, con victoria comunista. Martin consideró objetable la predicción. Finalmente, el día nueve, a sugestión de Al Francis, encargó al general Smith que asumiera el control de todos los preparativos para la evacuación de la Embajada, en el estado en que se encontraran. Smith ordenó de inmediato a su agregado militar, el coronel Wahle, que diseñara algunas «opciones» prácticas para llevar a cabo un desalojo escalonado y una evacuación total.

Las dos primeras opciones preparadas por Wahle preveían el traslado por etapas de 3.000 a 5.000 norteamericanos y vietnamitas elegidos, en vuelos charter y comerciales. Las dos siguientes dibujaban un puente aéreo y marítimo combinado que implicaba a una cantidad mucho mayor de personas, culminando posiblemente en una evacuación en helicóptero —bajo el nombre clave de «Opción IV» desde el propio complejo del DAO.

Por la noche del día nueve, el agregado de la Armada, capitán Carmody, había terminado los planes complementarios para una evacuación por el río. Mientras tanto, un grupo de oficiales de los Marines ayudaba a Wahle a completar los preparativos de la Opción IV. Según sus previsiones, convoyes de autobuses y pequeños helicópteros de Air America debían recoger a los pasajeros en diversos puntos de reunión especificados, repartidos por la ciudad, el «día-E», y llevarlos hasta los aviones y helicópteros que les esperarían en Tan Son Nhut. Definitivamente, se designaban 28 edificios de la Embajada como paradas oficiales de autobús. De ellas, 13 disponían de terrazas lo bastante resistentes para soportar el peso de un pequeño helicóptero UH-1, y muy pronto equipos de construcción de la DAO invadieron esos edificios como hunos en pie de guerra, derribando chimeneas y antenas de televisión, allanando las cabinas de los ascensores que sobresalían y eliminando cualquier obstáculo susceptible de impedir el aterrizaje de los Hueys.

Por la mañana del día 15, Polgar voló a la ciudad de Can Tho, en el Delta, para reunirse con los funcionarios de la CIA destinados allí. Para desencanto del jefe de la base local, «Larry Downs», Polgar parecía decidido a poner al mal tiempo buena cara. Analizando las perspectivas de un acuerdo negociado, predijo que la Embajada podría mantener una presencia reducida en el país, aun después de un cambio de gobierno, e insistió en que, en consecuencia, una evacuación total sería innecesaria.

A lo largo de la discusión, Downs y su equipo gruñeron y protestaron, recordando a Polgar los seis regimientos norvietnamitas que estaban al acecho justo al norte de Can Tho. Finalmente, en un esfuerzo por apaciguarlos, Polgar accedió a permitirles que trasladaran a parte de su personal vietnamita a la isla de Phu Quoc.

Downs y su *staff*, de hecho, iban ya varios pasos por delante de Polgar. Durante el fin de semana anterior, tras un fuerte bombardeo del aeródromo de Can Tho, el personal de la CIA disperso por las provincias de la MR4, una docena de personas en total, había sido trasladado al consulado, y algunos de ellos a Saigón.

> El malestar en los más altos niveles del gobierno iba paralelo a un creciente sentimiento de derrota en el seno de la sociedad.

Pese a la obvia necesidad de tales medidas, Downs había tropezado con la oposición continua a las mismas de Terry McNamara, el cónsul general en el Delta. McNamara asumió su papel como jefe de la Misión local de Estados Unidos con la mayor seriedad, compartía los objetivos de Martin, y no estaba dispuesto a dejarse asustar por sus colegas de la CIA.

Mientras Polgar voceaba su particular clase de optimismo, los hilos que sostenían las esperanzas y las ilusiones de los vietnamitas continuaban deshilachándose. El propio Thieu parecía cada vez más alejado de la realidad. Su única decisión en los últimos días, desde el comienzo de la ofensiva comunista contra Xuan Loc, había sido cerrar todos los bares y burdeles de Saigón —temporalmente— «con el fin de ahorrar dinero para munición.»

El malestar en los más altos niveles del gobierno iba paralelo a un creciente sentimiento de derrota en el seno de la sociedad. El mercado de objetos robados de los bulevares Nguyen Hue y Le Loi se había convertido en una cornucopia de lujos desechados. Neveras, estéreos, acondicionadores de aire, cualquier

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *El caos de la evacuación de última hora en Da Nang era una advertencia, pero la Embajada de Estados Unidos en Saigón la desoyó*

objeto demasiado grande para llevarlo en una maleta, se vendía allí por el tercio o el cuarto del precio del regateo habitual, y en los bulevares arbolados de los barrios acomodados, como el Pasteur o el Tu Xuong, una tras otra las hermosas villas antiguas de la época francesa eran clausuradas y abandonadas cuando sus propietarios partían precipitadamente, a menudo sin tiempo de llegar a venderlas

Para los vietnamitas que no disponían de protectores norteamericanos, el precio de un viaje de salida era astronómico, y seguía subiendo de día en día. El precio de un pasaporte y un visado de salida en el mercado negro había saltado, del equivalente a 500 dólares a más de 3.000, en las dos últimas semanas

Como el toque de queda era ahora a las nueve en punto, nuestros amigos y socios vietnamitas aparecían con las primeras luces de la mañana, y el desayuno se convirtió en el momento de hacer negocios al margen de la rutina habitual de un día de trabajo. Establecer un terreno común de entendimiento resultaba ahora tremendamente difícil, porque uno no deseaba confrontar a un criado, una amiga o un contacto en este o aquel ministerio del gobierno con la cruda y desalentadora realidad. De manera que hablábamos del tema con evasivas, o aludiendo eufemísticamente a la perspectiva de tiempos más duros por venir.

Los vietnamitas mantenían la misma circunspección Nadie pedía claramente ayuda para salir del país, por lo menos no todavía. Sus peticiones eran siempre más sutiles. «¿Le importaría», preguntaban tanteando el terreno, «cambiar estas pocas piastras por mí? Los precios están subiendo, los bancos congelan los depósitos y sería un alivio tener algunos dólares en el bolsillo si las cosas llegan a ponerse aún peor.» Y antes de darte cuenta, estabas efectuando transacciones ilegales de dólares por piastras para este o aquel amigo, proporcionándole así el capital que podía salvarle la vida.

Por cínico o endurecido que uno estuviera, era imposible no sentir simpatía por su situación, porque el rostro del vencedor empezaba a dibujarse con claridad a través de la espesa madeja de rumores y de la propaganda del gobierno. Los refugiados que se habían retirado hacia el sur desde la MR1 y la MR2 decían que los norvietnamitas habían impuesto ya «comités militares de gestión» en las ciudades y pueblos capturados, articulando de forma conjunta las organizaciones del partido y los aparatos locales del Vietcong que hasta entonces les habían servido de

camuflaje Abundaban también los relatos de atrocidades, imaginativamente adornadas por Radio Saigón, la prensa local y la Embajada.

★ ★ ★

Uno de nuestros colegas había sido enviado a Phan Rang para servir de enlace con el *staff* del general Nguyen Vinh Nghi. Ahora estaba directamente amenazado por el avance de 20.000 norvietnamitas.

El hombre que había quedado aislado era Lew James, un joven agente que dos semanas antes se había negado a abandonar Nha Trang hasta haber hecho todo lo posible por evacuar a los empleados locales vietnamitas de la CIA. Varios días atrás, Polgar había decidido volver a servirse de su entereza y valor personal, enviándole al cuartel general de Nghi, en peligro de verse rodeado.

Mi propio compañero de oficina, Joe Kingsley, se opuso con vehemencia. Las tropas comunistas estaban avanzando tan rápidamente, dijo a Polgar, que podían invadir Phan Rang sin ningún aviso previo. Pero Polgar no quiso reconsiderar su decisión, se limitó a aconsejar en Bien Hoa a Taggart, que era el «oficial de control» de la misión, que en caso de que un ataque a Phan Rang pareciera inminente, no mantuviera a James por las noches en la localidad.

> El final llegó, en la mañana del 16, más deprisa de lo que había supuesto ninguno de nosotros.

Por increíble que parezca, Taggart y Pittman, el hombre que supervisaba la misión desde Saigón, no siguieron el consejo y dejaron a James en Phan Rang noche tras noche, pese a la creciente presión comunista. Taggart intentó más tarde justificarse ante mí insistiendo en que la estación no le había informado adecuadamente de la amenaza que se cernía sobre Phan Rang. Podía tener parte de razón, especialmente en vista de la repugnancia de Polgar a enviar informaciones alarmantes a sus subordinados.

En cualquier caso, el final llegó, en la mañana del 16, más deprisa de lo que había supuesto ninguno de nosotros. En la centralita de radio «Diamond» de la sala de comunicaciones situada junto a mi despacho se recibió un mensaje de James. Joe Kingsley y yo acudimos de inmediato junto a la consola. En medio de un montón de interferencias y ruidos estáticos, James explicó que estaba en un búnker con Nghi y el general de brigada Pham Ngoc Sang, comandante de la 6.ª División Aérea. Todos estaban bien, dijo, pero los carros norvietnamitas estaban ya forzando el perímetro de la base. Joe le dijo que enviaríamos un helicóptero a recogerle de inmediato. No, contestó James, no era necesario, al menos no todavía. Las fuerzas del ARVN aún resistían. Además, Nghi disponía de su propio helicóptero.

En ese momento Howard Archer, el antiguo jefe de la base de Nha Trang, llegó hasta donde estábamos. Apoderándose del micrófono, pidió a James que describiera su situación Luego tomó una decisión, que nos dejó atónitos a Kingsley y a mí. James debía seguir en el lugar por algún tiempo, dijo, pero cada media hora debía llamarnos para asegurarnos de que seguía bien. Así finalizó nuestro último contacto por radio con Lew James.

Cuando las tropas comunistas entraron en la ciudad horas más tarde, detuvieron a James, Nghi y Sang. Radio Liberación emitió de inmediato la noticia de la captura de los dos vietnamitas, pero no mencionó al norteamericano. En Saigón consideramos la omisión como una señal de que el hombre de la CIA había escapado... o había muerto. En realidad, los comunistas habían preferido guardar silencio sobre él hasta averiguar de quién se trataba.

> Resultaba enteramente inútil que intentara negar sus conocimientos sobre la CIA, sus operaciones o sus agentes.

Averiguar su identidad resultó de hecho una tarea facilísima. Como tantos de nosotros, James había sido enviado a Vietnam con una «cobertura ligera», y su documento «oficial» de identidad le describía como «empleado de la Embajada de Estados Unidos» y «funcionario de reserva del Foreign Office». Los títulos eran transparentes. Los periodistas, los funcionarios vietnamitas y casi cualquier persona que tuviera interés en averiguar algo sobre el contingente de la CIA en la Embajada habían visto claramente la realidad a través de ellos desde mucho tiempo atrás.

En el caso de James, el problema de la cobertura se agravó por estupidez burocrática. A las pocas horas de su desaparición, los administradores de la estación descubrieron que nadie estaba totalmente seguro de cuál era su cobertura, si se le habían dado documentos como «empleado de la Embajada» o alguna otra cosa más elaborada.

Los funcionarios del cuartel general de la CIA empezaron de inmediato a fabricarle una nueva cobertura, que lo calificaba de «funcionario consular de Estados Unidos», de modo que si la prensa descubría que había desaparecido, pudiera ocultarse su afiliación a la agencia.

Eso en poco podía beneficiar a James, por supuesto Por el contrario, sólo podía perjudicarle, ya que, al no tener idea de la nueva etiqueta de la CIA le había adjudicado, mal podía defenderla —o defenderse a sí mismo— con credibilidad ante sus interrogadores norvietnamitas.

Al día siguiente de su captura, los oficiales del NVA empezaron a apretar las tuercas a James Pese a la dureza del tratamiento, al principio se mantuvo firme, fingiendo ignorarlo todo salvo un fragmento del «cuadro general».

Al cabo de una semana más o menos, sus apresadores le trasladaron en camión a Hanoi, con los dos generales survietnamitas. Allí los encerraron en la prisión de Son Tay e iniciaron un interrogatorio intensivo de James, confrontándole con un amplio dossier que habían reunido de «fuentes» laosianas, donde había trabajado por algún tiempo. El dossier le identificaba inequívocamente como agente de la CIA. Desde ese momento, resultaba enteramente inútil que intentara negar sus conocimientos sobre la CIA, sus operaciones o sus agentes.

Más de medio año después de la caída de Vietnam del Sur, James fue liberado en Hanoi mediante un «arreglo profesional» negociado por la CIA a través de otra organización de inteligencia occidental. El fue el último agente de la CIA en Vietnam.

REX FEATURES

ARRIBA: *El «síndrome de la familia» fue una de las causas mayores de la disolución del ARVN, cuyos soldados desertaban a menudo para cuidar de los suyos.* DERECHA: *Llegan en autobuses y bicicletas, pero de Saigón ya no habrá medio de salir.*

Capítulo 3

LA CUENTA ATRAS HACIA EL COLAPSO

CABEZAS EN LA ARENA

A la hora del cierre de los comercios del día 17, la mesa de despacho de Martin aparecía repleta de telegramas de Washington que le urgían a acelerar la evacuación y a tener en cuenta el deterioro de la situación militar. Martin los leyó con mal disimulada impaciencia. El Departamento de Estado y la Casa Blanca parecían no comprender aún la importancia de abordar esos problemas fría y desapasionadamente. Se sentó a la mesa y empezó a redactar una larga respuesta.

Una de las cosas que podían contribuir a cortocircuitar los esfuerzos de los norteamericanos en Saigón, advertía, era la súbita prisa por evacuarlos. Otra sería que a «algún maldito loco» de Washington se le ocurriera enviar a los marines al rescate. Una iniciativa de ese tipo, en su opinión, desencadenaría «una barahúnda infernal».

En una nota más conciliadora, prometió intentar ajustarse al último programa aprobado por el presidente en relación con los recortes de personal Todas las esposas de los empleados de la Embajada embarcarían para casa en el siguiente fin de semana, aseguró, y se harían todos los esfuerzos posibles para reducir la comunidad norteamericana a 2.000 personas en el plazo de una semana. También garantizaba al presidente y a Kissinger que, hasta donde podía determinarlo, no se produciría un asalto directo de los comunistas a la ciudad.

A las pocas horas del envío del mensaje de Martin a Washington, uno de los agentes mejor informados de la estación se presentó con noticias recientes que ponían en tela de juicio todos los argumentos del embajador. Casualmente, fui yo la persona a la que las comunicó.

Los norvietnamitas, decía, combatirían hasta la victoria total, tanto si caía el régimen de Thieu como si no, y aunque Estados

REX FEATURES

ABAJO: *Se suponía que los «vuelos negros» transportaban fuera del país a personal políticamente comprometido. Pero en su lugar, los funcionarios norteamericanos incluyeron a muchos de sus amigos y conocidos.*

Unidos suministrara ayuda adicional. El alto mando comunista, según dicha información, quería celebrar el cumpleaños de Ho Chi Minh, el 19 de mayo, en Saigón.

Polgar no estaba en su despacho, y fui a ver a Pittman, en la puerta siguiente. Mientras le relataba lo que me habían contado, entró Polgar, escuchó impasible durante algunos minutos, y luego me cortó diciendo: «Nada nuevo. Ya habíamos oído antes todo eso. No hay que irlo contando por ahí.» Dicho lo cual, desapareció.

Como podía predecirse, Martin no fue más receptivo respecto al informe de lo que lo había sido Polgar. Aceptar la veracidad del mismo y sus implicaciones era tanto como aceptar el desastre, porque si los norvietnamitas estaban decididos a atacar Saigón a primeros de mayo, había pocas oportunidades para una evacuación ordenada de norteamericanos o vietnamitas, o para el cambio de gobierno que Martin consideraba ahora una pieza esencial de su estrategia.

Alan Carter, el jefe extraoficial de la USIA, ofreció aquella noche una cena a varios periodistas norteamericanos. La cena era otro de sus pequeños actos de rebeldía, porque Martin había desautorizado todos los contactos con la prensa, a excepción de los que él mismo aprobara. Yo llamé a Carter y le pregunté si podía conseguirme una invitación. «No hay problema», me contestó. «Pero debo advertirle que la mayor parte de los invitados conocen probablemente su vinculación a la agencia. Le harán preguntas embarazosas.» Le dije que eso era exactamente lo que deseaba.

La mayoría de los invitados habían hablado conmigo en otras ocasiones y sabían que yo estaba bien informado. Así que escucharon con una atención más que cortés lo que les dije. Sin descubrir mi fuente, insistí en que teníamos evidencias sólidas de que los comunistas se habían decidido por una solución militar y pensaban celebrar el cumpleaños de Ho Chi Minh en Saigón.

Ninguno de los reporteros publicó una palabra de lo que yo les dije. El embajador había hecho tal lavado de cerebro al estamento de la prensa —negándoles entrevistas primero, y luego dosificándolas cuidadosamente al ritmo adecuado— que nadie podía aceptar lo que otros funcionarios (con la excepción de Polgar) les filtraban.

COMIENZA EL PUENTE AÉREO

Se empezó por cerrar el consulado de Bien Hoa, a 25 kilómetros de Saigón. Por la mañana del día 18, la base local de la CIA había quedado reducida a ocho funcionarios, y el contingente del Departamento de Estado a cinco, y una nube de humo del incinerador se elevó sobre la explanada del parking como un triste augurio de derrota, cuando los marines de guardia quemaron el último de los archivos secretos.

Poco antes de mediodía, Taggart despachó a un joven subalterno, John Stockwell, en helicóptero a Saigón. Durante los tres días anteriores las fricciones entre los dos hombres se habían agravado considerablemente, porque Stockwell insistía en que se evacuara a los empleados vietnamitas. El choque final sobrevino cuando Stockwell, desobedeciendo abiertamente las órdenes de Taggart, intentó organizar una pequeña flotilla con el fin de llevarse a sus colaboradores vietnamitas consigo, río abajo hasta el mar. Aunque Polgar respetaba a Stockwell, se decidió a seguir la opinión de Taggart, sobre todo por la razón de que Stockwell insistía en asumir toda clase de riesgos personales (hasta el punto de querer acompañar a los botes río abajo) para garantizar el éxito de la operación. Justamente después de la caída de Lew James en manos de los comunistas, Polgar no estaba dispuesto a que otro hombre de la CIA le dejara en evidencia.

> Si se debía incluir a Ky en un futuro gobierno, no habría esperanza alguna de negociar.

En definitiva, algunos de los empleados vietnamitas de Taggart pudieron marchar a Saigón por sus propios medios. Pero pocos de ellos pudieron colarse en el puente aéreo para salir de la propia capital.

El funcionario de la CIA Charlie Timmes había averiguado a través de sus contactos vietnamitas que Nguyen Cao Ky preparaba un nuevo golpe. Al leer el informe de Timmes, Martin decidió que era necesario hacer alguna cosa para refrenar a Ky. En consecuencia, mediada la tarde Timmes y él hicieron una visita al Mariscal del Aire en su casa de Tan Son Nhut.

En el curso de dos horas de conversación, aseguraron repetidamente a Ky que él y sus seguidores «tenían un papel a jugar» en cualquier acuerdo al que se llegara. De hecho, si se debía incluir a Ky en un futuro gobierno, no habría ninguna esperanza de poder negociar. Pero el embajador era consciente también de que el único medio para mantener abierta la puerta hacia un traspaso rápido y plenamente constitucional del poder, consistía en dar a Ky y al sector de exaltados que capitaneaba la impresión de que por ese procedimiento se estaba atendiendo a sus propios intereses. Tal como el propio Ky lo admitió más tarde, Martin consiguió hacerlo espléndidamente. Al final de la charla, el Mariscal del Aire había accedido a «dejar» que Thieu siguiera en su puesto mientras se preparaba el traspaso del poder a alguna otra persona. (Ky suponía que a él mismo.)

Además de los conspiradores y los norvietnamitas, Thieu debía hacer frente en aquel momento a otro problema urgente: el dinero. Días atrás, había enviado por barco la mayor parte de su fortuna personal y efectos familiares a Taiwan y Canadá. Pero el tesoro de la nación —las 16 toneladas de oro, por valor de 26.500 millones de pesetas, que constituían la parte principal del tesoro de Saigón— todavía debía ser «expatriado».

Inicialmente, Thieu había esperado poder embarcar todo el alijo subrepticiamente y enviarlo al Banco de Inversiones Internacionales de Basilea, Suiza, donde ya estaban depositados unos 600 millones de pesetas en oro vietnamita. Pretendía utilizarlo —o así lo explicó a sus subordinados— como garantía adicional para obtener préstamos con los que comprar equipo para el Ejército. Pero varios días antes de que pudiera efectuarse el traslado, la Embajada tuvo noticias de la operación a través de una de las fuentes de inteligencia de la CIA, y alguien del propio equipo de Martin, desconfiando de los motivos alegados por Thieu, filtró la noticia a la prensa. La publicidad resultante hizo fracasar el plan de Thieu, porque las líneas aéreas charter con las que había negociado los contratos de embarque se echaron atrás rápidamente por miedo a suscitar críticas en la opinión pública.

CAPÍTULO 3 LA CUENTA ATRÁS...

Mientras tanto, Martin había intervenido. Con la esperanza de disipar las sombras de sospecha que rodeaban el asunto, urgió a Thieu a depositar el oro en el Banco de la Reserva Federal de Nueva York, donde muchos otros países mantienen reservas en metálico totalmente legítimas

Thieu accedió finalmente, y el día 16 la Embajada telegrafió a Washington para solicitar un vuelo militar especial, incluida una cobertura que asegurara la mercancía a todo riesgo, para transportar el oro a Nueva York. Tanto las Fuerzas Aéreas como el Banco de la Reserva Federal mostraron reparos en asegurar un envío tan valioso, especialmente por la razón de que el embarque debía realizarse en una zona bélica. Se sucedieron las gestiones y en definitiva, dos días después, cuando cerca de 18 divisiones del Ejército regular de Vietnam del Norte convergían sobre Saigón, el oro continuaba acumulando polvo en los sótanos del banco.

EL RITMO SE ACELERA

El día 19, el coronel Toth, el agregado militar húngaro, llamó a Polgar y le sugirió una entrevista. Al reunirse los dos una hora más tarde, le propuso una tentadora nueva fórmula de paz. Habría perspectivas de un «acuerdo», aseguró, siempre y cuando Thieu dimitiera «expeditivamente», los norteamericanos finalizaran toda «intervención» militar, y se instalara en el país un régimen «con vocación de paz, independencia y neutralidad» Tal como Polgar contó más tarde, Toth indicó también que Minh sería un sucesor aceptable de Thieu.

Polgar se precipitó en mi despacho con un nuevo encargo Yo debía redactar otra evaluación de la situación militar. «Píntala tan pesimista como puedas,» me dijo. «El embajador va a utilizarla para convencer a Thieu de que ya es hora de que se vaya.» No necesitaba la recomendación para escribir la evaluación tal y como la deseaba. El pesimismo nacía del simple reflejo de los hechos. «Tras el colapso de las posiciones gubernamentales en torno a Xuan Loc y el continuo avance de las tropas de Vietnam del Norte en la MR3, la relación de fuerzas en el área del gran Saigón se ha desnivelado de forma irreversible en favor de los norvietnamitas y el Vietcong». concluía. «El gobierno se enfrenta, en consecuencia, a una situación en la que el propio Saigón puede quedar aislado y sin enlaces con el exterior en cuestión de un par de semanas, y podría caer en manos de las fuerzas del NVA/VC en tres o cuatro semanas » (Yo quería sugerir una fecha más próxima, pero Polgar se opuso.)

Mientras yo me afanaba ante la máquina de escribir, Polgar se encerró con otros agentes de la estación para discutir las maneras de garantizar un rápido traspaso del poder Una vez eliminado Thieu, el vicepresidente Tran Van Huong debía estar preparado para dejar su lugar inmediatamente a «Big» Minh, y la Asamblea Nacional debería estar dispuesta a aprobar el proceso, de modo que todo pudiera hacerse «constitucionalmente» (subrayado de Martin) y «expeditivamente» (de los húngaros). En el vecino edificio de la Embajada de Francia, el embajador Jean-Marie Mérillon y su *staff* pasaron buena parte de la mañana haciendo planes sobre bases similares. Martin les informó en su momento de la propuesta húngara, y Mérillon concertó una cita con Thieu para el día siguiente.

Mi buen amigo Ken Moorefield, antiguo ayudante de Martin, que había trabajado como oficial de enlace en la ICCS, recibió una nueva misión, esta vez a la DAO, para colaborar en la dirección del proceso de evacuación. Como gran parte del resto de medidas relativas a la evacuación, su nombramiento tan sólo pretendía cubrir el expediente. No tenía experiencia consular de ningún tipo, ni la menor idea sobre las perspectivas y el programa de la DAO

ARRIBA: *Aunque lo llevó a cabo un piloto renegado de Vietnam del Sur, el bombardeo del palacio presidencial de Saigón marcó el principio del fin.*

«El lugar estaba en el más completo caos, en el interior y en el exterior,» recuerda Moorefield. «Los representantes de la DAO dejaban pasar a demasiados solicitantes vietnamitas, y los propios vietnamitas estaban al borde de la revuelta.» Como graduado en West Point y antiguo comandante de infantería, Moorefield no era persona dispuesta a tolerar por más tiempo aquel desorden. Inmediatamente consiguió un despacho para sí mismo, redactó normativas claras (no debía admitirse a más de 300 o 400 vietnamitas a la vez en el centro de proceso), y pronto tuvo a los solicitantes formando colas bien ordenadas, en espera de su turno; lo que, dadas las circunstancias, no era poco éxito.

«Si no tenías un visado de salida», me explicaba más tarde, «debías conseguir un *laissez-passer* de los funcionarios del ministerio del Interior, y para ello era necesaria mi firma consular

y un «affidavit» que certificara que eras pariente próximo de un ciudadano estadounidense.»

«Técnicamente, sólo estábamos autorizados a permitir la salida de los vietnamitas que dependían legalmente de un norteamericano. Pero desde el principio fue obvio que muchas personas no cumplían los criterios exigidos o bien habían perdido los papeles que los acreditaban.»

«Así pues, al anochecer empecé a improvisar. Hice que las secretarias vietnamitas que trabajan conmigo mecanografiaran diferentes formularios, que luego pasaba a las personas que los necesitaban. Uno de ellos decía simplemente. 'He perdido mis papeles, pero soy familiar legal de un norteamericano.' Y otro: 'Éste es mi hijo legalmente adoptado.'»

El general Vien reconoció, ante las insistentes preguntas, que el Ejército ya no estaba en condiciones de combatir y que no había esperanza de victoria.

Dada la multitud que se agolpaba ante su mesa de despacho, Moorefield se propuso atender cada caso en menos de tres minutos. «A veces tenía frente a mí a familias de 50 o 60 miembros», me decía, «todos ellos supuestos 'parientes próximos' de un patrocinador norteamericano. Al principio intenté reducir cada grupo a 10 o 15 personas, con la idea de dejar sitio para otros. Pero ¿cómo explicas a un vietnamita que va a tener que dejar detrás suyo a media docena de sus seres queridos? Muchos de ellos me pedían que hiciera la selección por ellos, porque no se sentían con fuerzas de elegir a unos en lugar de a otros. Intenté hacerlo lo mejor que supe, con toda la compasión que pude acumular. ¡Pero era imposible, Dios mío! Imagínate: cientos de personas desfilando delante tuyo cada pocos minutos, con las lágrimas rodándoles por las mejillas, apremiándote a que comprendieras su problema particular.»

THIEU SE DERRUMBA

Poco después del alba del día 21, finalmente se derrumbaron las posiciones defensivas gubernamentales en Xuan Loc. El último de los cuatro batallones supervivientes de la 18.ª División ARVN, más su propio comandante, el general Dao, fueron evacuados de entre las ruinas de la ciudad en helicópteros. Unos 600 soldados del ARVN, al mando del coronel Le Xuan Hien, se ofrecieron voluntarios para quedar detrás cubriendo la retirada. A las pocas horas se vieron literalmente inundados por las vanguardias de los 40.000 soldados del NVA directamente enviados contra ellos.

Durante la misma mañana, el ministro de Defensa Tran Van Don, a lo largo de frenéticas reuniones con los detentadores del poder que aún seguían en Saigón, forjó una coalición informal contra Thieu. Su adquisición más importante fue el general Vien, que reconoció, ante las insistentes preguntas, que el Ejército ya no estaba en condiciones de combatir y que no había esperanzas de victoria.

Thieu, de hecho, les llevaba varias jugadas de ventaja. La noche anterior había decidido no dar a sus torturadores el placer de ensañarse con su cadáver político. Se quitaría de en medio de una vez, y dejaría que los demás pelearan por los despojos.

Poco antes del mediodía del 21, Thieu convocó al anterior primer ministro Khiem y al vicepresidente Huonong a su despacho. Iba a dimitir, les dijo. Su presencia al frente del gobierno, prosiguió, ya no tenía sentido y sólo conseguiría impedir la búsqueda de una solución. Tan sólo tenía un deseo: el traspaso de poderes debía hacerse «constitucionalmente» con el fin de evitar el caos.

Los equipos de escucha electrónica de la CIA instalados en su despacho recogieron todas sus palabras. Poco después, alrededor de la una del mediodía, Polgar irrumpió en mi despacho. «Tenemos la primicia mundial de la mayor noticia desde el cese el fuego», me gritó. «Ya no hay necesidad de preocuparse por la situación militar. Ahora tendrás que ocuparte de establecer algunas coaliciones políticas.»

Polgar no perdió el tiempo. Informó tanto a los franceses como a los húngaros de la marcha inminente de Thieu, y después, alrededor de la media tarde, envió al general Timmes a ver a Minh. Timmes fue directamente al grano: ¿estaría dispuesto Minh a asumir el poder y negociar la paz tan pronto como se pudiera dejar a un lado a Huong? Minh asintió, expresó su confianza en poder aplacar a la otra parte, y dijo que deseaba enviar un representante a París para reabrir las negociaciones.

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Ostensiblemente, eran enfermeras las que marcharon en la «Operación Babylift», pero a menudo se trataba de las esposas del personal de la Embajada norteamericana que escapaban por ese camino hacia la libertad*

MÁS DEPRISA TODAVÍA

Se podía oír el rugido de los motores de los C-141 que despegaban de la pista de Tan Son Nhut, a ocho kilómetros de distancia. Ken Moorefield, Lacy Wright —un funcionario del Foreign Office— y el *staff* del general Smith se dedicaban ahora a introducir pasajeros en los aviones tan deprisa como se lo permitía su ingenio.

La expansión del puente aéreo regular no obvió la necesidad de vuelos «negros». Desde el 20 en adelante, tuvieron lugar uno o dos al día, aunque la mayor parte de las personas que se beneficiaron de ellos no eran vietnamitas «políticamente sensibles», sino más bien amigos y parientes de los oficiales de la DAO.

Uno de los aspectos más difíciles del puente aéreo «negro» era el primer paso fundamental, el contrabando de personas sin papeles en los controles policiales de Tan Son Nhut. El coronel McCurdy, el agregado del Aire, continuaba prometiendo al personal de seguridad que montaba guardia ante las puertas principales que evacuaría a sus familias si eran «flexibles», pero una y otra vez se impedía el paso a los convoyes de evacuados. Finalmente, la Embajada y la DAO emplearon un recurso distinto, el de engrasar las patas. Se pagaron más de 50.000 dólares para sobornar a la policía y al personal militar del aeropuerto en los días siguientes, a fin de garantizar su cooperación en la evacuación de sus propios compatriotas.

El puente aéreo no se limitó únicamente a las personas. Por la tarde del domingo, la DAO empezó también a embarcar archivos operacionales a Thailandia. La estación de la CIA había empezado a destruir sus 14 toneladas de archivos secretos algunos días antes. Pero hasta aquel momento apenas se había avanzado en la tarea, sobre todo porque el embajador había prohibido quemar y romper papeles durante el día. Tal como explicó, no quería que el humo del incinerador flotara sobre el parking y ahumara las limusinas de la Embajada. Ahora que la evacuación se aceleraba, sin embargo, Martin cambió de opinión, y muchos de los funcionarios de la estación pasaban ante los incineradores ocho horas al día.

Al recortarse las actividades de inteligencia de la DAO, mi propio despacho se convirtió en un elemento de la máxima importancia para la Embajada. No éramos inmunes a las restricciones de personal, sin embargo. Poco tiempo atrás, mi colega

Pat Johnson vio su nombre en la lista del personal «no esencial» de la estación, y por la noche del domingo partió para Bangkok en un vuelo especial. Había pocos pasajeros más. La dirección de Air Vietnam había programado el vuelo con un objetivo especial, el traslado de los fondos líquidos de la compañía, 20 millones de dólares en oro, fuera del país. Pat tomó asiento entre inocentes sacos de lona de color gris cargados con el tesoro. Tras la caída del país, aquel oro desapareció de la vista del público, y sin duda fue a parar a las arcas de algunos prominentes ciudadanos expatriados.

Larry Downs, el jefe de la base de la CIA en Can Tho, bombardeaba Saigón con telegramas pidiendo ayuda, principalmente en forma de helicópteros, para ayudar a salir de allí a los empleados locales. Los funcionarios de la USAID ya habían «reservado» todas las plazas en los vuelos diarios de Air America a Saigón, y el cónsul general MacNamara, con el fin de evacuar a sus propios empleados, se había negado a solicitar ningún vuelo adicional. Pese a las repetidas peticiones de Downs, nadie en Saigón se dio por enterado.

El funcionario de la estación Bill Johnson, entre tanto, se enfrentaba a un muro burocrático de proporciones similares. Pero se negó a desanimarse por ello. En la noche del día 21, él y varios colegas, trabajando en secreto y con sus propios medios, desarrollaron la que debía ser la operación de evacuación más brillante de las efectuadas por la estación: el traslado del personal completo de una emisora de radio ultrasecreta de la CIA conocida popularmente en los medios de la agencia como «House 7».

> Johnson cumplió la promesa hecha a sus empleados vietnamitas. Fue uno de los pocos funcionarios de la estación que lo hizo.

La operación «House 7» se remontaba a los primeros días del cese el fuego, cuando Kissinger había ordenado a la CIA establecer una red de emisoras de radio de propaganda «gris» para hostigar al Vietcong. La palabra «gris» quería decir que se presentaban públicamente como emisiones de radio que daban a conocer las opiniones de voces no comunistas y sin ninguna afiliación política. Se construyeron unos estudios modernos en un viejo edificio destartalado del n.° 7 de la calle Hong Tap Tu —de ahí el sobrenombre de «House 7»— y con el tiempo llegaron a crearse no menos de cinco emisoras, cada una de las cuales emitía en una frecuencia distinta. Una de ellas, que empleaba como distintivo el título de «Madre Vietnam», era la más eficaz. A través de una seductora voz femenina, música nostálgica y una gran cantidad de noticias suaves, trataba de hacer recordar al soldado norvietnamita que estaba apostado en los arrozales, lo que había dejado detrás suyo. El mensaje político quedaba envuelto en sentimentalismo: era una llamada al sentido de la individualidad del pueblo vietnamita, y a su culto a la familia.

A comienzos de abril, Johnson había prometido al equipo de «House 7» que garantizaría su seguridad. En consecuencia, intentó convencer a Polgar y al cuartel general de la CIA de que le permitieran trasladar todo el complejo de radio a un lugar situado fuera del país, preferiblemente Thailandia. Pero Shackley vetó la propuesta. No creía que los thais aceptaran, ni que el Congreso proporcionara los fondos para una «actividad exterior» de ese tipo. Polgar se negó con argumentos distintos, diciendo que un paso de esas características irritaría a los norvietnamitas en el preciso momento en que Martin y él intentaban llegar a un arreglo con ellos.

Sin desanimarse, Johnson siguió insistiendo, y acabó por convencer a Pittman de que le autorizase a trasladar a todo el equipo de «House 7» a la isla de Phu Quoc, fuera del Delta. Poco después del anochecer del día 21, comenzó la evacuación por aire. En los cuatro días siguientes, los 144 empleados vietnamitas de la emisora y sus familias, un total de 1.000 personas, estaban instalados en un lugar seguro.

El último día de la guerra, se produjeron disturbios entre los 100.000 refugiados de Phu Quoc, y uno de los trabajadores de la emisora resultó muerto en un tiroteo. El resto fue recogido por el *Pioneer Challenger* y trasladado a Guam.

Con la excepción de esa baja aislada, Johnson cumplió la promesa hecha a sus empleados vietnamitas. Fue uno de los pocos funcionarios de la estación que lo hizo.

GRANDES ESPERANZAS

En Saigón, se podía ahora sentir la presencia de esas 18 divisiones norvietnamitas, respaldadas por innumerable material acorazado y unidades de artillería, que se cernían inexorables sobre nosotros como los monzones ya próximos. A medida que la semana avanzaba, se manifestaron por medio de algunos picotazos: una emboscada a un autobús en la carretera de Tay Ninh; un ataque relámpago a la Ruta 4, unos 25 kilómetros al sudoeste de Saigón; una fuerte presión sobre la carretera entre Xuan Loc y Bien Hoa. Las instalaciones de radar de Phu Lam, a ocho kilómetros del corazón de la capital, fueron asaltadas por comandos. Sus defensores no hicieron ni tan siquiera un amago de resistencia. Huyeron al oír el primer disparo.

Con la ayuda de técnicos de la DAO, los pilotos survietnamitas efectuaron un bombardeo de castigo con un tipo de munición que Weyan les había ofrecido algún tiempo antes: el terrible ingenio mortífero conocido como CBU-55. (La Cluster Bomb Unit 55, un tipo de bomba de racimo que abrasaba a todo el que se encontrara en un amplio radio, y asfixiaba a las víctimas situadas en un espacio aún mayor al quemar todo el oxígeno del área.)

La eficacia de esa arma aterradora quedó comprobada sin ningún género de dudas por la tarde del miércoles 22. Un transporte C-130 con una CBU a bordo despegó de Tan Son Nhut, dio la vuelta hacia el este al sobrevolar Xuan Loc, y dejó caer su carga virtualmente sobre el puesto de mando de la 341.ª División del NVA, en las afueras de la ciudad recién capturada. Las bajas fueron enormes. Más de 250 soldados norvietnamitas quedaron reducidos a cenizas o perecieron asfixiados por el vacío causado por la explosión, y por un momento las fuerzas del general Dung vacilaron en mitad de su avance.

El enemigo recibió también un castigo de otra clase. Un montón de *Daisy Cutters* (Cortamargaritas), esas monstruosas bombas de 15.000 libras ideadas para abrir claros en la jungla donde pudieran aterrizar los helicópteros, y miríadas de bombas de 500 libras llovieron sobre las unidades comunistas de Xuan Loc, y en un momento dado se lanzó un ataque aéreo contra un convoy de lanzacohetes móviles SA-2, al noreste de la MR-3. La mu-

nición consistía en este caso en un sofisticado misil autodirigido, y los aparatos que efectuaron la operación eran norteamericanos. No se informó de la misión ni a Polgar ni a ningún miembro de su equipo. La Casa Blanca no quería que se supiera que aviones norteamericanos estaban de nuevo implicados en las hostilidades.

> Yo había dado a Vietnam cinco años y mis mejores ilusiones. Sabía que seguiría allí hasta el final.

El jueves por la mañana, hasta cuatro embajadas cerraron sus puertas definitivamente Ninguna de ellas dejó el campo con honor. Las misiones británica y canadiense abandonaron sencillamente a sus empleados vietnamitas, y el encargado canadiense explicó irritado a los periodistas que no formaba parte de sus atribuciones conceder asilo a refugiados sin la documentación en regla. La Embajada de Taiwan fue aún más lejos. al abandonar no sólo a sus empleados vietnamitas sino además a los 1.000 ciudadanos de la China nacionalista residentes en la ciudad. muchos de ellos agentes de la inteligencia a tiempo parcial.

Mientras tanto, los funcionarios administrativos de nuestra Embajada intentaban resolver problemas fiscales. A finales de la mañana del jueves, los 12 millones de dólares solicitados a Washington para cubrir el saldo y finiquito de los empleados locales fueron entregados a la DAO, y Don Hays y otros miembros del equipo administrativo empezaron a distribuir los sobres con las pagas. Pero con el fin de evitar el pánico y los resentimientos, muchos de los vietnamitas «despedidos» fueron «recontratados» de inmediato y siguieron trabajando hasta el último día de la guerra. Pocos de entre ellos llegaron a darse cuenta de que el fin estaba tan próximo... o se preocuparon por prepararse para ese momento.

Hacia la misma hora en que la Embajada empezaba a deshacerse de sus empleador locales, Martin se veía presionado para que evacuara otro tipo de artículos de valor: equipo militar. El jueves por la tarde, el secretario auxiliar de Defensa, Erich Von Marbod. llegó a Saigón para coordinar la operación. Venía enviado por el propio Schlesinger. Cuando Martin supo la razón por la que Von Marbod estaba allí, se puso furioso. La retirada de equipo militar, protestó, sabotearía la moral de los vietnamitas. Pero Von Marbod ignoró sus protestas y siguió adelante

Mientras conducía mi Ford Pinto en medio del tráfico de la hora punta, la noche del jueves, se me ocurrió la idea de pedir a Polgar que me dejara marchar. Obviamente, nadie en la Embajada sentía el menor interés por mis evaluaciones de la situación a través de los datos obtenidos por la inteligencia. Polgar y el embajador se dedicaban a interpretar los datos según sus propios intereses

Pero tan pronto como se me ocurrió la idea, la deseché. Yo había dado a Vietnam cinco años y mis mejores ilusiones. Sabía que seguiría allí hasta el final. aunque sólo fuera para mi propia satisfacción por haber puesto de mi parte todo lo posible

Cuando entré en mi apartamento, Tu Ha estaba trajinando en la cocina, haciendo deliberadamente mucho ruido con las sartenes y cacerolas para no oír los ecos de las explosiones en Bien Hoa. Mientras la escuchaba sentado en la sala de estar, tomé mi única decisión importante del día. Si iba a ser tan loco

ABAJO: *Un grupo de civiles evacuados por helicóptero en Xuan Loc. En sus cercanías, incómodamente próximo a Saigón, el ARVN intentaba su última defensa desesperada.*

REX FEATURES

como para permitirme heroicidades de último minuto, no tenía derecho a esperar que ella hiciera lo mismo.

De acuerdo con la lógica común, Tu y su familia no tenían nada que temer de los comunistas. Nunca habían apoyado activamente al gobierno ni si se habían codeado con norteamericanos. Los padres de Tu se habrían llevado un gran disgusto de haber sabido que ella trabajaba para un «ojos-redondos». Durante todos los años en que ella estuvo trabajando en los apartamentos de Vung Tau y de la calle Tu Do, nunca llegaron a saber cuál era su ocupación.

Y sin embargo, ¿qué pasaría si los comunistas malinterpretaban sus pasadas relaciones con norteamericanos? Esa posibilidad infinitesimal pesaba más que cualquier otra consideración.

Cuando nos sentamos a cenar, la pregunté qué pensaba hacer. Se sentó por un momento, y luego me hizo la pregunta para la que yo no tenía respuesta: «¿Me matará el Vietcong?» En ese momento me di cuenta de que sobraba toda discusión.

A la mañana siguiente, Joe Kingsley y yo acordamos dividirnos el trabajo. Él se ocuparía de la evacuación de nuestros amigos vietnamitas. Yo atendería los asuntos del despacho. Al cabo de unas horas, Kingsley tenía preparada la documentación y convenció a un compañero de oficina de que firmara como garante de Tu. Una llamada a Moorefield en Tan Son Nhut les garantizó plazas.

A las ocho de la mañana siguiente, Tu, su compañero norteamericano y una amiga vietnamita subieron a bordo de un C-141 de las Fuerzas Aéreas norteamericanas. Después, el recuerdo más vívido de Tu fue el del silencio tras el rugido de los motores. Ninguno de sus compañeros vietnamitas parecía capaz de decir una palabra. Se limitaban a permanecer en silencio.

EL FINAL DE THIEU

«¡Le Duan asesina a su jefe político rival en Hanoi! ¡Tropas chinas cruzan la frontera para vengar su muerte!» Esos sorprendentes titulares se emitían por las ondas de Radio Saigón en la mañana del día 25. Y uno casi estaba tentado de creerlas. Pero por supuesto eran únicamente un engaño, un elemento de la guerra psicológica con la que se trataba de confundir y desmoralizar a las tropas norvietnamitas que teníamos en el umbral de la capital.

La mayoría de los habitantes de Saigón encontraron tan absurda la historia que ni siquiera se molestaron en sintonizar la radio a lo largo del día en busca de más detalles. Presumiblemente, tampoco los norvietnamitas se sintieron impresionados. Los únicos radioyentes que se lo tomaron en serio fueron los periodistas norteamericanos. A lo largo de toda la mañana me vi inundado de llamadas de reporteros amigos que me pedían confirmación. Les dije que se trataba únicamente de la idea de un chiste malo que tenían en Saigón.

Como en las presentes circunstancias el personal que seguía trabajando en la DAO era demasiado escaso para cubrir las 28 paradas de autobús designadas en la ciudad, el general de brigada Richard Carey, comandante del grupo especial de la infantería de marina que debía proporcionar cobertura de seguridad en la Opción IV, y el general Smith redujeron su número a la mitad. También pusieron a punto un sistema de alarma para casos de emergencia. En el caso de que se pusiera en marcha la Opción IV, la radio norteamericana de la DAO alertaría a sus oyentes mediante la frase clave «Mamá quiere que llames a casa», seguida por la emisión de la canción de Bing Crosby *Navidades blancas*.

Alrededor de las 5 en punto de la tarde del día 25, Polgar nos llamó a Joe Kingsley, Timmes, otro funcionario de la estación y a mí a su despacho. «Amigos, ¿sabéis moveros por Saigón de noche?», nos preguntó. Todos dijimos que sí, aunque en realidad yo no estaba muy seguro en cuanto a mí mismo, con las innumerables callejas laterales de la ciudad y los círculos franceses para regular el tráfico. «Bien», continuó, «porque quiero que me ayudéis a llevar a Taiwan a Thieu y al primer ministro Khiem esta noche. Es un pedazo de pastel que os dedico, como pago parcial por el valioso trabajo que todos vosotros habéis llevado a cabo.»

Timmes, los otros dos funcionarios y yo sacamos tres limusinas de los garajes de la estación y alrededor de las 8.30 de la

ABAJO: *El presidente Ford da la bienvenida a algunos huérfanos vietnamitas a suelo americano. La prensa mundial dio resonancia al hecho como una evidencia de la conciencia de Estados Unidos.*

PHOTOGRAPHERS INTERNATIONAL

tarde nos dirigimos al cuartel general militar de Vietnam del Sur, en las afueras de Tan Son Nhut, donde Khiem tenía su residencia privada.

Poco después de las 9 de la noche, llegó Polgar con su propio coche y un chófer. Pronto apareció un Mercedes gris en la calzada. Un hombre de estatura mediana, cabello plateado alisado hacia atrás, tez lisa, vestido con un traje gris inmaculadamente planchado, surgió de su interior. Nguyen Van Thieu no se dignó mirarnos mientras subía apresuradamente los escalones de la puerta principal. Momentos después, varios corpulentos ayudantes salieron de un cobertizo de madera situado a un extremo del edificio, llevando cada uno una enorme maleta. Pidieron que les abriéramos los maleteros de los coches e insistieron en acomodar ellos mismos el equipaje. El entrechocar de metal contra metal resonaba en el silencio mientras colocaban las maletas en su lugar.

Poco después Thieu, Khiem, Polgar, Timmes y varios altos funcionarios survietnamitas salieron y rápidamente se dispersaron hacia las limusinas. Thieu se instaló en el asiento trasero de la mía, entre Timmes y un ayudante vietnamita.

El viaje duró 10 minutos, aunque parecieron horas. Timmes entabló con Thieu una extraordinaria conversación, referida sobre todo al pasado. Se habían conocido por primera vez en el transcurso de un fuego de campamento en la MR1 hacia el año 1961, y Timmes le había visitado ocasionalmente en los años siguientes para tratar de los progresos de la pacificación («uno de sus mayores logros, señor presidente»)

> Alguien empezó a aporrear frenéticamente la puerta principal. La abrí cautelosamente, retirando el seguro de mi M16.

Cuando nos acercábamos a la verja de entrada de Tan Son Nhut, los faros de nuestro automóvil iluminaron brevemente el monumento vietnamita a los muertos norteamericanos en la guerra, con su inscripción: «El noble sacrificio de los soldados aliados no se olvidará jamás.» Thieu suspiró de forma audible. De nuevo Timmes le aconsejó que se agachara. Normalmente, la policía vietnamita de seguridad situada en la verja de entrada no se molestaba en mirar dos veces a un automóvil norteamericano con matrícula diplomática, pero eran ya más de las 9.30, una hora después del toque de queda. Podían ser personas escrupulosas. Afortunadamente, en esta ocasión no lo eran.

La silueta de un cuatrimotor C-118 de las Fuerzas Aéreas norteamericanas era apenas visible, a alguna distancia. Varios marines norteamericanos vestidos de paisano, la escolta privada del embajador Martin, se alinearon a un lado. El propio embajador esperaba al pie de la escalerilla de embarque.

Cuando se abrió la portezuela trasera, Thieu se echó adelante en su asiento y me tocó el hombro. «Gracias», dijo con voz ronca, tendiéndome la mano. Sostuvo mi apretón por breves momentos, luchando con las lágrimas, y luego salió del coche y subió rápidamente la escalerilla.

IZQUIERDA: *Otro soldado del ARVN escapa con su familia. Pronto se desprenderá de su uniforme, con la esperanza de escapar de los campos de reeducación, o de algo peor.*

MINH ASUME EL PODER

Poco después del toque de queda del día 26, dejé la Embajada y marché a mi apartamento. Los primeros informes sobre la intensificación del fuego en torno a Bien Hoa empezaban a llegar a la estación, pero daban aún pocos detalles, y decidí que podría concederme aún una buena noche de sueño para afrontar adecuadamente las inevitables tensiones del día siguiente.

Mi «buena noche de sueño» duró cuatro horas, y acabó con una llamada de teléfono. Era el agente de la CIA de guardia en la Embajada. Radio Hanoi acababa de radiar otro «duro» comunicado político: una advertencia a las autoridades de Saigón de que debían acceder a las demandas del gobierno provisional revolucionario de una vez. Le dije que no molestara a Polgar con la noticia. Ya la conocía, y había desoído el ultimátum de Hanoi.

Más o menos una hora más tarde, ese ultimátum en concreto se cumplió. Una primera explosión atronadora me sacó de la cama. Cuando los ecos de la segunda aún hacía temblar el aire, ya estaba yo tendido en el suelo, en la oscuridad, buscando mi chaleco antiaéreo y el M16. Luego, mientras las explosiones hacían temblar los cristales de las ventanas, me arrastré hasta la mesilla de noche, empuñé el teléfono y marqué el número de la Embajada. «Un número indeterminado de cohetes», me informó el agente de guardia. «Todos en el centro de la ciudad.» Le dije que estaría allí tan pronto como pudiera echarme encima alguna ropa.

Acababa de colocarme una camisa y unos tejanos, y estaba abotonándome de nuevo el chaleco antiaéreo cuando alguien empezó a aporrear frenéticamente la puerta principal. La abrí cautelosamente, retirando el seguro de mi M16. Mi vecino y colega, Joe Kingsley, estaba allí, a la media luz, vestido con su chaleco de seguridad, casco y calzoncillos. «Parece la guerra», declaró, bostezando. «¿Vas para allá?» Le dije que sí, y le sugerí que se quedara, porque si se decidía una evacuación, debía haber alguien para ayudar en el embarque en los helicópteros, tal como habíamos planeado.

Cuando llegué a la Embajada, empezaban a conocerse detalles a través de fuentes policiales: habían sido en total cinco cohetes, dos en el centro de la ciudad y el resto en el suburbio chino de Cholon; había seis civiles muertos, y 22 heridos. Uno de los cohetes había estallado en los lujosos apartamentos del hotel Majestic, río abajo, dejando al portero de noche reducido a un charco de sangre en el suelo. Otro había caído en un recinto de barracas cerca de la sede central de la policía, y provocado el incendio de 500 o más chozas que habían ardido como la yesca.

> Saigón se había convertido en una isla, con un solo puente que la unía al exterior: el aeropuerto.

Polgar entró en la sala de situación de la CIA hacia las siete, me miró y sacudió la cabeza, murmurando algo acerca de «un blanco de chiripa». Comprendí que deseaba creer que aquello era nada más un aviso, y no un presagio de lo que iba a suceder.

El presidente del Senado, Tran Van Lan, reunió de inmediato a los 134 diputados que aún permanecían en la ciudad y les con-

vocó en sesión extraordinaria. Después de varias horas de discusiones, consiguieron llegar a una decisión. Con la abstención de una tercera parte de los presentes, las dos cámaras votaron por unanimidad otorgar plenos poderes a Minh, de acuerdo con la recomendación de Huong La investidura se fijó para el día siguiente. Huong insistió en que la ceremonia se dejara para la tarde, con el objeto de poder presumir ante sus amigos de que había sido presidente de la República durante toda una semana entera.

A la hora en que dejé mi despacho aquel día, las ocho en punto de la tarde, no me quedaba ninguna duda de que teníamos el final encima nuestro. La carretera entre Saigón y Vung Tau estaba cortada en varios puntos, habíamos perdido el contacto durante varias horas con los 700 soldados que aún quedaban de la 18 ª División del ARVN al este de Bien Hoa, y las barricadas norvietnamitas inutilizaban la Ruta 4 a la salida del Delta Saigón se había convertido en una isla, con un solo puente que la unía al exterior: el aeropuerto.

LOS PRIMEROS ATAQUES

Era una mañana fría y con niebla, inhabitual en Saigón. Poco después del alba, comandos norvietnamitas atacaron y prendieron fuego a un almacén de la USAID situado al otro lado del río Saigón, y se apoderaron de dos posiciones defensivas gubernamentales, a tan sólo unos kilómetros del centro de la ciudad. Luego montaron un nido de ametralladoras y empezaron a disparar contra cualquier cosa que se moviera. Se recurrió a helicópteros cañoneros para contrarrestarlo Desde 1968 la guerra no había llegado tan cerca de Saigón.

La propia capital estaba tan tensa como la piel de un tambor. El eco de las ráfagas de las armas de fuego llegaba hasta el centro de la ciudad. El tráfico en las calles se convirtió rápidamente en un caos sin remedio, a medida que millares de infantes y civiles caminaban, conducían o pedaleaban por ellas, huyendo de los campos vecinos. En las calles más solitarias, los policías y los oficiales del ejército se quitaban sus uniformes y vestían ropas civiles para evitar ser identificados y entregados a los vencedores.

Más de 6.000 vietnamitas aterrorizados embarcaron en el puente aéreo organizado por la DAO antes del despegue del último avión de la noche. La marcha de los norteamericanos seguía retrasándose —tan sólo 123 en aquel día— porque los no esenciales y otros posponían su partida para ayudar a los amigos vietnamitas.

A lo largo del día, cuatro o cinco buques mercantes partieron de los muelles cercanos para Vung Tau, todos ellos vacíos, mientras otro carguero, tres remolcadores y cuatro barcazas se preparaban a trasladarse a lugares de amarre más seguros, cerca del centro de la ciudad

La DAO seguía considerando que las barcazas resultaban poco prácticas a efectos de la evacuación, pero algunos funcionarios de la Embajada empezaban a tomarlas en serio, en particular ahora que resultaba evidente que el puente aéreo no podría incluir a todos los potenciales evacuados de sus listas. Pittman pidió a Jacobson si la estación podría utilizar uno o dos barcos para trasladar a las familias de los policías con quienes se mantenían contactos. Jacobson accedió. Pittman se apresuró a parlamentar con los altos cargos de la policía y les prometió pasajes si ayudaban a mantener el orden en la zona de embarque del puerto.

> «Si no me ayudas, soy una mujer muerta. Me mataré, y mataré a mis hijos. Ya he comprado las píldoras.»

A los dos hombres que habían convertido las barcazas en una opción viable no se les puso al corriente de esas gestiones. Y mientras la estación y otras personas de la Embajada empezaban a especular con el espacio disponible para pasajeros, Mel Chatman y Bob Lanigan de la USAID avisaron a sus propios empleados vietnamitas que se prepararan para embarcar.

A lo largo de la mañana, una gran muchedumbre se apiñaba en desorden en la zona de recreo situada detrás de la Embajada; más y más vietnamitas, la mayoría de ellos empleados en las diferentes agencias de la Misión, aparecían por instinto o porque les habían convocado allí, esperando un transporte para el aeropuerto. El agua de la piscina, fuera de uso y no renovada desde hacía varios días, tenía el color dorado y brillante de los orines, pero algunos de los recién llegados se pusieron a bañarse o a lavar sus ropas para matar el tiempo. La cantina se había cerrado el día anterior, y la última camarera estaba ya camino de Guam.

A media mañana una muchacha china, vieja conocida mía, me llamó para pedirme ayuda. Le dije francamente que no podía hacer nada en aquel momento. Estaba encadenado a mi despacho. «Pero llámame dentro de una hora», le dije. «Veré lo que puedo hacer.» Hubo un corto silencio al otro lado de la línea Luego sonó de nuevo su voz, fría y distante. «Si no me ayudas», dijo, «soy una mujer muerta. Me mataré, y mataré a mis hijos. Ya he comprado las píldoras.»

Con la precisión de un cronómetro, una hora más tarde volvió a llamar. Sucedió que yo estaba fuera de mi despacho. Me dejó un mensaje por medio del oficial que quedó al cargo: «Esperaba algo mejor de ti. Adiós.» Fue la última cosa que supe de ella.

Mediada la mañana, muchos de mis colegas sudaban y se afanaban delante de los incineradores, destruyendo montones de archivos secretos. En pocas horas, las limusinas del aparcamiento, normalmente relucientes, estaban cubiertas de cenizas.

Mientras los incineradores hacían su trabajo, el oficial administrativo de la Embajada sacó otros 3 millones de dólares de la caja fuerte de la DAO para cubrir la paga del saldo y finiquito de los últimos empleados locales de la Misión. A mediodía, tan sólo 20 de los 900 empleados vietnamitas del Departamento de Estado habían recibido ya lo que se les adeudaba

Mientras tanto, los automóviles del equipo del gobierno empezaron a irrumpir por la puerta trasera de la Embajada. De ellos iba saliendo un general, o un coronel, o un destacado político que saludaba servilmente a los marines que guardaban la entrada y se escurría en el interior de algún ascensor. A ninguno de nosotros hacía falta que nos dijeran que escapaban del país. Desde las primeras luces del día, los helicópteros de Air America habían estado aterrizando y despegando intermitentemente de la azotea de la Embajada, para transportar a la élite de Saigón a Tan Son Nhut, donde los esperaba algún abarrotado avión norteamericano.

Uno de nuestros más célebres visitantes de aquella mañana fue el general Vao Van Vien, presidente del JGS. Mientras ca-

ARRIBA: *El tráfico quedó colapsado a medida que más y más refugiados se apiñaban en un enclave más y más pequeño, ante el avance de las tropas norvietnamitas.*

minaba por el vestíbulo de la Embajada saludó a los marines de guardia y estrechó las manos del miembro del Departamento de Estado que llamó el ascensor para él. Luego entró en la cabina, las puertas se cerraron tras él, y partió para su viaje final de salida de Vietnam. Entre tanto, el presidente Huong, en uno de sus últimos actos oficiales, designó al general Lam Son para reemplazar a Vien. Durante la ceremonia del cambio de régimen, que tuvo lugar más tarde en aquel mismo día, el general Khuyen, jefe de estado mayor del JGS, compareció como presidente en funciones. De hecho, el Ejército no tenía dirección de ningún tipo.

No todos los grandes y cuasi-grandes de Saigón habían partido ya. El general Quang, confidente de la CIA y antiguo asesor de Thieu en cuestiones de seguridad, se pasó toda la mañana husmeando por el cuartel general del JGS, mascullando insultos contra Thieu y los norteamericanos. Estaba furioso porque no se le había garantizado todavía una plaza gratuita para salir del país. Nguyen Cao Ky, que también se sentía un poco desamparado y dejado de lado, tomó la decisión de arrestar a Quang simplemente por principio, con el fin de que dejara de molestar. Pero cuando se presentaron varios oficiales de las fuerzas aéreas en el edificio del JGS para cumplir la orden, el siempre ingenioso Quang escapó por una puerta lateral y les dio esquinazo.

Phil Custer era oficialmente el responsable de buscar a la policía local y a los agentes de inteligencia de la ciudad. Pero Custer recordaba vívidamente las escenas de Da Nang, y decidió retrasar toda decisión hasta el último momento. Después de la caída de Vietnam del Sur, insistió en que no tenía otra opción. Sostenía que, si hubiera evacuado a los 400 oficiales de la rama especial, Saigón se habría precipitado en el caos.

Su argumento podía tener alguna validez, pero sólo alguna. Tal vez los oficiales de la rama especial fueran custodios esenciales de la ley y el orden en la ciudad, pero desde luego sus 400 colegas de la CIO no lo eran. Como operaban en un mundillo cerrado de espionaje e intrigas, su marcha apenas hubiera sido percibida por nadie. Y sin embargo, Custer no hizo más esfuerzos por evacuarlos de los que hizo con los policías.

Tampoco tomó otras precauciones básicas. En los años anteriores, la estación había ayudado a la policía y a la CIO a reunir enormes archivos en los que se identificaba a los desertores, colaboradores, prisioneros, a cualquiera que nos hubiera

ayudado o pareciera haberlo hecho. Un prisionero norvietnamita me dijo en una ocasión que sería la lista negra ideal para las represalias si en alguna ocasión los comunistas llegaban a hacerse con el poder Cualquier funcionario de inteligencia mínimamente previsor se las hubiera compuesto para destruirlos días, incluso semanas, antes de la victoria de los comunistas; por lo demás, la tarea resultaba relativamente sencilla, porque «controlábamos» a la mayoría de los oficiales vietnamitas que controlaban los archivos.

Pero Custer no había tomado aún ninguna determinación al respecto, en parte por su falta de familiaridad con el «clima operacional» de Saigón, y en parte porque Polgar se negaba a respaldar cualquier acto que pudiera ser interpretado por nuestros aliados como un signo de desesperanza En consecuencia los archivos, muchos de ellos computerizados para facilitar su manejo, serían capturados intactos por las tropas de Dung.

Poco antes de mediodía, Johnson se dejó caer por la sede de la Policía Especial para despedirse del oficial que estaba ahora a su cargo «Estaba llorando», recordaba Johnson más tarde. «Ahora era el jefe, pero sabía que eso iba a costarle la vida Le estreché la mano, le di palmaditas en el hombro y le dije: 'Mantén alta la barbilla si puedes'.»

Dos días más tarde, ese mismo oficial apoyó el cañón de una Browning automática bajo su barbilla y se voló la cabeza de un disparo

A una hora de vuelo, en la ciudad de Can Tho, en el Delta, el cónsul general Terry MacNamara estaba arrepentido. La causa de sus remordimientos no era, sin embargo, la viabilidad de su propia evacuación río abajo (confiaba en que la operación daría buen resultado), sino su actitud respecto al irascible jefe de la base. El día anterior, había tenido una tormentosa discusión con Larry Downs respecto a un plan privado de evacuación de la CIA. Ante la falta de respuesta de Saigón, Downs había empezado a enviar a algunos de sus empleados vietnamitas a la isla de Phu Quoc en helicópteros de Air America. MacNamara, cuando descubrió el complot, perdió los nervios y «destituyó» al hombre de la CIA en el acto, acusándole de insubordinación. Pero ahora MacNamara se arrepentía de su exabrupto. Downs, después de todo, se había limitado a cumplir con su obligación, tal como él la veía. Más aún, con la situación militar deteriorándose de hora en hora, no sería prudente privar al Consulado de su jefe de base de la CIA.

MacNamara llamó a Downs a su despacho poco antes del mediodía, se disculpó, y le dio permiso para continuar su evacuación en helicóptero a Phu Quoc. Downs aceptó su mano y murmuró algunas frases conciliadoras. Pero no le perdonó. La riña le había costado perder un valioso día.

> Se produjo un martilleo orquestado de metal contra metal cuando, uno tras otro, los agentes de la CIA cargaron sus armas.

Yo estaba en mi despacho del último piso de la Embajada cuando llegó el primero de los aviones, anunciando por el *ping* de algunos disparos aislados. Luego, repentinamente, el mundo pareció explotar en una cacofonía de disparos de cañon y fuego de ametralladoras Intenté mantenerme en pie, pero mis rodillas cedían. Lo intenté de nuevo y corrí a un refugio de la parte interior del edificio, manteniendo la cabeza y los hombros bajo el nivel de las ventanas de paneles de plástico transparente. Los compañeros del despacho vecino corrían por el pasillo en un montón confuso. Algunos cayeron al suelo y lo arañaban como si quisieran excavar un refugio. De repente resonó una voz por el hueco de la escalera: «¡Están en el vestíbulo! ¡Están en el vestíbulo!» Al parecer, no era yo el único traumatizado por las visiones de 1968. Arriba y abajo del pasillo se produjo un martilleo orquestado de metal contra metal cuando, uno tras otro, los agentes de la CIA cargaron sus armas. Yo empuñé el 38 chato que llevaba en una cartuchera a la cintura. Alguien salió de una oficina lateral con un M16 en las manos. Dos marinos con chalecos antiaéreos aparecieron a un extremo y pasaron corriendo entre nosotros hacia la pequeña escalerilla que llevaba a la azotea Uno dijo al pasar: «Falsa alarma La Embajada está a salvo.»

Momentos después, Polgar estaba entre nosotros, intentando restablecer el orden. «Muy bien», decía «Guarden las armas. Somos funcionarios de inteligencia, no una fuerza de asalto. No vamos a intentar hacer frente al ejército norvietnamita.»

Mientras todos nosotros enfundábamos nuestras armas a regañadientes, Pittman sacó un cigarro, lo encendió y lanzó varias bocanadas, pensativo. Tal vez sería mejor montar un centro temporal de operaciones en la planta baja, sugirió; abajo habría menos peligro en caso de ataque aéreo. Polgar murmuró que estaba de acuerdo, y luego se dirigió a mí. «Voy abajo a escribir el informe», me dijo. «Cuide de pasarme los datos e intente conseguir ayuda de alguna de nuestra gente de la DAO.» Como todas nuestras líneas de seguridad y las radios estaban en el sexto piso, en la sala de situación situada al lado de mi propio despacho, me di cuenta, con no escaso desasosiego, de que había resultado elegido para permanecer arriba.

> La explosión hizo temblar mi apartamento. Salté fuera de la cama, aferrando en la oscuridad mi casco y mi chaleco antiaéreo.

En la sala de situación, pronto otros tres funcionarios de la CIA quedaron encargados de las radios Todos ellos se veían obligados a trabajar cerca de las ventanas, con el riesgo que ello implicaba, porque las consolas no podían moverse. El operador principal, un secretario asignado normalmente a otra sección, se comportó con un gran valor, y permaneció sentado tranquilamente ante el micrófono durante horas y horas, enviando mensajes al aterrado personal de la estación en el exterior, mientras los disparos pasaban silbando ante la ventana situada junto a su hombro.

En las horas siguientes, llegaron a Tan Son Nhut tres C-130 más, con un cargamento «caliente»: más Daisy Cutters para la inexistente fuerza aérea survietnamita Durante la descarga, ninguno de esos aviones podía embarcar pasajeros por razones de seguridad. En consecuencia, la muchedumbre apiñada en el centro de proceso pronto ascendió a más de 2.800 personas.

Moorefield efectuó una última vuelta de inspección del anexo y sus alrededores. Poco después de las 11 de la noche se acercó al puesto de policía situado al otro lado de la puerta principal, y charló brevemente con los dos marines de guardia. Los dos

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *El general Ky (a la derecha) se prepara para disfrutar del estilo de vida norteamericano bebiendo una lata de cerveza Budweiser. Ahora dirige un comercio de licores en California.*

estaban nerviosos, como podía esperarse. El soldado de primera Darwin Judge sólo llevaba en Vietnam un mes: su compañero, el cabo Charles McMahon, un poco más de tiempo. Moorefield procuró animarlos, asegurándoles que todo estaba bajo control. Fue el último hombre que los vio vivos.

LA MAÑANA

A las 2.30 de la madrugada, hora de Saigón, del 29 de abril, los técnicos de la DAO estaban aún descargando los tres C-130 que habían llegado horas antes. El propio Moorefield estaba enormemente cansado, y después de una última vuelta de inspección por los alrededores subió a su baqueteado coche y marchó a su apartamento de la ciudad. «Volví a casa por instinto», comentaba más tarde. «Tenía que volver allí al menos una vez, aunque sólo fuera para recoger mis efectos personales y mi fusil.»

Durante la hora y media siguiente, dos de los C-130 quedaron finalmente listos para el embarque. Don Hays, que supervisaba las salidas en el centro del proceso, estaba tan amodorrado por la fatiga que apenas podía contar a los pasajeros que embarcaban. Primero uno, y después el segundo avión despegaron. El tercero estaba aproximándose al lugar del embarque. Hays echó un vistazo a su reloj: las 4.00 de la madrugada. Pocos segundos más tarde llegó silbando el primer cohete.

La explosión hizo temblar mi apartamento. Salté fuera de la cama, aferrando en la oscuridad mi casco y mi chaleco antiaéreo. Mientras reptaba hacia la ventana, intenté calcular la distancia de la serie de explosiones menores que se sucedieron: pocos kilómetros, posiblemente en Tan Son Nhut. Sobre las copas de los árboles pude ver grandes bolas de fuego que se recortaban contra el cielo nocturno, y el horizonte iluminado por los flashes de la artillería. La radio colocada sobre la mesa de mi despacho carraspeó y empezó a emitir un silbido ensordecedor. Luego se oyó una voz por entre los ruidos estáticos: «¡Atacan Tan Son Nhut con cohetes y obuses de 130 mm!» Me puse en pie de un salto, me embutí unos pantalones y zapatos, y corrí fuera. En la calle, los policías vietnamitas atisbaban tímidamente desde debajo de los coches aparcados. Corrí por el sendero que seguía paralelo a la fachada del edificio y llamé a la puerta de Joe Kingsley, para asegurarme de que estaba despierto. Lo estaba, a medias. «Parece que ya ha llegado», gruñó

mientras se colocaba el chaleco antiaéreo. Luego trepamos por la escalerilla exterior hasta la azotea.

Uno de los primeros cohetes había caído a tan sólo algunos pasos del C-130 que se acercaba al punto de embarque, arrancando parte de su fuselaje con tanta facilidad como si se tratara de hojalata. El tercero y el cuarto estallaron en el puesto de policía que Moorefield había visitado tan sólo unas horas antes. El cabo McMahon y el soldado de primera Judje murieron instantáneamente.

Otro cohete pasó sobre el centro de proceso y fue a parar a la pista de squash de la DAO. Quinientos vietnamitas que pasaban la noche al raso junto a la piscina empezaron a correr en todas direcciones, como las mieses agitadas por un viento fuerte. Hays intentó sujetar a algunos de ellos y obligarlos a que se tendieran en el suelo, pero casi se vio arrollado por los centenares que surgían a sus espaldas. Segundos más tarde, otro cohete fue a estrellarse en la esquina del gimnasio de la DAO, arrancando un pedazo de techo y proyectándolo contra una mujer vietnamita que estaba en el patio vecino. El general Smith y Eric Von Marbod, que estaban en el puesto de mando de la DAO, cerca del lugar, fueron arrojados al suelo por la onda expansiva.

Desde la azotea de mi apartamento, a cinco kilómetros de distancia, se podían contar casi cinco segundos entre cada fogonazo y el correspondiente ruido de la explosión. «¡También allí deben estar recibiendo!», gritó Joe señalando hacia el barrio chino de la ciudad. Efectivamente, el cielo nocturno sobre Cholon se iluminaba con un irreal resplandor de color rosado, un fuego que se extendía con el viento de tormenta.

La primera explosión despertó a Moorefield de un sueño profundo y le hizo saltar de la cama. Por unos momentos quedó tendido en el suelo, boca arriba, más perplejo que asustado, inseguro de si estaba soñando. Cuando los ecos de la tercera y la cuarta explosión vibraban aún en el aire, Lacy Wright, en su propia villa a pocas manzanas de distancia, estaba ya vistiéndose a toda prisa un viejo traje. El zumbido de su teléfono le sobresaltó. «¡Ven aquí de inmediato», le gritó el oficial del Foreign Service Shep Lowman al otro lado de la línea. «El puente de los C-130 puede estar en peligro.»

Bill Johnson, mientras tanto, reunía apresuradamente el surtido de armas que había ido coleccionando en su dormitorio. Estaba seguro de que hoy habría algún combate; de hecho, estaba echándolo de menos.

> Eché una mirada desolada en torno a mi apartamento, a las pocas ropas que quedaban en él, las radios, las pertenencias de un colonialista norteamericano en su hora final.

Minutos después, el propio embajador Martin telefoneaba al oficial de los Marines de guardia en la Embajada. «¿Qué demonios ocurre?», preguntó, en un tono estólidamente tranquilo, casi estremecedor.

«No estamos seguros, señor», contestó el marine. «Parece un ataque con cohetes a Tan Son Nhut.» Martin le colgó a media frase y llamó a su secretaria, Eva Kim. Todos los altos funcionarios del Consejo de la Misión, le dijo, debían ser convocados de inmediato a la Embajada.

En la media hora siguiente, el general Smith y su *staff* empezaron a emerger de entre los cascotes y a tratar de hacer inventario de la crisis de Tan Son Nhut. El ayudante del agregado del Aire fue uno de los primeros en acudir a examinar la pista de despegue. Después de un rápido recuento, corrió al centro de control para radiar un informe de los daños al «equipo de batalla» de la 7ª Fuerza Aérea, en Thailandia, y a la propia flota de evacuación. Smith, todavía un tanto conmocionado, llamó al agregado del Aire desde su despacho y le pidió una estimación del ritmo del fuego enemigo y de los incidentes. La respuesta llegó poco después: aproximadamente un disparo por minuto; posición estimada de fuego: Nhon Trach, al sudeste de la ciudad.

La mayoría de los 13 norteamericanos que compartían mi edificio de apartamentos pronto se reunieron con Kingsley y conmigo en la azotea. Nuestros emisores-receptores de radio de bolsillo vibraban con los continuos mensajes entre la Embajada y Tan Son Nhut, pero el ruido atronador del bombardeo hacía imposible escuchar lo que se decían.

Al cabo de unos 20 minutos, Joe se me acercó y me gritó al oído: «Creo que es mejor que vayamos a la Embajada. Todos nosotros.» Le dije que iría de inmediato para intentar tramitar las informaciones; él debía quedarse hasta asegurarse de que todo el mundo había recibido la consigna.

En la sede del ICCS, los miembros de las legaciones húngara y polaca que aún seguían en Saigón habían pasado la mayor parte de la noche anterior bebiendo, festejando y brindando por sus hermanos comunistas del frente. Pero cuando empezaron a estallar los primeros cohetes, la celebración se detuvo bruscamente; ahora los delegados húngaros y polacos, los mismos hombres que tan habilidosamente habían engañado a Polgar y a Martin, corrían como un rebaño asustado, buscando cualquier refugio donde pudieran ponerse a salvo. Al parecer sus camaradas del frente no se habían tomado la molestia de informarles de antemano de la pequeña sorpresa que tenían preparada.

Poco después de las 5.00 de la madrugada, el general Smith, en uniforme de campaña y con un 45 a la cadera, trotaba por el campo de tenis del edificio del cuartel general de la DAO. Estaba todavía jadeante cuando uno de sus ayudantes le comunicó que Martin le llamaba por teléfono desde la Embajada. «Sí, todavía estamos recibiendo cohetes», dijo al embajador, «y un C-130 está ardiendo.» Luego mencionó el detalle más sombrío: dos bajas, marines, muertos en el puesto de la entrada. Hubo una pausa al otro extremo de la línea. Inseguro de si Martin lo había oído, Smith empezó a repetir la información. «Sí, entendido», le interrumpió el embajador, con voz afónica por la laringitis. Luego recordó a Smith la prioridad principal: todo el personal de la DAO debía salir de Saigón en el curso de las 12 horas siguientes, hubiera o no bombardeo. El puente aéreo de los C-130 debía recomenzar otra vez. ¿Cuál era el obstáculo? «Las pistas», contestó Smith en voz queda. «No estamos seguros de que estén practicables.»

De vuelta en mi apartamento, me duché y me afeité con toda la calma que pude, me vestí con unos pantalones viejos, una camisa y una americana sport, me ajusté el casco de acero en la cabeza, y coloqué dos revólveres del 38 en las pistoleras del cinturón y del sobaco. Después de abrocharme el chaleco antiaéreo, eché una mirada desolada en torno a mi apartamento, a las pocas ropas que quedaban en él, las radios, las pertenencias de un colonialista norteamericano en su hora final.

Los guardas vietnamitas y chinos «Nung» de la puerta de en-

trada me saludaron y descorrieron los cerrojos para dejarme salir al pálido amanecer. Los Nungs habían sido empleados desde mucho tiempo atrás como personal de seguridad de las residencias de funcionarios de la CIA y estaban considerados como anticomunistas «fiables», porque muchos de ellos eran refugiados de Vietnam del Norte y Laos. A todos los que me saludaron aquella mañana se les había prometido una plaza en un vuelo de evacuación, y esperaban que llegara su turno. Uno de ellos, el marido de mi criada vietnamita, me ayudó a cargar mi equipo bélico en el maletero de mi Ford Pinto. Me saludó de nuevo y me abrió la portezuela «Acuérdese de nosotros», me murmuró; era una de las pocas frases que sabía pronunciar en inglés. Fue la última vez que le vi. Como a los demás, lo dejamos atrás.

Entre el humo y la niebla, vio a un pequeño avión recibir un impacto directo y desintegrarse en el aire como un meteoro en llamas.

Mi apartamento estaba a tan sólo tres minutos en coche de la Embajada, pero mientras me deslizaba por las calles vacías me pareció que no iba a llegar nunca. Cuando por fin llegué a la parte trasera del complejo de recreo, un marine de guardia en uniforme de campaña me señaló una plaza de aparcamiento en la calle. Yo cargué con toda la parte de mi equipaje que pude, y caminé tambaleante hasta la puerta trasera. Otro marine la entreabrió apenas lo justo para que yo pudiera pasar

Polgar aún no había llegado a su despacho cuando yo desembarqué en la sala de operaciones del sexto piso de la Embajada. El funcionario de guardia me tendió un montón de telegramas y mensajes radiados, incluidas las últimas afirmaciones de la propaganda de Hanoi, y una copia del boletín de comunicaciones de Washington. Me senté a mi mesa y garabateé un par de comentarios para Washington. Los datos que obraban en nuestro poder, concluía, dejaban pocas dudas sobre las intenciones de Hanoi de apoderarse de Saigón; la propaganda parecía cerrar definitivamente la puerta a todo tipo de arreglo. Aquellos fueron los últimos análisis regulares, políticos, militares o de cualquier tipo, remitidos por alguna persona desde la Embajada norteamericana en Saigón.

Harto de hacer de espectador, Ken Moorefield dejó la azotea de su edificio de apartamentos hacia las 5.45 de la mañana y llamó al garaje pidiendo un coche. Quería volver al centro de evacuación de Tan Son Nhut. «El viaje hasta allí fue bastante fácil», recordaba más tarde. «Pero cuando llegamos a la puerta de entrada, los guardas no nos dejaron pasar. Quizá pensaron que éramos periodistas, o estaban demasiado nerviosos para pensar con lucidez.»

ABAJO: *Los vuelos de ala fija para evacuar a personas políticamente comprometidas continuaron hasta que el aeropuerto de Tan Son Nhut fue atacado directamente.*

REX FEATURES

CAPÍTULO 3 LA CUENTA ATRÁS...

«Cuando nos disponíamos a dar la vuelta, dos cohetes cayeron apenas a un par de cientos de metros y todos nosotros nos precipitamos a la zanja de una acequia. Para cuando salimos de allí, los guardas estaban tan conmocionados que les importaba un comino lo que hiciéramos.»

A las 6.00 de la mañana, empezaron a llegar a la Embajada los altos funcionarios convocados. Polgar había llegado pocos minutos ante y se encontraba ya en el despacho del embajador, informándole de las últimas noticias de Tan Son Nuth. Tal vez era hora de considerar una evacuación con helicópteros, sugirió. «A fin de cuentas, talaremos ese árbol del patio.» El embajador no se molestó en contradecirle. El puente aéreo con los C-130 seguía siendo lo más práctico, insistió.

Poco antes de las siete, se presentó un oficial de marines que venía de las pistas con un informe de última hora sobre el estado de las mismas. Las cosas estaban mal ahí fuera, dijo. Muy mal. Había aviones vietnamitas esparcidos por todas partes, como pájaros lisiados. Depósitos de combustible inutilizados, bombas de fuel y otros accesorios estorbaban el paso, y un reactor F-5, con el motor todavía en marcha, estaba abandonado en la pista de rodaje, justamente frente a la rampa de embarque. Smith sacudía la cabeza mientras escuchaba. No podía imaginar cómo iban a aterrizar los C-130 en medio de ese caos. Después de oír el informe del oficial, llamó al almirante Noel Gayler a Honolulu. La siguiente tanda de transportes, le dijo, debería viajar con una escolta de cazas.

A unos cientos de metros de distancia del cuartel general de Smith, Moorefield acababa de entrar en el centro de proceso de la DAO. «El lugar era un manicomio», recuerda. «El caos en toda su extensión. Sin seguridad, sin controles, sin nada. Había un capitán de marines —Woods se llamaba— en el centro de operaciones, que se suponía que ayudaba en la evacuación. Decidí ir a verle y pedirle algunos marines extra para poner en orden el anexo. Pero cuando le vi, me di cuenta de que no estaba en situación de proporcionar ninguna clase de ayuda. Por Dios, necesitaba él mismo toda la que pudiera reunir. Se le había pedido que preparara algunos convoyes, pero ni siquiera sabía cuáles eran los puntos de reunión designados en la ciudad. Yo sí lo sabía, por supuesto. Así que me ofrecí a echarle una mano.»

Moorefield nunca había conducido un autobús en su vida.

ABAJO: *Los refugiados obstruían las calles, pero no había sitio adonde ir. Incluso muchos de los que corrían peligro de muerte si caían prisioneros de los comunistas, fueron dejados atrás.*

Pero cuando el capitán Woods y él entraron en el garaje de la DAOP, supo de inmediato que su inexperiencia iba a ser la menor de sus preocupaciones. Pese a la alerta dada por Smith la noche anterior, ninguno de la docena de autobuses estacionados allí tenía lleno el depósito de combustible. Los surtidores de gasolina estaban cerrados con llave y cerrojo, y los conductores y operarios vietnamitas habían huido. Y lo que era aún peor, Woods y él parecían estar colocados en el punto de mira de la artillería enemiga. «Empezaron a estallar cohetes a nuestro alrededor», recordaba Moorefield, «uno de ellos a no más de 40 metros. El Vietcong nos tenía obviamente ahorquillados, y recuerdo que mientras corría a buscar refugio entre la hierba alta, pensé: 'No habrá evacuación hoy. Nos volarán a todos ' En el polvo, a mi lado, había un vietnamita tembloroso. Le cogí del hombro y le pregunté si sabía conducir. Estaba tan asustado que no se le ocurrió ninguna excusa y me contestó: 'Sí.' Yo le puse en pie, le metí en uno de los autobuses, y le dije: '¡De acuerdo, demuéstralo!' Woods encontró a algunos otros, e hizo lo mismo. Nosotros subimos a un jeep y a un coche militar y salimos para Saigón, con cuatro o cinco autobuses detrás nuestro.»

En el centro de proceso de la DAO. Don Hays tenía a un niño vietnamita berreando en un brazo y dos maletas bajo el otro, y buscaba desesperado a sus propietarios entre la muchedumbre Entre el humo y la niebla que cubrían el aeródromo, vio a un pequeño avión recibir un impacto directo y desintegrarse como un meteoro en llamas. Momentos después, un coronel de las Fuerzas Aéreas norteamericanas se dirigió hacia él entre la multitud. «Hemos recibido órdenes», aulló a Hays. «Todos los norteamericanos deben salir inmediatamente de la zona y reagruparse en las pistas para helicópteros del área del cuartel general principal.»

Los policías de los controles no tenían escrúpulos en disparar algunos tiros al aire tan sólo para mantenerte despierto.

«No se puede hacer eso», exclamó Hays, soltando las maletas. «Debe de haber unos 3.000 vietnamitas aquí. No podemos abandonarlos.» El coronel le miró fijamente. «¡No recibo órdenes de inferiores!», rugió. «¡Muévase!»

En las circunstancias más favorables, el recorrido desde la base de Tan Son Nhut supondría un entrenamiento de 15 minutos para los «Indy 500». Pero aquella mañana, mientras Moorefield y el capitán Woods guiaban su convoy de autobuses hacia el corazón de la ciudad, los 15 minutos se alargaron hasta convertirse en una hora; toda la población parecía presa de pánico por los sucesos de las 24 horas pasadas y había ocupado la calle en un último esfuerzo frenético por salvarse cada cual a sí mismo. «Por todas partes chocaban coches y camiones», relata Moorefield. Por todas partes aparecían viejas y ciegas *mamasans* y oficiales del Ejército aterrorizados. Y los policías de los controles no tenían escrúpulos en disparar algunos tiros al aire tan sólo para mantenerte despierto.

«A medio camino de la ciudad, recibimos un mensaje de radio del centro Ops de la DAO. 'Pasen primero por la residencia del Embajador.' Woods casi se fue contra un árbol al oír eso. No había sido invitado a ninguna recepción en casa del embajador, y ni siquiera sabía dónde estaba. Yo sí lo sabía, por supuesto, y le dije que podríamos llegarnos hasta allí sin dificultad. Pronto descubrimos la razón del rodeo: era para recoger a la servidumbre del embajador y a sus familias.

»El embajador no estaba allí. La señora Martin tal vez estuviera en alguna parte dentro de la casa, pero no la vi. Uno de los dos guardas de seguridad nos dijo que debíamos llevar a los camareros y a las sirvientas a los muelles

»'¡Los muelles!', grité. 'No sé de lo que me está hablando.' 'Ya sabe, las barcazas,' dijo. Bueno, eso me sacó de mis casillas. A Woods también. No teníamos la menor idea de qué eran esas barcazas, ni dónde estaban. Lo único que sabíamos es que se nos decía que debíamos dar otro rodeo y retrasar aún más la cita con los pasajeros de los autobuses.

»Decidí llamar a la Embajada para aclarar las cosas Se puso al teléfono Jim Devine (el 'vicecoordinador de la evacuación'). 'Mire, el capitán y yo estamos a oscuras,' le dije. '¿Qué es lo que pasa?' Devine parecía muy incómodo. 'Tiene una orden directa del Embajador,' contestó. 'No la cuestione.' ¡Ni siquiera me dijo dónde estaban las barcazas! Felizmente, los guardas de seguridad sabían algunos detalles.

»Salí al exterior a discutir la táctica con Woods. Acordamos colocar a todos los vietnamitas en dos autobuses y enviarlos a los muelles con uno de los tipos de seguridad Nosotros seguiríamos nuestro camino con los otros dos.

»Cuando todo estuvo dispuesto, volví a la residencia para ver si quedaba alguien. Encontré al camarero número uno de Martin, el señor Chinh. '¿No se marcha?' le pregunté. 'Tal vez mañana,' me contestó. 'No va a haber ningún mañana,' le dije. Pero vi que no me entendía. Así que le estreché la mano y le deseé buena suerte. Luego me fui.»

De vuelta en la sala de operaciones, Erich Von Marbod se sentó a una mesa de un rincón apartado, sorbiendo su café. Ataviado con un uniforme de vuelo caqui y con una ametralladora K de fabricación sueca colgando del hombro, más parecía un guerrillero curtido que un ayudante del secretario de Defensa. Martin, inmaculadamente vestido, le echó una ojeada despectiva y pasó de largo. Pero cuando ya llegaba a la puerta, se volvió y retrocedió, con una repentina sonrisa en su rostro. «Bien, Erich, ¿cómo estás esta mañana?», le preguntó obsequioso, y palmeó el hombro de Von Marbod. «Me pregunto si podrás hacerme un favor. Se trata de mi mujer, Dottie. ¿Podrías organizar un vuelo para que salga del país? Tienes amigos en el cuartel general de las Fuerzas Aéreas en Thailandia. ¿Crees que podrás conseguir que envíen un avión especial para ella?»

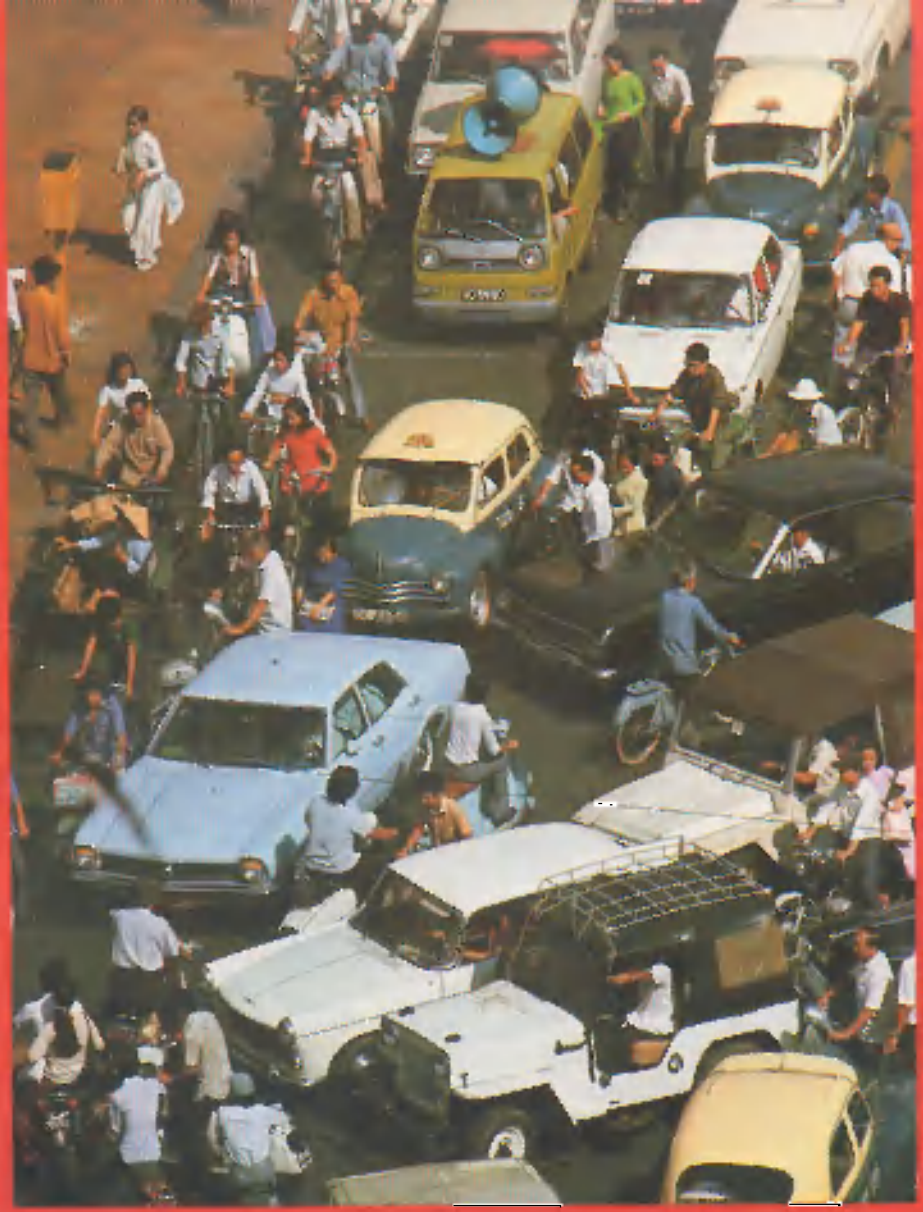
Von Marbod le miró con incredulidad. «¡Maldita sea, Graham!» estalló. «¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo? Nos estamos tragando un montón de mierda, en el aeródromo. No es momento para una operación de ala fija. Cualquier avión que sobreviva los primeros 10 minutos en esas pistas será asaltado por los vietnamitas en los 10 siguientes. La única manera de sacar a alguien de aquí es en helicóptero.»

Los ojos cansados que le miraban se volvieron fríos. «Acabo de decirle al presidente que iremos en ala fija», contestó Martin en tono ligero, y se dio la vuelta para marcharse.

Von Marbod le sujetó por la manga. «¿Por qué no vienes conmigo al aeródromo y lo compruebas tú mismo?» Martin sacudió la cabeza e intentó soltarse. En ese instante, una tremenda explosión hizo retemblar el edificio. Von Marbod sintió el escalofrío que recorría el brazo del embajador «¿Todavía quieres ir en ala fija?», le preguntó.

Minutos más tarde, American Service Radio emitía una antigua balada familiar *Navidades blancas*.

ARRIBA: *Se envió un destacamento extra de marines norteamericanos para reforzar el control de las multitudes en la Embajada.* DERECHA: *Llegó un momento en que el tráfico de las calles de Saigón quedó colapsado.*



Capítulo 4

CAE EL TELON

CAPÍTULO 4 CAE EL TELÓN

LA MAÑANA (Cont.)

Cuando Lowman hubo acabado de poner al corriente al último candidato de su lista, colgó el teléfono y se vistió con una americana ligera a cuadros. Había elegido cuidadosamente su guardarropa esa mañana. Si iba vestido como un diplomático, se había dicho a sí mismo, los vietnamitas le tratarían como a tal. Luego bajó las escaleras y salió al patio de la Embajada, se deslizó por la puerta lateral, y subió a su baqueteado automóvil mientras cientos de vietnamitas se apretujaban a su alrededor. Presionando a la multitud y tocando insistentemente la bocina, condujo hasta una villa situada a corta distancia en la que le habían ordenado recoger a un grupo de VIPs.

Aproximadamente a la misma hora, uno de sus colegas emprendía una misión similar. Después de alertar a los vietnamitas de su lista, Lacy Wright tomó prestado el Toyota de Eva Kim y se puso en marcha, en medio del tráfico, hasta la villa designada como punto de reunión de los amigos de los funcionarios del Foreign Service. Allí recogió a los vietnamitas que le habían estado ayudando. Luego regresó con ellos a la Embajada. Al llegar frente a ella vio que había habido un choque ante la puerta principal, y él y sus acompañantes se vieron obligados a dar la vuelta por la parte posterior, y entrar por el complejo de recreo.

Cuando se abrían paso a codazos entre la multitud apiñada en torno a la piscina, tres oficiales de la Misión Warden y varios marines les adelantaron llevando al hombro grandes sacas. Wright supo más tarde que las sacas contenían más de 2 millones de dólares, de los fondos de emergencia de la Embajada. El embajador acababa de ordenar que se destruyera ese dinero.

> Incontables manos se aferraban a la verja de la entrada principal, y centenares de vietnamitas pedían que se les dejara pasar.

Los marines arrojaron el dinero en unos tambores metálicos situados al final del complejo, los rociaron de gasolina y prendieron fuego. Pero cuando ya asomaban las llamas sobre el primer contenedor, apareció Harry Boudreau, el consejero administrativo, corriendo en medio de la multitud. «¡Alto! ¡Alto!», gritaba. El embajador había cambiado de idea. Quería guardar el dinero un poco más de tiempo, por si aún era posible un arreglo en el último minuto. Los marines colocaron la tapadera sobre la masa en llamas, intentado sofocar el fuego.

Parte del dinero se pudo rescatar, tiznado y parcialmente quemado. Horas más tarde, cuando llegaban los primeros helicópteros, el patín de uno de ellos rasgó varias de las sacas que se habían depositado en un rincón del patio de aparcamiento, dispersando a los cuatro vientos buena parte del dinero salvado. Un funcionario de la Embajada consiguió hacerse con al menos 80 000 dólares. Su novia vietnamita escondió el inesperado regalo bajo su vestido y lo disimuló en uno de los helicópteros. Una vez a bordo de la flota de evacuación, él fue detenido por contrabando, pero ella desapareció. Cientos de billetes de 20 dólares algo deteriorados empezaron a circular en los puntos de concentración de refugiados de Guam y las islas Wake.

A media mañana, el convoy de autobuses de Mooerfield llegó finalmente de vuelta a la DAO para descargar allí los primeros pasajeros. «Cuando llegábamos frente al edificio de Correos, empezaron a llover los cohetes sobre nosotros como si fuera el 4 de julio», contaba. «Como era de esperar, nuestros pasajeros se desmandaron, y todos empezaron de repente a gritar, a esconderse bajo los asientos y a pedir llorando que los sacaran de los autobuses. Otro norteamericano y yo los sacamos de allí tan aprisa como pudimos y los metimos en la oficina de Correos. Había algunos que no podían caminar —niños y ancianas—, de modo que los llevamos en brazos, tirando continuamente a un lado el equipaje excesivo. Y los malditos fotógrafos de prensa que estaban con nosotros, todavía aumentaban el barullo con todo el equipo que llevaban a cuestas. '¡Dejadlo!', les gritaba. '¡Por el amor de Dios, soltadlo ya!' Pero ni uno solo de ellos quiso separarse de sus preciosos trípodes y bolsas .. ni mover un dedo para ayudar a los vietnamitas.»

Yo continuaba barajando papeles, intentando dar sentido a la poca información válida que nos llegaba. Cada vez que deslizaban un despacho en mi cubeta, lo examinaba rápidamente, memorizaba su contenido, y luego lo echaba a un «cesto para quemar» destinado a los incineradores. Todos los datos que nos llegaban me llevaban a la misma conclusión: los comunistas pretendían capturar la ciudad en el menor tiempo posible.

También empecé a destruir los últimos mapas de situación y archivos secretos que me quedaban. Aunque formaban parte del núcleo de trabajo de la estación, no deseaba encontrarme ante un ejército victorioso de Vietnam del Norte ni tan siquiera con un solo borrador con datos reveladores.

Fuera, en el complejo de la Embajada, los marines de guardia caminaban ahora nerviosamente a lo largo de los muros. Incontables manos se aferraban a la verja de la entrada principal, y centenares de vietnamitas pedían que se les dejara pasar. En el interior, varios de sus compatriotas más afortunados, muchos de ellos cocineros y chóferes que habían aparecido al alba con sus patrones de la Embajada, estaban pacientemente sentados a un extremo del patio de aparcamiento, esperando que algún autobús los llevara a Tan Son Nhut. En el área de recreo, cerca de 1.000 vietnamitas más daban vueltas sin ningún objetivo especial. Algunos habían roto de forma ostensible y con total tranquilidad el escaparate de la tienda de comestibles, y estaban saqueando los estantes. Varios de mis colegas de la CIA se unieron a ellos, y pronto aparecieron en el despacho de Polgar cargados con los quesos y las botellas de vino que habían conseguido «liberar» de las masas.

Entre los altos funcionarios de la Embajada, Polgar era uno de los pocos que había quedado «marcado» por Vietnam durante su mandato, y había desarrollado lazos de tipo personal con vietnamitas de clase alta y baja, que iban más allá de lo requerido por su profesión. Un grupo de vietnamitas en particular reclamaba su atención: 30 viejos amigos y conocidos a los que había prometido ayudar días atrás. Era un grupo extraño y heterogéneo, políticos, policías o simplemente viejos contactos sociales.

Les había llamado la noche antes, y les instruyó para que se reunieran en su residencia a las 11 en punto de la mañana. Pero ahora, cuando se acercaba ya la hora de la cita y se preparaba para salir a recogerlos, de repente se encontró bloqueado.

Las barreras de la puerta lateral se bajaron justo en el momento en que el chófer de Polgar acercaba su limusina a la parte trasera de la Embajada. Todo sucedió muy deprisa: en la calle,

alguien había lanzado una granada de mano, y entonces, sin un momento de vacilación, los marines de la puerta echaron los cerrojos y detuvieron todo el tráfico de entrada y de salida. Cuando Polgar vio lo que ocurría, corrió hacia un cabo de marines y le pidió que le dejara salir. Pero el cabo le dijo que no. «¡Y me importa un pimiento quién es usted!» Y allí estaba Polgar, atrapado en la Embajada en el preciso momento en que sus protegidos vietnamitas se reunían en su villa, a 10 manzanas de distancia.

«¿Qué puedo hacer?», se dijo una y otra vez, mientras paseaba nerviosamente por la antesala. «Prometí a esos vietnamitas que los recogería en mi casa. No puedo dejarlos buenamente ahí.» Pittman le pasó un brazo por el hombro y empezó a enumerar alternativas. «¿Tal vez podamos enviar un helicóptero a recogerlos?», sugirió. «No puede ser», le interrumpí. «La oficina de la Misión Warden informa que hay asaltos indiscriminados en el barrio. Ningún helicóptero ni autobús puede ir allí ahora.»

Recordé entonces el Círculo 6 Chien Si, mi propia residencia, que no estaba demasiado lejos de la de Polgar, y propuse que se trasladara allí el punto de recogida. La azotea permitía el aterrizaje de helicópteros; parecía una alternativa tan razonable como cualquier otra. Polgar estuvo de acuerdo «Bien, bien. Mandaré a Ut para que los lleve allí. Puede pasar a recogerlos un helicóptero. Bien, bien.»

> Desafiando a la muchedumbre y al tráfico, Johnson regresó de nuevo a la ciudad, con su cortejo disperso detrás de él.

Un poco más tarde, Ut, el chófer vietnamita de Polgar, se deslizó fuera de la Embajada con una radio portátil en su bolsillo trasero. Desde ese momento, la preocupación dominante de Polgar fueron sus 30 vietnamitas.

«T. D. Latz» no quería jugar un papel de héroe. Era un antiguo piloto de U-2 con el deje gangoso de Arkansas, caminaba

ABAJO: *Los últimos habitantes han huido de la ciudad de Tran Bang, 35 kilómetros al noroeste de Saigón, al quedar bajo el fuego directo del NVA. A los muertos se los deja pudrirse en las calles.*

cojeando, era tuerto y su desordenada barba gris tenía todo el aspecto de un cepillo para zapatos no muy limpio. Pero como oficial al cargo de Air America en la Embajada, conocía las limitaciones y las posibilidades de los helicópteros disponibles de Air America como ninguno de nosotros, y era el hombre que Polgar necesitaba en ese momento.

Polgar llamó a Latz por radio. El viejo aviador estaba en ese momento sobrevolando la ciudad en un Huey de Air America, guiando al piloto hasta un puñado de norteamericanos asustados que le esperaban en una de las pistas de aterrizaje improvisadas en las azoteas. Al cabo de 20 minutos su helicóptero se posaba en la azotea de la Embajada y Latz entraba cojeando en la antesala de Polgar. Polgar le cogió del brazo. «Mira», le dijo. «Quiero que vayas al Círculo 6 Chien Si y recojas allí a 30 de mis hombres.»

«De acuerdo, señor Polgar», replicó Latz de inmediato, «pero tendré que llevarme un arma para más seguridad »

Veinte minutos más tarde T. D. Latz volvía a subir a su helicóptero y despegaba hacia el Círculo 6 Chien Si, a esperar allí a Ut y su banda

Poco después, al entrar en la sala de recepción de Polgar, vi a un visitante indeseado arrellanado en uno de los sofás. Vestido con una camisa sudada y pantalones, el coronel Toth parecía cualquier cosa en lugar del oficial militar húngaro de alta graduación que era en realidad

«¡Qué diablos está haciendo aquí!», susurré a una de las secretarias cuando Toth se levantó y entró en el despacho de Polgar. Sin duda era la primera vez que un comunista de su rango y posición había sido admitido en el más recóndito de todos los sancta sactorum de Polgar. «Está intentando convencer al Viejo de que evacue a los miembros de los equipos húngaro y polaco a Tan Son Nhut», me contestó secamente la secretaria. «Los están bombardeando desde el amanecer.»

Toth se derrumbó en un sillón. Los funcionarios de la CIA corrían arriba y abajo, citando al descuido nombres y claves de agentes, sin que ninguno de ellos se diera cuenta de que el civil del rincón era un agente comunista.

Durante el viaje a Tan Son Nhut, Toth se disculpó ante Johnson. «Lo siento», dijo, pasando del alemán al inglés y volviendo luego al primero. «No funcionó. Sencillamente no funcionó en absoluto.» Johnson nunca estuvo del todo seguro de a qué se estaba refiriendo, porque si la misión de Toth había sido engañar a los norteamericanos haciéndoles creer que era posible un acuerdo negociado, la cosa había funcionado a la perfección.

Cuando el convoy se detuvo en el aparcamiento de autobuses de la ICCS en Tan Son Nhut, Johnson tuvo algunas dificultades para recoger a sus «evacuados». Un cohete acababa de destruir dos de los barracones prefabricados; varios polacos estaban conmocionados, y el resto se habían escondido. Los húngaros, mientras tanto, trasegaban nerviosamente botellas de *barack*. En el momento en que Johnson hubo conseguido colocarlos a todos en sus 20 autocares y jeeps, eran pocos los que no estaban mareados.

Desafiando a la muchedumbre y al tráfico, Johnson regresó de nuevo a la ciudad, con su cortejo disperso detrás de él. Un joven policía vietnamita que estaba desde hacía tiempo en la nómina de la estación y había arriesgado a menudo la vida por sus patronos, abrió paso al convoy a lo largo de todos los controles del ejército instalados por el camino, explicando a los nerviosos soldados que los miembros del ICCS acudían a Palacio «para negociar un alto el fuego» En una o dos ocasiones la mentira no dio resultado, y entonces Johnson se limitó a enseñar su automática y a tener encañonados a los soldados hasta que perdía de vista la barrera.

Finalmente, el hombre de la CIA se separó del convoy y regresó a la Embajada. Los polacos y húngaros continuaron su camino hacia el hotel Majestic, para comer, beber y alborotar allí hasta que entraran las fuerzas de ejército de Vietnam del Norte al día siguiente

Meses más tarde, el gobierno húngaro premió con una mención especial la «conducta heroica» de Johnson por sus esfuerzos para proteger a los miembros del equipo de la ICCS en aquella mañana final. Seguramente fue la primera ocasión en que Budapest alabó a un agente de la CIA por librar a un festejo confiado de un ataque artillero comunista.

> Las hordas de vietnamitas del exterior enloquecieron, y muchos se lanzaron contra la verja.

Para muchos de los que le rodeaban, Graham Martin tenía el aspecto de un muerto viviente. La neumonía y la fuerte dosis de antibióticos recetada por el doctor pasaban ahora factura. Tenía el rostro fofo, pálido, y le costaba trabajo incluso mantenerse en pie. Y ahora que Washington había ordenado la Opción IV, parte de su antiguo fuego, de su espíritu de lucha, parecía haberle abandonado. A todos los efectos prácticos, eran ahora los militares y Gayler quienes dirigían las operaciones. Al propio Martin tan sólo le quedaba una prerrogativa: asegurarse de que se evacuara a tantos vietnamitas como fuera posible

Pero incluso para cumplir con ese cometido debería esperar más o menos una hora, hasta la llegada de la primera ola de helicópteros de la flota En aquel momento Martin era un hombre libre, sin responsabilidades, tal vez por primera vez desde que fue destinado a Saigón. Decidió aprovechar el respiro para atender a un asunto personal. Regresó a su villa para recoger a su esposa.

Su cohorte de seguridad de marines vestidos de paisano protestó acaloradamente. Ellos irían a buscar a la señora Martin, dijeron No había necesidad de que él se expusiera personalmente al caos que había en el exterior. Pero Martin dijo que no. Era el embajador, y no un prisionero.

Cuando su limusina empezó a rodar por el patio del aparcamiento, las hordas de vietnamitas del exterior enloquecieron, y muchos se lanzaban contra la verja «No importa», dijo Martin al ser informado. Haría el recorrido a pie. Antes de que su jefe de seguridad pudiera recuperarse de la sorpresa, Martin hizo una seña a tres de sus guardaespaldas y se dirigió al ascensor Con su escolta rodeándole, salió de la Embajada a través del complejo de recreo y recorrió a pie las cuatro manzanas que le separaban de su residencia. Su camarero, el señor Chinh, le saludó en la puerta. La señora Martin estaba ya dispuesta. Martin pidió al criado que le preparara un maletín de viaje.

Mientras paseaba por la casa, Martin vio uno de sus objetos antiguos, una pagoda china en miniatura. La cogió y se la metió en el bolsillo. Luego tomó del brazo a su esposa y juntos salieron a la calle. Los guardaespaldas se situaron a su alrededor mientras el señor Chinh seguía atareado preparando el maletín de viaje. Estuvieron de vuelta en la Embajada en menos de cinco minutos.

No mucho tiempo después, un funcionario de la estación me tendió un informe de nuestros espías transmitido momentos antes. Anunciaba que la artillería de Vietnam del Norte se disponía a disparar 200 proyectiles de 130 mm contra el palacio presidencial exactamente a las 6 00 de la tarde, hora de Saigón; es decir, poco más de seis horas más tarde. El texto me dejó sin aliento, incapaz de creer lo que leía. Doscientos impactos de 130 mm no sólo reducirían el palacio a un agujero de grandes dimensiones en el suelo, sino que también destruirían las embajadas norteamericana y francesa. Corrí al vestíbulo en busca de Polgar y agité el mensaje delante de sus narices. Lo miró un momento, y los ojos se le salieron de las órbitas. «¡Al embajador!», me gritó con voz ronca. «¡Deprisa!»

Bajé a saltos la escalinata principal y corrí a la suite del embajador. Martin estaba en el área de recepción Mientras leía el documento, yo jadeaba todavía. Su expresión no cambió Se encogió de hombros, y me devolvió el papel sin decir palabra.

De vuelta en el sexto piso, conté sin aliento a Polgar lo que había sucedido. «Llama a Timmes», me dijo. «Debe hablar con 'Big' Minh para que convenza a los comunistas de que no sigan adelante con ese bombardeo.» Minutos más tarde se presentaba Timmes. Conversó brevemente con Polgar. y luego cogió el teléfono y empezó a marcar.

Casi simultáneamente, el embajador Martin recibió una llamada urgente de Kissinger Se había presentado la «opción más desagradable», dijo el embajador Todos los norteamericanos debían salir de Saigón aquella noche. Evidentemente, el informe del bombardeo o alguna otra información del mismo tipo había hecho volver a Washington a la realidad, y les había convencido de que no podía mantenerse por más tiempo la presencia norteamericana en Vietnam.

Hacia el mediodía, los vietnamitas habían saqueado las existencias del bar del complejo de recreo, y se emborrachaban con Pinot Chardonnay en el aparcamiento Dentro del complejo de la Embajada, los marines aserraban el gran árbol situado en medio del patio

En el complejo de la DAO, otra personalidad del Ejército vietnamita efectuaba una última visita al general Smith. Se presentó ante el norteamericano enfundado en un uniforme recién planchado, con las medallas de sus campañas reluciendo sobre el pecho. Luego el general Pham Van Phu, el hombre que había rendido sin lucha la región de las montañas y luego había abandonado a las tropas a su mando a la destrucción, ejecutó un lento saludo formal, giró sobre los talones y salió. Había pedido al general Smith que evacuara a algunos miembros de su familia. No pidió nada para sí mismo. Poco después, Phu se disparó un tiro en la sien.

En la suite del embajador, el jefe de la USIA, Alan Carter, hablaba por teléfono con el oficial de la USAID Mel Chatman. «Tenemos el complejo de la USIA lleno de vietnamitas», decía Carter. «¿Cómo podemos trasladarlos?»

«¿Hay norteamericanos entre ellos?», preguntó Chatman.

«Ninguno», contestó Carter.

Chatman vaciló. «Bueno, intentaremos llevar para allá algunos autobuses en cuanto podamos..»

Pittman pasó por allí unos minutos más tarde y mencionó a alguien que ya se estaban cargando las barcazas. «¡Las barcazas!», exclamó Carter. «¿Qué barcazas?». Era la primera vez que oía hablar de ellas. Uno de los ayudantes del embajador le puso al corriente, añadiendo que deberían zarpar a lo más tardar a las 3.00 de la tarde.

ARRIBA: *Fueron muchos los norteamericanos que intentaron sacar a sus amigos vietnamitas, pero la caótica evacuación se dejó a miles atrás*

Carter llamó por teléfono de inmediato a su propio complejo y preguntó al empleado vietnamita que se puso al aparato si habían llegado ya los autobuses. El vietnamita estaba llorando. «Acaban de llegar», dijo, «pero los han asaltado. Ninguno de los empleados de la USIA puede siquiera acercarse a ellos.»

Carter volvió a llamar a las oficinas de la Misión Warden, pero le dijeron que no había más autobuses disponibles. Él y su equipo discutieron entonces las posibles alternativas. Podían enviar a sus empleados a los muelles sin escolta, pero el grupo podría tener cortado el acceso a las puertas del muelle de la Armada. Además, la gente de la USIA no conseguiría llegar a tiempo, a pie y atravesando la ciudad. Finalmente. Carter decidió enviar el grupo a su propia residencia, a pocas manzanas de la Embajada. Un convoy de autobuses podría sin duda cubrir esa distancia.

Pero cuando Carter llamó de nuevo a Chatman y le expuso la idea, recibió la misma respuesta: «No hay autobuses disponibles »

Durante la mayor parte de la mañana, Larry Downs y sus colegas de la CIA en Can Tho habían estado preparando una helievacuación provisional desde un arrozal situado junto a la población. Cada pocos minutos, un helicóptero de Air America acudiría allí desde la flota, embarcaría un nuevo lote de empleados locales, y los llevaría a los barcos o bien a Phu Quoc,

ARRIBA: *Los periodistas y los cámaras de TV iniciaron la marcha, pero las dos grandes agencias norteamericanas, AP y UPI, se quedaron para cubrir la noticia de la toma de la ciudad por los comunistas.*

como el cónsul MacNamara había autorizado el día anterior. Algunos pilotos, sin embargo, se quejaban. Podían oír por sus radios los mensajes de Saigón, y estaban deseando participar en la fiesta.

Poco después de que se ordenara la Opción IV, Johnson llamó al consulado desde Saigón, y dijo a MacNamara que pusiera en marcha su plan de evacuación río abajo, e insistió en que todos los helicópteros debían dirigirse de inmediato a la capital.

Apenas colgó el teléfono, MacNamara empezó a repartir órdenes: la helievacuación de Downs quedaba anulada. Todo el mundo debía reunirse en los muelles del río Bassac en el plazo de una hora. Dos botes «mike» a motor, cada uno con una capacidad para 300 pasajeros, los esperarían para sacarlos de allí. Los que no cupieran podrían acomodarse en una vieja barcaza arrocera y en las cinco balleneras Boston de la CIA.

Tom Franklin, el segundo de Downs, hiza una sugerencia: «¿Qué tal si evacuaban a algunas mujeres y niños vietnamitas en un último viaje de los helicópteros?» MacNamara negó con la cabeza. «Todo el mundo debe ir en los botes», insistió.

Franklin y Downs avisaron en seguida a los otros cinco miembros de su equipo. Todos ellos, excepto el oficial de comunicaciones, debían dirigirse inmediatamente al complejo logístico. El hombre de la radio se reuniría con ellos después de inutilizar el equipo de comunicaciones del consulado.

Mientras Tom Franklin conducía su jeep en medio de la barahúnda de autobuses y bicicletas del centro de Can Tho, conectó su radio portátil y llamó a uno de los helicópteros. «No vengáis», dijo el hombre de la CIA «Saldremos de aquí según el plan previo. Volved al barco.» El oficial que estaba al extremo de la línea dio el enterado con un conciso «Roger». Pero pocos minutos más tarde, Franklin oyó que ese mismo oficial, hablando con el responsable de control de la flota, le anunciaba que el helicóptero debería tomar tierra de todos modos en Can Tho, para repostar. Franklin llamó por radio a Downs y le avisó para que incluyera en el viaje de vuelta a algunos pasajeros. Al menos la secretaria y un par de los funcionarios más antiguos pudieron ahorrarse un viaje en la *Reina de África* de MacNamara.

En el momento en que el cónsul general llegó a los muelles, se encontraban ya allí más de 200 vietnamitas y la mayoría de sus 18 miembros del *staff* del consulado. Aunque no había aparecido nadie del contingente de la CIA, decidió empezar el embarque: «No hay tiempo que perder», dijo gruñendo a uno de sus subordinados.

Pero cuando los pasajeros empezaron a formar colas en el muelle, MacNamara descubrió que Downs y sus hombres no eran los únicos que brillaban por su ausencia. Los pilotos viet-

namitas que había contratado para conducir el convoy río abajo del Bassac no aparecían por ninguna parte. Algunos norteamericanos empezaron a manipular las llaves del combustible y los botones, intentando averiguar cómo se ponían en marcha los botes. «Nos limitamos a rezar y a pulsar el botón de arranque», recordaba uno de los funcionarios más jóvenes del consulado. «Por suerte, el maldito cacharro arrancó.»

Era casi mediodía cuando subió a bordo el último de los evacuados. MacNamara seguía sin saber nada de Downs y el resto de los hombres de la CIA, pero pensaba que no podía esperar más Sin duda los encontraría esperándolos río abajo en las balleneras, como las llamaba su plan de evacuación. En cualquier caso, ya era hora de zarpar. Cuando la flotilla se situaba en el centro del canal, Tom Franklin consiguió comunicar con MacNamara por radio. Apenas podía creer lo que le dijo el cónsul general. ¡los botes ya habían emprendido el viaje! «¡Al menos podía haber esperado a averiguar si estábamos a salvo!», señalaba más tarde Franklin con amargura.

La partida de MacNamara dejó a los hombres de la CIA librados a sus propios recursos. Franklin solicitó de inmediato la reanudación de la helievacuación y pidió algunos helicópteros más para cargar a los últimos empleados vietnamitas de la base.

Mientras tanto, el helicóptero que había descendido a repostar tenía problemas. Cuando estaba suspendido sobre la terminal de Air America, varios desertores salieron de detrás de un hangar y lo alejaron a tiro limpio de los surtidores de gasolina.

El piloto recordó que había un surtidor auxiliar en un almacén próximo, y se dirigió allí. Después de repostar, recogió a Downs, Franklin y algunos otros en el complejo logístico, y se dirigió a la costa.

Cuando el helicóptero sobrevolaba el río, Franklin divisó los botes «mike» de MacNamara en medio de la corriente. Llamó por radio para preguntar si necesitaban ayuda. MacNamara le aseguró que todo estaba bajo control.

Pero había hablado demasiado pronto. Al cabo de unos minutos, varias patrulleras vietnamitas se abatieron sobre su desvencijada flota como aves de presa, con sus ametralladoras disparando ráfagas de aviso que cortaban el agua a babor y estribor.

Él comandante de la primera lancha, el comodoro Thang de Can Tho, ordenó a MacNamara que se aproximara y le permitiera subir a bordo

Thang se abrió paso a través de los asustados pasajeros y se plantó frente al cónsul general. El comandante de la MR4, general Nam, dijo, le había dado órdenes de interceptar la flotilla de evacuación para asegurarse de que no había desertores a bordo. El corazón de MacNamara dio un vuelco al oírlo, porque muchos de los evacuados que le rodeaban eran efectivamente oficiales del Ejército vestidos con ropas civiles.

Pero cuando iba a protestar, Thang echó a reír de una manera totalmente inesperada. «No se preocupe», continuó. «Ya veo que no hay personal militar aquí.» Luego estrechó la mano de MacNamara y volvió a subir a su patrullera. Cuando la pequeña fuerza naval reanudó su viaje, MacNamara se ajustó su casco y lanzó un hondo suspiro de alivio. Varios días antes, había ayudado a evacuar a varios miembros de la familia Thang a Saigón. Evidentemente, el marino había decidido pagar favor por favor no mostrándose demasiado escrupuloso al examinar al grupo de evacuados de MacNamara.

LA TARDE

Alrededor de las 12.30, Ut, el bravo chófer de Polgar, notificó por radio sus primeras andanzas desde el punto de cita de mi apartamento. Sí, *había* un helicóptero en la azotea, nos aseguró. Podía verlo. Pero ni él ni los 30 vietnamitas que le acompañaban podían pasar por la puerta principal. Más de 300 aspirantes a evacuados se agolpaban ya contra ella. Si la puerta se abría, el edificio se vería literalmente invadido.

Polgar estaba abrumado ante el aparato de radio. Parecía a punto de romper a llorar. Finalmente, se dio la vuelta y regresó a su despacho. En un cajón de su mesa guardaba una botella de coñac. La cogió y echó un trago. Varios otros funcionarios que estaban en la antesala tomaron ejemplo de él, y empezaron a surgir a la luz las reservas de scotch y de coñac que la estación guardaba como regalo para los contactos de Palacio en días más felices

Los guardas de seguridad vietnamitas se excitaron mucho, cargaron y amartillaron sus armas apuntándonos y dispararon varios tiros al aire.

A cinco kilómetros de distancia, el convoy de Ken Moorefield cruzaba la puerta principal de Tan Son Nhut, de regreso hacia la capital. «El tráfico era tan espeso como el café de Ban Me Thuot», recuerda, «y las fuerzas de seguridad desplegadas a lo largo de Cach Mang estaban decididas a mantenerlo en movimiento aunque para conseguirlo hubieran de matar a alguno de nosotros. El capitán Woods y yo intentamos detenerlos en el arcén para recoger a un grupo de pasajeros, pero un policía vietnamita corrió hacia nosotros y apoyó su carabina en mi ombligo. «¡No pueden parar! ¡No pueden parar!», empezó a gritar. Woods intentó negociar con él Yo salté fuera del jeep, corrí al primer autobús del convoy y metí dentro a todo el grupo. Luego tomé el coche de Woods y dos autobuses y pasé delante, para que no quedara detenido todo el convoy. Sólo minutos más tarde recordé que había dejado mi bolsa de mano, con 700 dólares en su interior, en el jeep Nunca volví a verla.

»La caravana dio la vuelta y se dirigió de nuevo a Tan Son Nhut. Pero cuando llegábamos ante la puerta civil, varios otros autobuses se colaron delante nuestro. Los guardas de seguridad vietnamitas, tal vez medio pelotón, se excitaron mucho, cargaron y amartillaron sus armas apuntándonos, y dispararon varios tiros al aire. Bueno, me había enfrentado a armas cargadas con anterioridad, pero nunca en tanta desventaja numérica. Hice que mis conductores recularan y empezamos a dar vueltas y vueltas en medio del tráfico, en el exterior de la puerta. Nos estábamos quedando sin gasolina. no podíamos descargar nuestros pasajeros, y no sabía qué diablos podíamos hacer a continuación.»

En el interior de Tan Son Nhut, en los cuarteles de la DAO, el general Smith oyó el barullo. Zarandeó al comandante vietnamita de la base. que se había refugiado en el edificio pocas horas antes, y le amenazó con que, a menos que encontrara la forma de que los autobuses pasaran los controles, le entregaría al Vietcong y pediría a las fuerzas aéreas que ametrallaran a las

fuerzas de seguridad del exterior. El oficial, muy nervioso y agitado, comunicó por radio con la puerta principal, y se le dijo que el jefe de policía de un distrito cercano había ordenado que se cerrara el aeropuerto hasta que los americanos prometieran evacuarle a él y a su ayudante. Smith, al oírlo, accedió de inmediato. En el momento en que las puertas se abrieron, sin embargo, el convoy de Moorefield estaba otra vez camino de Saigón.

Mientras Moorefield continuaba su peligrosa odisea, dos de sus colegas de la Embajada se embarcaban en otra diferente. Poco antes de la una de la tarde, Lacy Wright y un compañero del Departamento de Estado, Joe McBride, subieron a dos minibuses de color blanco y marcharon a Truong Minh Giang 62 a recoger a sus primeros VIPs vietnamitas.

«El lugar estaba abarrotado cuando llegamos, tal vez había 300 personas en total», contaba Wright más tarde. «Habíamos convocado a demasiada gente, de modo que hubimos de empezar a seleccionar um grupo allí mismo. Separamos a los niños y a las ancianas, les enviamos a sus casas, y redujimos las familias más numerosas a proporciones manejables.» Finalmente, después de muchos empujones y forcejeos, Wright y McBride colocaron a sus primeros pasajeros en una furgoneta y se dirigieron a los muelles de Khanh Hoi, para embarcarlos allí en las míticas barcazas

Durante la primera hora más o menos, las masas que ocupaban lo muelles se comportaron razonablemente bien Varias barcazas vietnamitas estaban ya embarcando pasaje, y la tarifa por cada plaza subía a 5.000 y hasta 10.000 dólares. Los barcos de Mel Chatman estaban anclados a corta distancia, y en cuanto Wright y McBride llegaron con su primera carga, empezó el embarque, de manera tranquila y ordenada.

Una o dos veces a lo largo dc la mañana, un Huey de Air America se había posado momentáneamente en una pista improvisada junto a la piscina de la azotea del hotel, pero hasta el momento no se había evacuado a ningún vietnamita. Como la pista no podía admitir más que a un helicóptero pequeño cada vez. Mitchell había decidido reservar esa vía de escape para sí mismo y los pocos norteamericanos que aún quedaban en el edificio. Los vietnamitas deberían ser evacuados por autobús.

«Robert Kantor», el jefe administrativo de Polgar, acababa de dejar su puesto junto a las consolas de radio de la sala de situación de la CIA cuando Mitchell nos llamó hacia la 1.30 para recordarnos que necesitaba autobuses. Kantor prometió enviarle un convoy inmediatamente.

Polgar entró poco después. «¿Nadie sabe nada de Ut?», preguntó con voz ronca por la fatiga y la preocupación. «No, Tom», contestó Kantor. «Pero en el Duc tienen problemas » Explicó entonces lo que Mitchell le había contado. Polgar le escuchó unos minutos, pero parecía distraído. Después de hacer de pasada una o dos preguntas, se encogió de hombros y salió.

Sobre la azotea del Círculo 6 Chien Si. T. D. Latz echó otra ojeada a su reloj. En la última media hora, él y su piloto habían estado esperando en vano a Ut y los 30 vietnamitas de Polgar. Ahora Latz estaba seriamente preocupado. Cada minuto desperdiciado en aquella azotea era un minuto menos que podía dedicar al rescate de americanos y vietnamitas en otros lugares de la ciudad.

Kantor dejó el micrófono y se recostó en su sillón. Una nube de humo de cigarrillo flotaba, inmóvil. sobre su cabeza Con la continua vibración de los incineradores de la azotea, el siempre caprichoso sistema de ventilación de la Embajada se había averiado definitivamente, dejando suspendido en la pesada atmósfera el último bufido nervioso de cada uno de nosotros.

Mientras Kantor intentaba dispersar el humo agitando la mano, uno de sus colegas irrumpió en la sala de situación. «¡Problema infernal abajo!», anunció con voz campanuda. El embajador había esperado hasta el último minuto a ordenar la destrucción de sus telegramas más delicados. Ahora una tonelada o más de ellos se amontonaba, a medio rasgar, en la sala de comunicaciones del cuarto piso «¡Eso supone un espantoso riesgo de incendio!». aulló el funcionario.

«Bueno, si hay riesgo de incendio», replicó Kantor, «te nombro para que te cuides del tema.»

> En la última media hora, las calles que rodeaban el hotel habían quedado tan embotelladas por el tráfico que ningún vehículo oficial había conseguido franquear la corta distancia que lo separaba de la Embajada.

El funcionario se apresuró a hacer lo que Kantor sugería. En las dos horas siguientes. él y otros funcionarios de la Embajada bracearon por la sala de comunicaciones metiendo los papeles rasgados en bolsas de plástico Cuando consiguieron limpiar el lugar, bajaron las bolsas al patio y las amontonaron junto a una pared Después, se olvidaron de ellas Horas más tarde, cuando llegaron los primeros helicópteros, un tren trasero topó con el montón de bolsas y dispersó su contenido por todo el patio. Los códigos de las claves secretas y párrafos enteros de los comunicados más delicados y secretos de la Embajada podían aún leerse perfectamente en muchos de los pedazos de papel que quedaron prendidos de los arbustos y ramas de los árboles.

«¿Dónde está Ut? ¿Dónde están esos treinta vietnamitas?», susurraba Polgar mientras paseaba arriba y abajo de la antesala de su despacho. Había pasado casi una hora desde la cita fallida del Círculo Chien Si, y Ut y sus 30 compañeros seguían allí, atrapados en medio de la multitud que abarrotaba la calle, esperando nuevas órdenes. Pittman encendió otro cigarro y lo aspiró pensativamente. «Hay un pequeño patio en el techo de mi propio edificio de apartamentos en Gia Long», dijo finalmente. «No es lo bastante grande para un aterrizaje normal, pero si consigues colocar el patín de un helicóptero en el borde, puedes mantenerlo en vuelo estático el tiempo suficiente para embarcar a Ut y a su grupo.»

La cara de Polgar se iluminó. De nuevo podía dar instrucciones: «¡Habla con Latz! ¡Llama por radio a Ut y dile dónde debe ir!»

Al cabo de unos minutos, el Huey de Latz aterrizaba en la azotea de la Embajada. Cuando entró en la antesala estaba chorreando de sudor, y un subfusil K sueco colgaba de su hombro. «No hubo manera de recoger a esos 30 viets en Chien Si», se disculpó ante Polgar. «Los guardas Nung cerraron la puerta principal, y no la abrirían ni aunque los amenazara con esto (agitando su arma). No los culpo. Debía de haber más de 500 viets en la calle, armando jaleo para entrar.

«¿Algún disparo?», le pregunté.

«Tiros aislados», dijo Latz «Pero la mayor parte de los viets están tan condenadamente ansiosos por salir de la ciudad que no hacen todo el daño que podrían.»

Polgar le explicó apresuradamente el nuevo plan de recogida, mientras Kantor contactaba con Ut por radio y le daba nuevas instrucciones. Después Polgar volvió a encerrarse en su despacho, bebió un largo trago de coñac, y se arrellanó en el sillón, parapetado en su mesa, a la espera de noticias

A las dos de la tarde, Bob Kantor, que aún trabajaba con las radios en la sala de situación de la CIA, estaba empezando a perder su habitual sangre fría La crisis del hotel Duc gravitaba ahora sobre él. En la última media hora, las calles que rodeaban el hotel habían quedado tan embotelladas por el tráfico que ningún vehículo oficial había conseguido franquear la corta distancia que lo separaba de la Embajada. Pocos minutos antes, Harvey Mitchell había llamado para decir que los soldados vietnamitas situados en la otra acera de Pasteur Street estaban disparando de nuevo contra los transeúntes. Tal como lo explicaba, algunos de los norteamericanos que estaban con él empezaban a dejarse dominar por el pánico.

Polgar contestó: «Sáquelos.»

«¿A los norteamericanos?», preguntó Kantor.

«Si, sáquelos», repitió Polgar, y luego salió tambaleándose. En efecto, Polgar acababa de decidir que los 100 o más vietnamitas del Duc iban a ser abandonados Mitchell y el puñado de norteamericanos que había allí deberían salvarse solos.

Muchos de los vietnamitas que miraban impotentes cómo iban desapareciendo los norteamericanos escaleras arriba, habían sido durante muchos años empleados de la CIA. Algunos de ellos eran agentes bona-fide, o parientes de personas que lo eran. Otras eran camareras del hotel, que habían dejado pasar oportunidades de marchar suponiendo que si ayudaban a mantener el hotel en funcionamiento hasta el último minuto, los tendrían en cuenta. Algunas se habían prostituido a este o aquel funcionario de la CIA en los días pasados para reforzar sus oportunidades de escapar. Sus compañeros de cama las ignoraban ahora deliberadamente mientras se deslizaban hacia la azotea a esperar a los Hueys que llegaban

Mitchell y sus compañeros subieron a la quinta planta, echaron el cerrojo a las puertas metálicas de seguridad, desconectaron los ascensores, y luego subieron los pocos escalones que los separaban de la azotea y entraron en el UH-1 de Air America que los estaba esperando. Segundos más tarde se elevaban en busca de la flota.

A lo largo del resto de la tarde, los vietnamitas del Duc llamaron una vez tras otra a la Embajada por las dos emisoras de

ABAJO. *La confusión reinaba en todas partes. Muchos compraban o suplicaban su plaza hacia la libertad, mientras los que habían ayudado a los norteamericanos eran abandonados a su triste sino*

REX FEATURES

ARRIBA: *El último presidente de Vietnam del Sur, «Big» Minh, tenía pocos motivos para sonreír. Creyó que podría negociar, pero ya era demasiado tarde para acuerdos.*

radio que habían quedado allí. «¡Salvadme! ¡Decidme dónde debo ir!» «Soy el señor Hai, el cocinero.» «Soy el señor Anh, el chófer, mi familia está aquí.» Kantor y una secretaria de la CIA intentaban calmarlos y convencerlos de que cerraran los circuitos, porque sus llamadas obstaculizaban transmisiones más «urgentes». «Vuelvan a sus casas», les dijo Kantor una y otra vez a través de las ondas. «Irán a recogerlos autobuses y helicópteros.» Finalmente, una voz angustiada irrumpió por el canal: «Soldados vietnamitas han asaltado la planta baja. Están quemando y saqueando todo.» Al poco tiempo, se perdió el contacto con el hotel.

A la mañana siguiente, cuando las tropas del NVA entraron en Saigón, algunos de los vietnamitas que habían pasado la noche en el Duc empezaron a tirotearles. De inmediato, los norvietnamitas instalaron ametralladoras pesadas y cohetes B-40 y volaron la fachada, matando o hiriendo a muchos de los que estaban en el interior.

Mientras tanto, muchos de los periodistas norteamericanos y extranjeros que habían formado el abigarrado cuerpo de prensa de Saigón se dirigían a un punto de reunión previamente designado, en el centro de la ciudad.

Algunos de los reporteros norteamericanos de la ciudad, sin embargo, optaron por quedarse hasta el final. El jefe de la oficina de Associated Press había incluso ideado una treta para engañar a sus competidores de United Press International haciéndoles creer que se iba, para que ellos hicieran lo mismo. Después de cerrar su despacho, caminó hasta el punto de reunión con su equipo, y luego se perdió en medio de la multitud y volvió a su puesto. Tal como fueron las cosas, sin embargo, su ardid no tuvo el menor efecto. El equipo de UPI tardó demasiado intentando acercarse a la Embajada, y quedó colgado. De ese modo, tanto UPI como AP estuvieron presentes en Saigón para cubrir la noticia de la toma de la ciudad por los comunistas.

En el soleado patio del interior del complejo de la DAO, marines fuertemente armados empezaron pronto a empujar a la gente hacia los lados mientras, uno tras otro, llegaban los CH-46 y CH-53 Sea Knights.

Había en total tres zonas de aterrizaje —el aparcamiento del anexo de la DAO, un campo de béisbol vecino y las pistas de tenis del complejo principal— y rápidamente se formaron colas de pasajeros en cada una de ellas.

Cuando un par de helicópteros descendieron desde el sol y tomaron tierra en la zona del anexo, Don Hays no podía contener su alegría. Para él y los 3.000 evacuados que le rodeaban, los marines no llegaban ciertamente demasiado pronto. Paracaidistas vietnamitas acababan de abrir un agujero en la valla de seguridad y estaban mezclándose entre la multitud, y era seguro que en 15 o 20 minutos abarrotarían el complejo. Pero ahora los marines avanzaron hacia ellos, los obligaron a tenderse en el suelo y los desarmaron.

«¿Quiénes son esos amarillos?», preguntó a Hays un marine, señalando a los civiles del complejo.

«Todos son evacuados legítimos», le gritó Hays por sobre el zumbido de los rotores. El marine asintió y ordenó a sus hombres que empezaran a organizar grupos de pasajeros de 60 en 60. También urgió a Hays a que embarcara en seguida. «Aún no», contestó Hays con determinación. «Hice una promesa a estos vietnamitas. Me quedo aquí hasta que el último de ellos haya embarcado.»

Aproximadamente a las 3.12 de la tarde, hora de Saigón, el primero de los grandes CH-53 despegó del complejo de la DAO y se dirigió hacia el lugar en que estaba anclada la flota. Otro helicóptero, cargado de marines, viró en dirección a la Embajada. A los pocos minutos se posaba en el aparcamiento situado detrás de la cancillería, mientras civiles vietnamitas y periodistas se apartaban como pedazos de papel impulsados por el viento. Polgar corrió a una ventana del sexto piso y apretó su rostro contra el panel de plástico. «¡Gracias a Dios!», repitió una y otra vez. «Creo que ahora tenemos una oportunidad.»

Su optimismo era prematuro. Durante la siguiente hora y media, el helipuente desde el patio de la Embajada se mantuvo congelado, y se enviaron refuerzos de marines, 130 en total, desde la DAO para ayudar a los 44 hombres de la guardia que estaba ya en ese lugar.

Abajo, en la tercera planta, Martin paseaba sin rumbo por su suite privada, rebuscando entre el último de sus archivos para elegir los telegramas más importantes y guardarlos en portafo-

lios de piel. Finalmente pasó a la antesala y tendió los portafolios a una secretaria. Ella debía responder de ellos con su vida, le dijo, y asegurarse de que se evacuaban. Contenían sus comunicaciones más recientes con Kissinger, «y habían de conservarse para la historia».

> Pude oír un martilleo y el eco sordo de explosiones por el hueco de la escalera, procedentes de la cuarta planta de la Embajada.

Luego se volvió a los marines que le servían de guardaespaldas y les dijo cortésmente pero con firmeza que deseaba volver de nuevo a su residencia. Sí, dijo ante el aluvión de protestas que provocó su declaración, sabía que había algaradas en las calles y que de nuevo debería hacer a pie el recorrido. Aun así, debía volver. Acababa de recordar un asunto importante que quedaba en su casa, sin terminar.

Martin y su nerviosa escolta de marines cruzaron la verja de su residencia poco después de las 3.00 de la tarde. Los esperaba en la puerta uno de sus criados, designado para quedarse hasta el último momento cerrando la casa. En sus brazos los recibió con ladridos un perro de lanas negro llamado Nit Noy («Cosita» en thai), huésped de la familia Martin desde años atrás. Martin acogió de nuevo al perro en su regazo, giró sobre sus talones y emprendió el viaje de vuelta mientras los marines se apresuraban tras él.

Otras personas de la oficina estaban empezando a perder los nervios. Una de las secretarias de Polgar se encontraba en un estado tal de agitación que no podía trabajar con su eficiencia habitual. En un determinado momento la encontré dando golpes al marco de una gran fotografía mural con la culata de un revólver amartillado. «Sólo estoy sacando las fotografías para el señor P», murmuró cuando le sujeté la mano y coloqué el seguro del arma. Me la llevé hasta la antesala y sugerí que ella y la otra secretaria subieran al siguiente helicóptero.

Acababa de colgar el teléfono tras mi centésima llamada de un vietnamita en apuros, cuando «Harry Linden», un colega de la estación, se abrió paso entre la multitud que abarrotaba el pasillo exterior. «Nuestros traductores. Los hemos olvidado», susurró. «Están los 70 con sus familias esperando que los recojan en su punto de reunión, cerca del Duc.»

Linden, un veterano traductor de la CIA, se sentía profesionalmente comprometido con los vietnamitas que habían trabajado con él, porque muchos eran expertos bilingües que habían ayudado con frecuencia al personal de la estación en la traducción de documentos importantes y en las entrevistas a agentes en perspectiva. De todos nuestros empleados vietnamitas, eran tal vez los mejor informados de las operaciones de la CIA. Y sin embargo, como explicaba Linden, el funcionario de la CIA responsable de garantizar su evacuación había tomado un helicóptero durante la mañana.

Acompañé a Linden al despacho de Polgar y escuché cómo le repetía los detalles de la situación. Pero Polgar se impacientó en seguida. «Envía allí a alguien para resolver el problema», le interrumpió indicando con un gesto a la docena o más de funcionarios de la CIA que estaban ahora arrellanados en los sillones y sofás de la antesala, empapándose de whisky y haciendo comentarios de humor negro. Yo cogí a Harry del brazo y lo llevé hasta un teléfono. «Llámales», le dije. «Diles que vayan a casa (de Pittman), Polgar ha enviado allí a 30 vietnamitas para que los recojan en la azotea. Los traductores habrán de esperar su turno, pero al menos tienen una oportunidad.» Linden asintió, empuñó el teléfono y empezó a marcar.

Mientras daba instrucciones a la persona que contestó la llamada, pude oír un martilleo y el eco sordo de explosiones por el hueco de la escalera, procedentes de la cuarta planta de la Embajada. Los oficiales de comunicaciones de la CIA habían empezado a destruir el equipo de radio que nos había mantenido en contacto con Washington. No habían sido autorizados oficialmente a hacerlo, pero habían decidido tirar adelante pese a todo, dejando para el final tan sólo el equipo más indispensable. Apenas unos minutos después de que empezaran su trabajo con hachas y granadas, el embajador Martin corrió a la sala desde su despacho del piso de abajo: «¡Paren ese estruendo!», murmuró con su voz afónica por la laringitis. «¡No me deja pensar!» Los agentes de la CIA siguieron con sus martillazos, aunque más suavemente.

Yo me senté en la sala de recepción, preguntándome cuán cercano estaría el final. Metí la mano en el bolsillo y extraje un papel arrugado que leí una vez más. Era el informe de nuestros espías que nos avisaba de la intención de los comunistas de bombardear el palacio presidencial a las 6.00 de la tarde. Miré mi reloj: faltaba menos de una hora.

Aproximadamente en ese momento, el último de los remolcadores y las barcazas norteamericanas de Khanh Hoi zarpaba de los muelles y navegaba hacia el sur camino de Vung Tau; la mayoría de las barcazas estaban medio vacías. Con excepción de algunos disparos aislados cerca de la desembocadura del río, el viaje hasta el mar fue tan plácido como una excursión dominical.

> El tiempo empeoró, y el calor inmóvil de primera hora de la tarde cedió el paso a fuertes ráfagas de viento y relámpagos ocasionales.

Poco rato después, el último de los convoyes de autobuses de la DAO, con 800 personas apiñadas en su interior, cruzaba la puerta principal de Tan Son Nhut. Para el hombre que conducía el automóvil que abría la marcha —el capitán Tony Woods, el anterior compañero de Moorefield—, ese último viaje fue uno de los peores del día. Los soldados de la puerta habían obligado a dar la vuelta a los autobuses apenas cinco minutos antes, y sólo después de que el general Smith volviera a amenazarlos con ametrallamientos desde el aire les abrieron las puertas.

A tres kilómetros de allí, en el centro de proceso, Don Hays seguía aún cargando a vietnamitas en los helicópteros, tan aprisa como lo permitían sus energías exhaustas. Aproximadamente a las 5.30 de la tarde el general Smith informó a la flota de evacuación de que quedaban aún 1 300 potenciales evacuados en el anexo y el complejo, incluidas las fuerzas de seguridad de la infantería de marina, que ahora ascendían a 840 hombres. Los analistas del cuartel general de la 7.ª Fuerza Aérea en Thailandia estimaron que se tardaría dos horas más en transportarlos a todos.

Poco después del crepúsculo, el tiempo empeoró, y el calor inmóvil de primera hora de la tarde cedió el paso a fuertes rá-

fagas de viento y relámpagos ocasionales. Hasta ese momento, los marines del patio de la Embajada habían guiado a los helicópteros que aterrizaban por medio de señales manuales y corporales, pero como la visibilidad iba disminuyendo intentaron servirse de walkie-talkies, sólo para descubrir, con horror, que nadie les había comunicado la frecuencia de la radio de los aparatos. Después de varias frenéticas llamadas telefónicas a la DAO, el mayor J. H. Kean, el comandante de los marines, pudo finalmente indicar el canal justo.

Cuando Lacy Wright entró en el despacho del embajador, poco antes de la puesta de sol, lo que vio allí le dejó atónito. «Había un gran barullo», contaba más tarde, quitando importancia al asunto de un modo típico. Quince o veinte personas paseaban cruzados de brazos o charlando despreocupadamente en el mejor estilo de un cocktail-party. Walter Burke, el cónsul general, estaba mezclando unas bebidas. El propio Martin tenía el aspecto de un sonámbulo mientras conversaba perezosamente con George MacArthur, el enviado especial de *Los Angeles Times*. Sólo Eva Kim parecía estar trabajando duro, atendiendo a tres o cuatro llamadas telefónicas al tiempo. En cuanto colgaba una línea, la señal luminosa de otra empezaba a parpadear frenéticamente. «Yo lo cogeré», le dijo Wright, empuñando el auricular. La persona que llamaba apenas conseguía hacerse entender, entre sollozos. «Llevamos aquí todo el día y no ha venido nadie a recogernos», murmuró identificándose como uno de los empleados vietnamitas de la DAO. Él y otros 200 como él estaban en una azotea de algún lugar de la parte baja de Saigón, esperando todavía el rescate.

«Es demasiado tarde para autobuses o helicópteros», le dijo Wright cansadamente. «Tendrán que caminar hasta los muelles. Tal vez haya todavía barcos cargando pasaje.»

Hubo un breve silencio en la línea y luego: «¿Quiere decir que nos van a dejar ustedes morir aquí?»

LA NOCHE

Exactamente a las 6.00 en punto, una gran explosión sorda sacudió con sus ecos el edificio, e instintivamente me hundí unos centímetros más en mi sillón, como si pudiera de alguna manera servirme de refugio cuando se produjera el devastador fuego de barrera que estaba esperando. Pero fueron pasando largos segundos, segundos cruciales, y el eco se apagó sin que lo acompañase apenas nada más que el estampido aislado de algún disparo de fusil.

Ken Moorefield se encontraba en ese momento cruzando el césped de la Embajada con su M16 en ristre. «Pensé que había estallado una granada o la carga de una mina», recuerda, «pero cuando llegué a la puerta principal vi una rubia Volkswagen, en llamas, en medio de la calle. Algún vietnamita loco había echado una cerilla encendida en el depósito de gasolina.»

En la sala de recepción de Polgar, sonó el teléfono situado en la mesa frente a la que me sentaba. El ruido que llegaba de las calles apenas me dejaba oír la voz a través del auricular. Era Ut, el chófer de Polgar.

«Harry», grité, tendiendo el auricular a Linden. «Ut al aparato. ¡Mira si puedes entender lo que dice! Está desgañitándose en vietnamita.»

Linden pronunció algunas palabras, escuchó, y luego se volvió hacia mí. «Dice que las escaleras a la azotea de Gia Long

están abarrotadas de gente. No puede llevar a sus 30 vietnamitas a la pista. ¿Qué debe hacer?» Polgar oyó la conversación desde la puerta de su despacho. «¡Dile que venga directamente delante de la Embajada, maldita sea!», gritó. «Los ayudaré a saltar el muro a todos ellos aunque se arme un motín.»

Polgar movilizó a Phil Custer, Bill Johnson y varios de los funcionarios más jóvenes reunidos en la antesala. «Venid todos vosotros conmigo al muro», dijo. Yo me levanté para unirme al grupo, pero Polgar meneó negativamente la cabeza. Pittman y yo debíamos permanecer en el despacho, indicó, para atender lo que aún quedaba del negocio.

Varios de los agentes elegidos empezaron a proveerse de revólveres y porras. A los pocos minutos, se abrían paso a través de las multitudes del pasillo. Harry Linden se quedó un rato mirándome, como esperando un consejo de algún tipo, y finalmente se dio la vuelta y los siguió.

Media hora más tarde, Polgar y sus colegas seguían aún izando a vietnamitas por encima del muro, con la ayuda a regañadientes de algunos marines. Mientras duró la operación, el propio Polgar estuvo junto a la puerta principal, señalando a sus amigos entre la multitud. Mientras, Bill Johnson había trepado a lo alto de la pared para ayudar a cruzar a las mujeres y a los niños. Resaltaba tanto como la silueta de un blanco en un polígono de tiro. Pero, milagrosamente, nadie le disparó. En cambio, los vietnamitas que estaban debajo suyo empezaron a empujarse y golpearse mutuamente, en un forcejeo enloquecido por tratar de llegar a ese último norteamericano salvador. De tanto en tanto, un vietnamita indeseado conseguía asirse de su

ARRIBA: *Mientras los marines norteamericanos vigilan desde una barricada en la Embajada, los diplomáticos y los hombres de la CIA embarcan en un helicóptero hacia la seguridad.*

mano o de su manga e intentaba izarse, sólo para ser rechazado por algún otro de los hombres de la CIA o de los marines.

Cuando Polgar y el resto regresaron finalmente a la antesala del sexto piso, todos aparecían algo aturdidos. Muchos tenían los nudillos ensangrentados y las uñas rotas, y varios miembros del grupo. que al parecer habían cubierto ya su ración de heroísmo, reunieron rápidamente sus pertenencias y salieron al vestíbulo a esperar la llegada del próximo helicóptero. El propio Polgar apareció cojeando, con un montón de maletas al brazo y seguido por cuatro o cinco mujeres y niños vietnamitas, y mientras los acomodaba en un despacho auxiliar, las lágrimas y el sudor corrían por sus mejillas

Un rápido recuento dio la clave de su desolación. Pese a todos sus esfuerzos, Polgar y sus colegas tan sólo habían conseguido pasar por encima del muro a unos pocos de los 30 elegidos. Y entre los que faltaban estaban muchos de los preferidos, incluido Ut, el valeroso chófer que había dirigido el rescate desde el comienzo. Polgar se acercó a una ventana y miró afuera, hacia la oscuridad. «Creo que le vi entre la multitud», murmuró para sí mismo, «pero no pude llegar hasta él. Sencillamente no pude.»

Mientras repetía esas palabras una y otra vez, apareció Harry Linden y me miró con ojos terribles, sin expresión. «Ninguno», susurró. «No he visto a ninguno de nuestros traductores allá abajo. Todavía están fuera. Perdidos.»

Diez o quince minutos más tarde, entró en la antesala T. D Latz. «Malditos viets», gruñó mientras se vendaba la mano derecha, que sangraba. «Me arrollaron en el tejado de Gia Long. Tuve que atizar a un par para tenerlos a raya. Al infierno con todos ellos En algunos vuelos, ni siquiera he podido meterme en el *chopper*. He tenido que hacer el viaje en el patín.»

Miró a Polgar y frunció el ceño. «No sé si cargué a alguno de sus amigos», añadió. Polgar encogió resignadamente los hombres y se arrastró hasta su despaho. Latz y yo le seguimos. «No sabemos nada de los traductores», le dije. «Tal vez podríamos intentar otro rescate en algún tejado.»

Polgar no dijo nada. Estaba de pie junto a su mesa, con la cabeza gacha. Latz rompió impaciente el silencio. «No puedo salir otra vez», aseguró. «No es fácil aterrizar con un *chopper* en una pista desconocida, incluso en plena luz del día. De noche es un suicidio.»

Para algunos de los funcionarios de la Embajada que trabajaban en las pistas de las azoteas, sin embargo, el final de la operación llegó demasiado pronto. Walt Martindale, por ejemplo, había estado insistiendo durante la hora y media anterior en que se enviasen más helicópteros a recoger a los vietnamitas que aguardaban en su propio edificio de apartamentos, no lejos de Tan Son Nhut Desde su atalaya, en lo alto del edificio, podía ver ahora a miles de vietnamitas apretujados en las calles, abajo.

Mientras Martindale miraba las luces que parpadeaban en Tan Son Nhut, atisbó la frágil silueta de un Huey que se acer-

caba al edificio Casi en el mismo instante, un fuerte crujido resonó en el patio, y repentinamente cientos de vietnamitas aterrorizados empezaron a irrumpir por una puerta rota en la fachada del edificio.

Dos tenientes del Ejército vietnamita que habían estado ayudando a Martindale a embarcar pasajeros en los helicópteros desde primeras horas de la tarde, sacaron las pistolas de sus cartucheras: «Mantendremos a raya a esa gente», le prometieron, «si nos promete que nos sacará de aquí.»

Martindale accedió, y los tres se precipitaron a las escaleras para intentar echar el cerrojo a las puertas de acero situadas cerca de la azotea. Pero llegaron demasiado tarde. Racimos de vietnamitas trepaban ya por la escalera hacia ellos. Martindale retrocedió hacia el exterior, mientras sus dos compañeros tenían a raya a la multitud a punta de pistola. En ese momento, el Huey aterrizó en la pista. «¡Venga acá! ¡Venga!», gritó el piloto a Martindale. Pero el joven funcionario de la Embajada negó con la cabeza. Llamó a los dos oficiales del ARVN que estaban en la escalera. «Empiecen a organizar un cargamento para un helicóptero. ¡Embarcaremos a todos los que podamos!»

A los pocos minutos, 10 vietnamitas con el equipaje y los niños a cuestas se agrupaban en la azotea, y Martindale los llevó rápidamente hasta el helicóptero. El piloto seguía protestando: «¡Le queremos a usted! ¡No más vietnamitas!» Pero Martindale y la pareja de oficiales le ignoraron. Estaban ya recontando el siguiente cargamento

Finalmente el *chopper* despegó, cargado con el doble de su capacidad normal. Martindale observó cómo se desvanecía en la distancia, y luego reanudó sus cuentas Pero mientras lo hacía, la disciplina impuesta en la escalera por los vietnamitas cedió. Alguien gritó, hubo una sacudida en la multitud, y luego todos se lanzaron hacia arriba mientras los dos ayudantes vietnamitas de Martindale agitaban en vano las pistolas ante ellos. Martindale fue arrastrado prácticamente hasta el borde de la azotea por la marea humana. Una anciana le golpeó en la sien y, con un relampagueo súbito, el mundo se tornó silencioso. Todo y todos parecían moverse a cámara lenta Por el rabillo del ojo vio que otro Huey se aproximaba en la oscuridad. Las hordas que le rodeaban se echaron atrás, dejando un espacio libre, cuando se posó. El piloto se dirigió a él, todavía a cámara lenta, moviendo la boca como para pronunciar las palabras «¡Venga aquí! ¡Venga aquí!» Alguien más empuñaba en la cabina un M16 para contener a las masas. La urgencia del momento se le apareció de repente. Martindale se puso en pie de un salto, indicó a los dos tenientes que le siguieran y corrió hacia el helicóptero. Mientras sus dos amigos y él franqueaban la portezuela, los sonidos y el horror de la escena que le rodeaba se presentaron de golpe a su conciencia como una revelación. Rompió a llorar de forma incontrolable mientras el helicóptero

ABAJO: *Marines norteamericanos se arreglan como pueden para descansar en un abarrotado barco de la Séptima Flota, anclado cerca de la costa vietnamita en el Mar de la China Meridional.*

ascendía hacia la noche, y los vietnamitas abandonados en la azotea, debajo de él, le despedían con súplicas e insultos.

Pero la aventura de Martindale aún no había terminado. El piloto, preocupado por la escasez de combustible en el depósito de su aparato, decidió aterrizar en Tan Son Nhut, en la terminal de Air America que había sido evacuada algunas horas antes. Cuando el helicóptero se posó en la zona de carga, uno de los mecánicos de a bordo saltó fuera y empezó a repostar en los surtidores de gasolina. Otro fue corriendo a las oficinas de la compañía. Cuando la dirección de la compañía se marchó, aquella misma mañana, había dejado olvidados 50.000 dólares guardados en la caja fuerte de uno de los despachos. La tripulación del helicóptero de Martindale estaba decidida a recuperarlos. Pero cuando el mecánico luchaba desesperadamente con la combinación de la caja, varios desertores del Ejército vietnamita aparecieron en el extremo más lejano de la pista y abrieron fuego contra el aparato inmóvil. En un instante, todos los pasajeros estuvieron de nuevo a bordo. . sin el dinero Cuarenta minutos más tarde, saltaban a la cubierta del USS *Midway* en el Mar de la China Meridional.

> Cruzó por entre la multitud que se apiñaba en el vestíbulo como un dios de la guerra en miniatura.

En la propia Embajada otras personas, antes firmes, no ponían tantos remilgos a que les evacuaran. Shep Lowman subió a un helicóptero a las 7 de la tarde, acompañado por muchos de sus colegas. Otra persona que decidió que ya había llegado el momento de despedirse fue mi propio compañero analista, Joe Kingsley. Desde mediada la tarde había estado ayudando a los marines del patio a embarcar pasajeros en los helicópteros, pero ahora la fatiga le hizo sucumbir. La gota que colmó el vaso fue, al parecer, un periodista norteamericano

Cada helicóptero militar cargaba entonces de 60 a 80 pasajeros, muy por encima de su capacidad, y aproximadamente una hora antes los marines habían decidido que el embarque se haría sin equipaje, para garantizar el máximo número de plazas. Pero varios de los fotógrafos de prensa del patio exigieron que se les dejara embarcar con todo su equipo profesional.

No habían contado con Joe Kingsley, sin embargo Cuando uno de ellos apartaba a empujones a una anciana vietnamita para colocar sus cámaras y trípodes en la cabina, Kingsley le agarró por el hombro, le derribó de un directo a la mandíbula, y tiró las cámaras entre los arbustos. Después de eso, a Joe le pareció que ya había hecho su buena obra del día, y embarcó en el siguiente CH-53.

Poco después de las 9.000 de la noche, Jim Devine entró en la suite del embajador. «Ya es hora de que vosotros, los no esenciales, os marchéis», dijo medio en broma, señalando a algunos de sus colegas. Como la Embajada estaba cerrada a cal y canto, las barcazas habían partido y el general Smith iba ya camino del Mar de China, realmente ninguno de ellos tenían gran cosa que hacer.

Lacy Wright y Dan Ellerman, el consejero económico, recogieron las maletas de su agregado y subieron a la azotea. Alan Carter, agotado y amargado después de los múltiples intentos frustrados de ayudar a sus abandonados empleados de la USIA, los siguió al poco rato, y Eva Kim se reunió con ellos junto a la pista de aterrizaje.

Cuano Eva caminaba por la pista hacia el helicóptero posado, George MacArthur, el hombre del *Los Angeles Times*, corrió tambaleante tras ella, agachándose para evitar la corriente de aire generada por el rotor Casi había llegado a la escotilla cuando un pequeño bulto que asomaba bajo su brazo adquirió vida propia, revolviéndose, agitándose y finalmente dejando oír unos míseros ladridos. «Bueno, bueno, todo acabará en unos minutos», dijo suavemente al nervioso perrito negro escondido entre los pliegues de su gabardina . Luego tendió a Nit Noy a Eva, y ayudó a los dos a subir a la cabina Como favor personal a Martin, MacArthur había accedido a servir de acompañante del perro en ese último y corto paseo de salida del país.

Al pasar por delante de la puerta del despacho de Polgar, vi a éste arrodillado junto a una maleta, intentando cerrarla. «El final está cerca», dijo en voz baja mientras luchaba con los cierres. Le pregunté si necesitaba ayuda. Dijo que no, que podía arreglárselas. Estaba preparado para marchar.

Yo regresé a la antesala y empecé a recoger los trozos de telegramas secretos que había aún sobre la mesa de la recepcionista. Estaba a punto de prenderles una cerilla cuando apareció un viejo conocido. Era Moorifield, al que no había visto desde hacía días. Cruzó por entre la multitud que se apiñaba en el vestíbulo como un dios de la guerra en miniatura, con la cara y el cabellos rubio tiznados de pólvora. y el M16 descansando inmóvil en su brazo derecho. El mono azul que llevaba había sido ideado para imitar un uniforme. y él lo vestía con desenvoltura, como el militar que había sido en tiempos. «Creía que ya habrías partido. desde Tan Son Nhut», le dije cuando nos estrechamos las manos. «No, decidí volver a la Embajada para ver qué vida lleváis la otra mitad», me contestó sin pizca de humor, levantando una ceja crítica al ver a mis colegas que aún seguían por ahí, muchos de ellos tendidos despreocupadamente en sillones y sofas por toda la antesala. vaso en mano.

> Estaba discutiendo con el joven oficial para que le ayudara a zafar un cartón de cerveza Heineken que había quedado encallado en uno de los estantes.

Polgar se sentó ante su máquina poco después y redactó un mensaje a Washington, explicando que daba por concluido el trabajo de la estación, dado que ya no había lugar aquí para agentes de la inteligencia. T D. Latz apareció con dos radios transoceánicas Zenith bajo el brazo. «¿Quiere una», me dijo. «Es una pena dejárselas a los *Commies*.»

«Sí, coged todo lo que podáis», murmuró Polgar dando una patada a un pequeño emisor-receptor de radio General Electric de 700 dólares, que lo envió al centro de la habitación. «La agencia ya ha perdido equipo por valor de más de cinco millones de dólares en este lugar en los dos últimos meses.» Aquello avergonzó incluso a los más impasibles de la docena de personas que estábamos en la antesala: los últimos del otrora orgulloso contingente de 300 hombres de la CIA en Vietnam del Sur.

Polgar recogió a su grupo especial de vietnamitas del despacho vecino. Luego todos hicimos cola en la puerta del vestíbulo que llegaba a la azotea, mientras los marines trasladaban a los evacuados vietnamitas a otro lugar. No me atreví a mirar sus

rostros. Uno de los marines preguntó si llevábamos armas. Si era así, debíamos dejarlas allí. Hubo un cierto revuelo en la cola mientras todos depositábamos nuestro arsenal.

Polgar extrajo su propia automática Browning de la cartuchera de la cadera, y se quedó mirándola por un momento. Al fin, emitió un suspiro profundo «He de quedarme», dijo. «El embajador insiste en quedarse aún un poco más para asegurar de que los militares evacuan a todos los vietnamitas del complejo Creo que es mejor esperarle y marchar con él. Y creo que tú también deberías.» Miraba a su ayudante, Pittman, que se limitó a asentir y dejó su maleta en el suelo. Polgar se volvió entonces a mí. «Asegúrate de que mis vietnamitas embarquen», me dijo

La última vez que vi a Polgar esa noche, volvía a su despacho desde el vestíbulo con uno de los marines a su lado. Estaba discutiendo con el joven oficial para que le ayudara a zafar un cartón de cerveza Heineken que había quedado encallado en uno de los estantes del almacén.

La azotea de la Embajada era una visión de pesadilla. En el centro de la pista tenuamente iluminada nos esperaba ya un CH-47, con sus motores emitiendo un zumbido que parecía un grito ancestral. La tripulación y los controladores llevaban lo que parecía un casco de fútbol americano desmesuradamente grande, y a la luz parpadeante de las señales de la pista de aterrizaje me recordaban grotescos insectos alzados sobre sus patas traseras. Mucho más allá del límite del edificio, un reactor Phantom cruzó el horizonte mientras la estela de las balas trazadoras iluminaba aquí y allá el cielo nocturno

Trepé por la corta escalerilla a la cabina del helicóptero, inclinándome para ayudar a los amigos vietnamitas de Polgar. El general Timmes se sentó a mi lado, en la banda de estribor, junto a Bob Kantor, el oficial administrativo. Bill Johnson, el experimentado agente de la CIA que había pasado la mañana sirviendo de chófer a los húngaros y a los polacos para trasladarlos a lugar seguro, se dejó caer en una litera frente a nosotros, con su sombrero de pescador cubriéndole los ojos.

Casi imperceptiblemente, el helicóptero empezó a elevarse en vertical. A través de la escotilla exterior abierta, desde donde el cañonero de cola estaba ahora apoyado en su arma, miré tristemente cómo la pista se hundía lentamente hasta desaparecer de la vista.

> Me invadió una oleada de tristeza. Ni siquiera sentí la sacudida del contacto con el suelo.

Mientras nos dirigíamos hacia el este, pasado Bien Hoa, el arsenal de municiones próximo a Long Binh producía una serie de explosiones atómicas en miniatura, y a lo largo de la tela de araña de carreteras que venían de Xuan Loc, pude ver literalmente miles de camiones y carros de combate, presumiblemente norvietnamitas, avanzando con los faros encendidos.

Pasada la pequeña población de Ba Ria, al norte de Vung Tau, abrieron fuego sobre nosotros Al principio pensé que el punteado ígneo que aparecía en la ventanilla de plástico situada frente a mí era simplemente el reflejo de alguna luz interior de la cabina, pero al mirar con más atención, los destellos rojos y amarillos formaron una réplica perfecta de una pantalla de radar. Di un discreto codazo a Timmes. «¡Nos están disparando desde tierra!», susurré a su oído, por sobre el ruido del motor El dio un buen bote en su asiento. «¡Cómo! Esto es casi otra Normandía!», bramó en respuesta, con los ojos echando chispas. Timmes había sido comandante de tropas aerotransportadas en Normandía, en 1944.

Algo después de las 10.00 de la noche, el helicóptero empezó a descender hacia la flota, en el Mar de la China Meridional. Hubo cierto revuelo en la cabina porque varios de mis compañeros se abalanzaron a las ventanillas para ver los barcos. Repentinamente, uno de ellos apareció a nuestra vista, enmarcado en la escotilla exterior abierta. Las luces de la pista brillaban y pude ver a helicópteros en vuelo estático a babor y estribor. Gradualmente nos vimos envueltos por las luces, y la superestructura de color gris mate del USS *Denver* se cerró sobre nosotros como un capullo metálico. Me invadió una oleada de tristeza. Ni siquiera sentí la sacudida del contacto con el suelo.

REX FEATURES

IZQUIERDA: *Los helicópteros survietnamitas que evacuaban a los militares eran tan numerosos y llegaban a intervalos tan cortos que hubo que lanzar por la borda a algunos de ellos para hacer sitio a los que los seguían.*